

R a ú l J a i m e s F r e y r e

A N E C D O T A R I O D E
R I C A R D O J A I M E S F R E Y R E

Colección de la Cultura Boliviana



BIBLIOTECA DIGITAL

TEXTOS SOBRE BOLIVIA

TEATRO, BIBLIOGRAFÍA, LITERATURA, AUTORES, SUS OBRAS Y LO ESCRITO
SOBRE LOS MISMOS, MASONERÍA BOLIVIANA

LITERATURA

AUTORES, SUS OBRAS Y TEXTOS QUE COMENTAN SUS LIBROS

FICHA DEL TEXTO

Número de identificación del texto en clasificación Bolivia: 5481

Número del texto en clasificación por autores: 9912

Título del libro: Anecdario de Ricardo Jaimes Freyre

Autor (es): Raúl Jaimes Freyre

Editor: Editorial "Potosí"

Derechos de autor: Derechos reservados

Imprenta: Editorial "Potosí"

Año: 1953

Ciudad y País: Potosí - Bolivia

Número total de páginas: 187

Fuente: *Digitalizado por la Fundación*

Temática: Raúl Jaimes Freyre

COLECCION DE LA
CULTURA BOLIVIANA

Dirigida por
Armando Alba

Este libro
se imprimió bajo la dirección
de Armando Alba, con el si-
guiente personal: Secretario Co-
rrector, Mariano Subieta; Linó-
grafos, Germán y José Zalazar;
Prensista, Pablo Zambrana; En-
cuadernador, Julio Calvo y
Ayudantes, Raúl A. Salinas y
Wálter Avendaño.

Colección Tercera: Los Escritores Modernos. N° 1

Vol. II.
(N° general)



La presente edición fué hecha en los talleres de la Editorial "Potosí", dependiente de la Sociedad Geográfica y de Historia, en la Casa Real de Moneda. Se concluyó la impresión el 30 de mayo de 1953, a los veinte años de la muerte del poeta Dn. Ricardo James Freyre.

Copyright by Editorial "Potosí".
Printed and made in Potosí, Bolivia.

ANEC DOTARIO DE
RICARDO JAIMES FREIRE

De J. César

Potosí 26/oct/6

Raúl Jaimes Freyre

ANEC DOTARIO
DE
RICARDO JAIMES FREYRE



Editorial "POTOSI"

1953

Reservados todos los derechos
de edición de acuerdo a ley.

ADVERTENCIA EDITORIAL

En la bibliografía nacional no es común el libro de anécdotas de nuestros hombres célebres. Se han escrito obras de historia y biografías notables, con acentuada solemnidad. El dato minucioso, la fecha exacta ocupan el lugar de la descripción sutil; el énfasis antes que la sencillez. Por ésto el cielo de nuestra literatura está cubierto de nubes de tormenta: Zuloaga con sus paisajes dramáticos y no Sorolla, el luminoso. Nuestros héroes y pensadores se perfilan sobre ese fondo, como imágenes descarnadas, hieráticas. Por excepción, O'Connor d'Arlach, el patricio tarijeño, es autor de un escrito regocijante —que ha sido muy difundido— de la vida del General Melgarejo, el sombrío y ridículo personaje de nuestra historia política, y Javier Baptista, en nuestros días, frecuenta el género con un repertorio de indudable interés.

¿Escaseaban, quizá los caracteres típicos de original ingenio? ¿No se ha querido considerar la anécdota en su valor documental e inquisitivo para la Historia? Ninguna de las dos cosas. Pues, más de un escritor, aunque incidentalmente, ha recurrido a ella para dar a sus ensayos biográficos el tono vivo y escrutador que requerían, apartándose de la pesada enumeración de detalles y testimonios; como insuperable recurso para identificar los rasgos propios de un temperamento raro, captar un estado de ánimo o aquilatar con acierto el sentido verdadero de una acción, al parecer, velada o enigmática. Tampoco, por otra parte, han faltado las fuertes individualidades que, en el curso de sus existencias han hecho florecer episodios donde impera la gracia, el chiste espontáneo, la rotundidad del juicio rápido, la ironía punzante o las esencias puras del pensamiento filosófico. Desde los iniciales días de la República, se hace extensa la lista de las que pudiéramos calificar como “vidas anecdóticas” en la política, el arte, las letras. Ahí tenemos, entre las más conocidas, la de don Simón Rodríguez, el “volteriano” maestro del Libertador, cuyo peregrinaje por las ciudades de nuestra patria resplandece con primorosas escenas y diálogos festivos; de Olañeta, Linares, Frías, Belzu, José Ballivián, Aniceto Arce, Pando, Ga-

briel René Moreno, Nataniel Aguirre, Daniel Campos, los Ramallo, en el siglo pasado; Ismael Montes, Salamanca, Siles, Osvaldo Molina, Claudio Peñaranda, Gustavo Adolfo Otero, Tristán Maroff, Viscarra, Abel Iturralde, Franz Tamayo, Gregorio Reynolds, Juan Capriles, Carlos Medinaceli, Guzmán de Rojas, en nuestro tiempo, sin olvidar a Nicolás Ortiz Pacheco, que en el ambiente literario es un "Conde Agustín de Foxá" por el castizo estro poético, la dinamia mental y la incorregible postura bohemia, caprichoso lino en el que ha bordado su anecdotario rico en listeza de buena ley, en cínicico y oportuno desplante "wildeano" y en reacción indisimulada ante todo lo estatuido por el uso y la tradición.

Si hemos dicho que no faltan en el país escritores que en forma magistral pueden escribir los anecdotarios de nuestros hombres representativos, es justo reconocer que dificultades editoriales o ausencia de estímulos de orden moral han impedido la difusión de obras de esta clase, que habrían conectado el mundo lector a la verdad de esas existencias calificadas en la acción pública, en los predios de la civilización y en la exquisita y escondida vida hogareña.

A llenar ese vacío se encamina la publicación de este libro y de otros de igual factura que se editarán posteriormente. Ha sido escrito con emoción y amenidad para que las generaciones nuevas se asomen a la fuente clara de una vida egregia por sus méritos intelectuales, honrosa estirpe espiritual y austera sabiduría.

Raúl Jaimes Freyre, el delicado poeta que desde la juventud hizo culto de fervorosa admiración hacia la obra literaria de don Ricardo, ha reunido en las páginas siguientes, los pensamientos, frases, confidencias y recuerdos que constituyen el Anecdotario del autor de "Castalia Bárbara" y "Los Sueños son Vida", confirmando una vez más su pasión generosa —sin sombra de celos— hacia la fama literaria de su ilustre hermano.

Nadie más autorizado que él, para mostrarnos las facetas múltiples de la inconfundible personalidad del cantor de "Siempre" y "Los Antepasados". Le acompañó por muchos caminos y vivió al lado suyo luengos años, en la adolescencia y la madurez, como depositario leal de confesiones íntimas o testigo de actos de evidente importancia para definir su enorme espíritu y situar sus obras en el lugar de

privilegio a que tienen derecho en la poesía superior hispanoamericana. Raúl Jaimes Freyre, ofrece hoy, a la literatura del país, una aportación encomiable que merece gratitud.

La aparición de éste trabajo, a veinte años de la muerte del Maestro, nos satisface, porque sus páginas conducirán nuevamente la atención de las gentes de educada sensibilidad por la huella iluminada de uno de los más altos poetas americanos, preterido en cierta forma, sin razón, por el pensamiento veleidoso de críticos y comentaristas de las letras del Continente y por escritores y poetas de nuevo cuño, que a espaldas del pasado reciente, desconocen los valores prominentes de nuestra cultura y practican un lamentable “narcisismo” literario cuando no están dedicados a una demagógica labor de negación.

La obra lírica de don Ricardo Jaimes Freyre no obstante los estudios que ha merecido de plumas bolivianas y extranjeras, espera al crítico zahorí que exalte sin limitaciones, muchas de sus calidades excepcionales. Producción perfecta en la forma poética, es en su contenido equilibrada, diáfana, sugerente. Sin el paganismo helenizante de Darío,

la casi desfalleciente sentimentalidad de Nervo, el recargo intelectual de Lugones, el conceptismo de Guillermo Valencia o la molicie oriental de Herrera y Reissig, Jaimes Freyre oficia en los altares de la Belleza como un poeta americano sólo comparable a los más selectos portaliras del viejo mundo. De Francia conquistó el sentido de medida y de España la varonil arrogancia; de los países nórdicos el matiz y la subjetividad; de Italia clásica, el sentimiento ecuménico; de Argentina, su noble cordialidad; de las entrañas del Ande, el poder vigoroso de creación.

Poesía de expresiva delicadeza, de transparencias de cristal, es una y cambiante como el mar infinito, o vaciada en roca dura, como las montañas, de perfil eterno. Un coro de voces se alza de ella; voces añorantes, apasionadas, dulces, evocadoras, agónicas, de tempestad y de angustia. Hija de un numen genial, supera las modas literarias y escapa al catálogo de las escuelas que una clasificación asaz caprichosa ha establecido. Es la menos localista que tiene nuestra Historia Literaria y la más universal que Bolivia ha dado, como aporte, a las letras de lengua española.

La vida y la obra de don Ricardo Jaimes Freyre no desacompanan. Si su obra es preclara, su vida fue bella, de auténtica dignidad y señorío. Vivió serenamente. El dolor, el olvido y la injusticia visitaron más de una vez su huerto primorosamente cuidado, sin destruirlo. Espíritu libre de impurezas, alimentó el amor a la patria distante y acogió, solícito, el cariño de la juventud de Tucumán, ciudad donde residiera en gran parte de su existencia. No pidió nada a la República. La sirvió y representó con brillo en la diplomacia y en el arte. Y cuando dio por concluida su faena política, conociendo mejor las miserias humanas, hubo de regresar al hogar, humilde y decente, en la capital argentina, para no escuchar las estridencias multitudinarias. En sus últimos años luchó contra dificultades económicas y demostró apacible conformidad con su destino. Espíritu y obra poética, se proyectaban ya sobre el horizonte, hacia lo porvenir, venciendo la medida del tiempo.

Y, aquí, un recuerdo personal:

No podremos olvidar nunca los muchachos de entonces —allá por el año 1916— las conferencias de don Ricardo Jaimes Freyre, en Potosí. En verdadero y elocuente Evangelio de Estética, señaló el camino de la Cultura —penoso y sacrificado— como

el único a proseguir por los pueblos, si quieren vivir henchidos de idealismo, impulsados por el invencible aguijón del espíritu, anhelosos de perfeccionamiento. Su verbo elocuentísimo, realzado por vasta erudición, fue escuchado con entusiasmo sin precedentes. El ámbito parecía despertar de un sueño de lustros. La semilla cayó en surco propicio y nuevas quijotescas inquietudes poblaron el alma de la juventud potosina, que al siguiente año, inició un movimiento intelectual y literario de resonancia en el país. La voz del visitante, quedó vibrando como mensaje insuperable y aleccionador en nuestro pueblo, de prócera tradición y alucinante historia.

Menos podremos olvidar nunca aquella visión —maravillosa visión— de la última tarde de su estancia en nuestra ciudad antigua, cuando las calles retorcidas se iluminaron con los resplandores de un crepúsculo de fuego, y pasó el poeta, vestido de negro, con su fino chambergo y su amplia capa, lento en el caminar, los ademanes mesurados. Se diría un hidalgo redivivo del Greco moviéndose sobre el paisaje toledano de Potosí. Hermoso y magnífico marco de oro viejo para la figura espiritualizada y romántica del grande hombre.

Armando ALBA

En vano nos esforzamos por describir
aisladamente el carácter de un hombre;
en cambio, reuniendo sus actos se nos
aparece una imagen del carácter.

GOETHE.

(Citado por Pearson)

INTRODUCCION



Retrato de Don Julio Lucas Jaimes (Brocha Gorda) padre de don Ricardo Jaimes Freyre.

I N T R O D U C C I O N

En tanto que la obra de Ricardo Jaimes Freyre ha sido estudiada y analizada escrupulosamente antes y especialmente después de su muerte, su vida y su gran figura moral han permanecido poco conocidas; aun más, desfiguradas por algunos críticos ineptos que confundiendo las apariencias con la realidad, presentaron ante el público sumiso, una especie de tenorio de opereta y no al maestro formado en largas horas de incansable estudio y meditación.

Este libro tiene por objeto desvirtuar ese errado concepto, en el que se pretendió reunir extrañamente la admiración desmedida por la labor literaria y la caricatura del autor de ella. Nadie mejor indicado para esa rectificación que el hermano del poeta; en cierto modo hijo suyo, ya que menor en muchos años, ha recibido sus enseñanzas, consejos y hasta confidencias muy íntimas, y ha podido contemplarlo de cerca, en fraternal convivencia.

Las anécdotas reunidas aquí, le pintan de cuerpo entero: jovial a momentos, humorista, espiritual, sencillo, caballeroso y, al contrario de un Don Juan, profundamente austero y sentimental; sus aventuras galantes fueron las de una apasionada cortesía y no las del vicio. Amó con delicadeza a las bellas damas con quienes tuvo romances, y si no pudo dedicar a ninguna su vida, fue porque un deber férreo se impuso en su conducta noble y le impidió separarse de la esposa, con la cual se unió siendo todavía adolescente.

En la poesía Amor de Otoño, revela su platonismo hasta exagerado:

“¿Dudáis? No en vano mi labio jura,
júroos, señora, que mi ventura
fue una caricia fugaz y pura.

Tan fugaz, tanto, que no soy dueño
de su memoria, y es grave empeño
saber si todo no ha sido un sueño.

Y nada acaso más hondamente
que ese recuerdo, turba mi mente,
hiere mis ojos, nubla mi frente”.

El cifraba en el recuerdo infantil de una caricia fugaz, casi sin realidad, su dicha, más que en las aventuras galantes de un Abate Casanova. Si bien, buscando lo pintoresco y característico, hizo alguna vez un paseo en góndola veneciana, con una plebeya a quien llama la Marietina, sus amadas fueron, de preferencia, damas distinguidas. Recuerdo que le desagradaba en Rubén, que a la manera

de los decadentistas franceses, cantara a una mujer cuya mayor ambición consistía en imitar a la cortesana Margarita Gautier, y a aquella otra que cenaba cada noche con un nuevo amante; pues, nunca quiso dejar de ser un gran señor, ni afiliarse en la bohemia.

El culto de su dignidad y el orgullo del nombre que llevaba, le impidieron caer en los excesos a que se entregaron otros poetas, amigos suyos. Ciertas extravagancias que le caracterizaron, en cambio, nacieron de su repugnancia por lo vulgar y lo adocenado: su melena, naturalmente crespa, a la manera de Lord Byron; su chambergo de mosquetero y su capa nocharniega; pero su gran altivez se tornaba ademán sencillo y hasta ingenuidad voluntaria, entre los suyos, a los que se esforzaba en divertir con el relato de las peripecias que le habían ocurrido en su novelesca vida. Con ellas se formó este libro, que parecerá trivial a los pedantes y “humano, demasiado humano” al fino observador.

En su poema *Los Antepasados*, hace resaltar con satisfacción, su ascendencia española al par que aborigen y, según se decía entre los de su casa, mora. Al referirse a los primeros, aunque no nombra a su progenitor Don Bartolomé de Jaimes, se complace en describir el escudo heráldico de los Freyre:

“Hijo soy de mi raza; corre en mis venas
sangre de los soberbios conquistadores.
Alzaron mis abuelos torres y almenas;
celebraron su gloria los trovadores.

En esa sangre hay ondas rojas y azules;
es de un solar mi escudo lustre y decoro.
(En campo de sinople, faja de gules
engolada de fieros dragantes de oro)".

Y termina:

"Fue tal vez un arcano grave y profundo,
de confusas grandezas y sombras lleno,
el que fundió en la raza del Nuevo Mundo
al indio, al castellano y al sarraceno".

Otra cosa que es necesario dejar establecida definitivamente, es su situación, en primer lugar, en la iniciación del movimiento renovador de las letras en Hispano-América; nadie, ni el mismo Darío, llegó a las audacias y originalidad de Ricardo; en su libro de sabia técnica literaria, *Leyes de la Versificación Castellana*, afirma: "pues ningún poeta de lengua castellana ha ensayado, que yo sepa (salvo una excepción) la combinación artística de períodos prosódicos diferentes", etc.; y agrega en una nota: "...en los poemas de Castalia Bárbara, puede encontrarse algunos versos de esta especie. No han tenido continuadores lo que es un rudo argumento en contra".

Ese argumento no nos convence, ya que la poesía más admirada de Ricardo, *Æternum Vale*, si bien no ha sido imitada, tampoco ha sido rechazada como inarmónica; por lo contrario, alabada y repetida en antologías y recitales. El primer verso es de períodos bisílabos compuestos:

"Un dios misterioso y extraño visita la selva:"

el segundo de períodos prosódicos trisílabos simples o de ritmo de himno:

“Es un dios silencioso que tiene los brazos abiertos”.

En el Prólogo de *Prosas Profanas*, dice Rodó: “No es sin reservas como he aplaudido las audaces tentativas de Jaimes Freyre, que ha sido el radical en el propósito de traer a nuestra poesía americana el influjo del *vers librisme* francés contemporáneo”. Y Rubén: “Ricardo se desquitó, dando a luz su libro de poesías *Castalia Bárbara*, que fue una de las mejores y más brillantes muestras de nuestros esfuerzos renovadores. Allí se revelaba un lírico potente y delicado, sabio en técnica y elevado en numen”.

El afán de establecer en todos los casos trilogías, ha hecho que se repita sin examen, que fueron Darío, Lugones y Jaimes Freyre, los innovadores de la poesía moderna latino-española; no hay tal. Lugones llegó después; sin por eso restarle méritos a su obra bella y primigenia *Las Montañas del Oro*, más original que los *Crepúsculos del Jardín*, cuyo estilo es idéntico al de Herrera y Reissig, de los *Peregrinos de Piedra*.

Ricardo aceptó de mala gana el prólogo de *Lugones para Castalia Bárbara*, porque en él había junto a grandes elogios, ciertas frases con ínfulas de superioridad; publicó entonces, un artículo en la revista “*El Sol*”, que dirigía Alberto Ghirardo y que puso adjunto en el libro recién aparecido; decía, más o menos, entre otras cosas:

“...cuando Darío y yo fomentábamos los primeros esfuerzos de Leopoldo”.

En cuanto al acendrado bolivianismo de Ricardo, es absurdo desconocerlo; por todas partes donde anduvo lo proclamó, y cuantos han escrito de él, lo titulan poeta boliviano; sus versos, tan repetidos aunque copiados incorrectamente, dicen:

“Nací en un claro día, cuando mediaba otoño,
En una ciudad blanca, luminosa y feliz;
Flotaba un estandarte —sinople y gualda y gules—
Sobre el hogar paterno, dichoso y juvenil”.

Esto es, bajo el pabellón de Bolivia, que flameaba en lo alto del hogar de su padre don Julio Lucas Jaimes, Cónsul boliviano, por entonces, en Tacna. Si bien es verdad que ciertas circunstancias de su vida errante le hicieron optar, momentáneamente, por la ciudadanía argentina, fue por la necesidad de ese requisito para mantenerse en las altas situaciones que le ofreció Tucumán, donde residiera mucho tiempo; pero ello era una fórmula que aceptó, sin que por eso, a su vuelta a la patria, no se reintegrara a su verdadera ciudadanía, como lo comprendieron en Potosí, donde salió elegido Diputado, y después los mandatarios que le confiaron las Carteras de Educación y Relaciones Exteriores, sucesivamente; luego las Embajadas en Estados Unidos y el Brasil, y la extraordinaria en Perú, cuando se celebró el Centenario de la Batalla de Ayacucho, y, finalmente, aquella tortuosa en Chile, para pedir la revisión del célebre

Tratado; recibiendo a su vuelta el homenaje de todo el país.

Ricardo tenía predilección por Potosí, como todos los Jaimes; su más caro anhelo era ir a morir en la histórica ciudad de sus antepasados: "las tapias de su cementerio ya me llaman", me escribía; no fue ahí, sino en la Iglesia Basílica, donde reposan ahora sus cenizas.

Compuso una comedia inspirada en un pasaje de las Crónicas Potosinas de Orsua y Vela; ignoro la suerte que correría en el caos que siguió a su muerte, ocurrida en la mayor pobreza, no obstante la pensión que le señaló una de las provincias argentinas; pensión que no le bastaba para cubrir los gastos de su vida y la de varias personas allegadas a él, a quienes sostenía. Es interesante observar que también Julio Lucas Jaimes murió pobre, habiendo tenido ambos épocas de verdadero fausto y ocupado encumbradas posiciones.

Ahora corresponde insistir sobre la vida fecunda y laboriosa, como pocas, que hizo Ricardo, con frecuencia alejado del bullicio mundano y de las aventuras galantes, que son las que únicamente se conocen en la chismografía literaria; y claro está, pocos saben que durante muchos años, trabajó todas las noches hasta el amanecer, fuera de su afán de periodista, que le obligaba a ello: escribía, compulsaba documentos, hacía investigaciones históricas, meditaba sin reposo. Se cree vulgarmente que su producción fue pequeña, porque sólo se conocen sus libros de versos; los de historia pasan de

diez y son innumerables los trabajos que publicó, a más de sus conferencias y ensayos; algunos de los cuales merecieron la felicitación de la Real Academia Española de la Lengua. Su orgullo bien entendido, le impidió propalar los numerosos honores, condecoraciones y artículos biográficos de elogio que le fueron dedicados.

Las anécdotas de este libro se publicaron en su mayor parte, en vida de Ricardo, en la revista argentina "Caras y Caretas", Armando Alba, a quien su tierra natal, Potosí, tanto debe, ha querido reproducirlas en un libro, y que yo certifico su autenticidad, desvirtuando con la autoridad de un confidente fidedigno, la leyenda equivocada que se ha bordado respecto a Ricardo Jaimes Freyre.

Raúl Jaimes Freyre

La Paz, 1952.

PRIMERA PARTE

AL LEVANTARSE EL TELON

La escena ocurre en una casa de campo, cerca de Buenos Aires, donde el poeta, ya en edad avanzada, se había refugiado. Al levantarse el telón se ve un comedor, al rededor de la mesa están Ricardo, dos hermanos suyos y una hermana, dos de sus hijos, —el primogénito vive en Tucumán— su cuñada y cuatro sobrinos. Otros dos sobrinos pequeños duermen ya; el canario y el gato duermen también. La sirviente se ha llevado al buen perro Bobby, para darle de comer. Son las nueve y media de la noche, hora propicia a charlas de sobremesa.

Es una comedia sin público: todos somos actores; pero sólo habla uno y éste es Ricardo, que dice:

La ciudad natal

Nací en un claro día, cuando mediaba otoño,
En una ciudad blanca, luminosa y feliz;
Flotaba un estandarte —sinople y gualda y gules—
Sobre el hogar paterno, dichoso y juvenil.

Era en un valle, oasis de verdor y frescura
Entre las dos tristezas de un inmenso arenal;
Lo acarician los hálitos de las cimas nevadas
Y oye en la lejanía los retumbos del mar.

Se desliza el Caplina sobre un lecho de arenas,
Y alegre y fugitivo penetra en la ciudad;
Es un arroyo de ondas claras y luminosas,
Que llevan los mensajes de la montaña al mar.

Es un niño; es un pájaro que sacude las alas;
Mas, nunca ofreció un genio tan magnífico don,
Por él hay ese oasis de verdor y frescura;
Por él hay esperanza, felicidad y amor.

Cabe su cauce estrecho nació la ciudad blanca,
Que un día vio la gloria de los hijos del sol;
La aldea silenciosa, perdida en la hondonada,
Oyó la voz del Inca, su padre y su Señor.

Pasó después sobre ella la tempestad de fuego,
Sintió la torva garra del águila imperial;
Nido de gerifaltes, de azores y milanos,
Vio una cruz y una espada y un blasón y un altar.

Más tarde fueron nietos del Cid y Manco Ckápac,
Cuyas venas llevaban sangre de Abderramán,
Los que en un hondo sueño de independenciam y gloria
Vieron desde el cadalso nacer la libertad.

Su cielo es un zafiro de pureza infinita
Donde clava su antorcha resplandeciente el sol;
No cruzan las centellas su atmósfera tranquila
Ni la asordan los truenos ni teme al aquilón.

Las nubes reteniendo su tesoro de lágrimas,
Sin dejar que una sola caiga sobre el Eden,
Pasan de tiempo en tiempo con vuelo silencioso
A empurpurar sus túnicas en el atardecer.

Un velo de neblinas, cuando se acerca el alba,
La ciñe dulcemente con su gasa sutil,
Y blanca de rocío las hojas y las flores
Descubren a la aurora la gloria de vivir.

Sus prados se dilatan hasta la oscura sierra;
Huertas y caseríos salpican su extensión,
Y los árboles brindan, sobre las tapias rojas,
Extendiendo sus brazos, el fruto tentador.

En su recinto breve, ceñido de jardines,
La ciudad guarda el suave perfume de un hogar,
Y tienen las mujeres el turbador hechizo,
Lánguido y voluptuoso, de noche tropical.

¡Ah! ¡Quién rompió el encanto de sus días serenos!
¡Quién en su puro cielo desató el huracán!
¡Quién purpuró con sangre las ondas de su río!
¡Quién escogió sus campos para el terrible azar!

Por el valle risueño cruzaron las legiones,
Vibraron los clarines y retumbó el cañón...

Sobre las cinias rojas después aparecieron
Asidos de la mano la Muerte y el Dolor.

Estos versos autobiográficos nos dicen que el poeta nació en la un tiempo apacible y pequeña ciudad peruana de Tacna, cuando su padre era Cónsul de Bolivia, elegido, como entonces se acostumbraba ahí, por los numerosos residentes bolivianos, y aluden en el tema a la invasión del ejército chileno.

Honda huella dejaron en su espíritu aquellos años de la infancia, vividos en el hogar de sus nobles abuelos don Andrés Freyre de Andrade y doña Juana Arias de Freyre; cuyo escudo nobiliario describe en su poesía Los Conquistadores.

*FECHA DE SU
NACIMIENTO*

—¿En qué año naciste?

—Yo —responde Ricardo— no nació, me nacieron, como a Quevedo.

UN SUSTO MAYUSCULO

Caminaba un día, siendo aun niño, por la orilla del río, cuando de pronto se abrió la puerta de una de las casas que a su borde se levantan, y apareció una mujer exageradamente fea; tanto que Ricardo retrocedió espantado, perdió pie y cayó al agua, no muy profunda, por suerte; en tanto la arpía reía a carcajadas, sin darse cuenta de lo ofensivo que era para ella el cómico accidente.

*FRAGMENTO DE PROSA
AUTOBIOGRAFICA*

Sabéis, amigos míos, que no he llevado una vida tranquila y sedentaria. He viajado desde mi

juventud, por mi tierra y en el extranjero. He vivido en muchas ciudades que nunca he vuelto a ver y en otras a las cuales he regresado después de pasados innumerables años. De algunos estados míos de espíritu, en estos últimos casos, quiero hablaros hoy.

Era yo un adolescente; tenía apenas quince años. Dejé los estudios para volver con mi familia a la ciudad de Tacna, donde debía pasar algún tiempo, no sabía cuanto, el que fuera necesario para que desaparecieran del horizonte las nubes que lo ennegrecían. Era un época excepcional para mí, para los míos, para todos.

Allí comencé una nueva vida; los libros universitarios fueron reemplazados por los libros de poesía, de historia, de viajes, de narraciones novelescas; la sujeción trocada por la libertad; los juegos de la infancia sustituidos por las aspiraciones juveniles; acababa de dejar la crisálida, tendí las alas.

Y apareció necesariamente el primer amor.

Mi memoria evoca una deliciosa figura de niña. Largos cabellos oscuros y ensortijados; tez muy blanca; claros ojos; cuerpo fino y esbelto; sonrisa tímida.

Toda ella estaba dentro de mi espíritu y delante de mí. ¿Cuál era su realidad, su realidad más hechicera? Acaso las dos. Hoy tengo la primera solamente; pero es tan pura, tan nítida, tan perfecta como en los viejos tiempos. Y cuando reaparece en el fondo de mi recuerdo, reaparece también el

alma mía de adolescente, a la que envolvió en un velo el largo y lento curso de la vida.

Yo estaba seguro de mí mismo; pero no sabía lo que me reservaba el porvenir. Cualquiera que él fuese lo dominaría mi voluntad y mi estrella. Y cualquiera que él fuese estaría lleno del encanto de esa dulce figura femenina. Cuesta mucho esfuerzo atribuir a las verdades de la vida la fugacidad de las quimeras del sueño. Y sin embargo los sueños suelen renovarse y los sucesos de la vida se cortan bruscamente para no reaparecer jamás.

Todas las purezas engalanaron ese amor infantil. Había algún perfume de cuento de hadas y algún brote de varonil orgullo en el idilio que iniciaba mi vida sentimental.

Mis versos tuvieron ya un objeto y una fuente de poesía. Hasta ese momento, desde los ensayos del aula, no habían revelado rincón alguno de mi reino interno. Y circulaban de mano en mano, entre mis compañeros de estudios. El poeta surgió cuando surgió la primera figura de mujer, que se volvía a él. Entonces olvidé la retórica y dejé hablar a la imaginación y al sentimiento su propio lenguaje.

Algún tiempo después tuve que dejar la ciudad. La despedida fue dulce y triste. Pero yo estaba seguro de volver, de volver muy pronto, de continuar la novela de amor que ambos creímos secreta y que provocaba en todos sonrisas benévolas y afectuosa complicidad. Así lo supe más tarde.

Pasaron muchos años; muchos. No nos atre-

vimos a escribimos. Apenas tenía noticias tuyas, y el sentimiento amoroso fue desapareciendo en mí, gradualmente. El recuerdo se conservaba nítido y puro y seguía perfumando mi espíritu, como sigue aún, como seguirá toda mi vida, por larga que ella sea. Largos viajes, residencias prolongadas en diversos países, tempestades frecuentes y calmas interminables, luchas y agitaciones internas —treinta años, más aún— todo eso hizo, todo eso pasó, todo eso sufrió el adolescente que había hablado por primera vez de amor a esa deliciosa niña que lo escuchaba ruborizada y sonriente.

Románticos o no, poetas o no, los que me escucháis o me leáis, buscad un poco en el fondo de vuestros espíritus y decidme luego si no tenéis una pequeña historia semejante a la mía.

Pero donde acaso se diferencia de las vuestras, es en el alejamiento y en la tardía vuelta. Vosotros habréis visto quizá cómo transcurría el tiempo y cómo transformaba cuerpos y espíritus. Habréis olvidado y habréis sido olvidados. Habréis estrechado con indiferencia la mano que tomásteis antes con pasión...

El idilio romántico reinó fielmente en la memoria del poeta a través de otros amores menos platónicos y de aventuras literarias, políticas y diplomáticas, en tantas tierras por las que deambuló. Muchos años más tarde hizo expresamente un viaje a Tacna, para volver a ver a la amada de la adolescencia.

Se dirigió a la casita rodeada de jardines, donde esperaba encontrarla todavía. Se detuvo indeciso para mirar por entre las rejas. En la acera del frente una anciana tomaba el sol.

— ¿Señora, —le preguntó Ricardo— puede usted decirme si en esa casa vive una joven llamada... ?

— Sí, señor, vive siempre; pero ahora no es una joven, al contrario.

Ricardo ya no quiso ver a la que en su recuerdo se le presentaba con todo el prestigio de su radiante juventud, y volvió apresuradamente al hotel, para preparar su viaje de regreso.

EN LA COPA DE LA VIDA

Tertulia en la casa de los abuelos Freyre de Andrade. Entre los asistentes están Julio Lucas Jaimes y la poetisa Carolina Freyre de Jaimes; Ricardo y su hermano mayor Julio, niños aún. Conversación ingenua. Placeres sencillos. Un poco de música, otro poco de baile. Isabel, una amiga de la familia, canta una romanza, la misma de siempre:

En la copa de la vida,
hay néctar de dos colores:
uno da dichas y amores;
el otro ¡ay! dolores.

Una señorita que está presente, llamada Dolores, se considera aludida, agradece y pide que no

se haga a ella solamente esa distinción; pues, según dice, hay otras personas que lo merecen en mayor grado, por ejemplo, Eloísa Freyre.

Para complacerla se canta de nuevo la copla, en esta forma:

En la copa de la vida,
hay néctar de dos colores:
uno da dichas y amores;
el otro ¡ay! Eloísa.

La tía Eloísa agradece a su vez, conmovida, la honra que le hacen.

QUEDARON DESPOSADOS

Siendo colegial, contaba, conocí en Lima a la famosa literata Juana Manuela Gorriti. Tenía un carácter varonil y resuelto. Era hija de un general argentino, héroe de la Independencia, el cual emigrado político, en cierta época de su vida, se refugió en la ciudad de Tarija. Allí vio Juana Manuela por primera vez a Manuel I. Belzu, que fue después Presidente de Bolivia, y con quien se casó. Era muy amiga de Carolina Freyre de Jaimes, mi madre, y ambas escritoras fundaron la revista *EL ALBUM*.

Así refería Juana Manuela, la manera como conoció al que iba a ser su marido:

— Un día oí música de tambores y clarines;

me asomé al balcón, que era bajo, y vi avanzar un regimiento de infantes. El capitán que lo mandaba era un joven gallardo: nuestras miradas se encontraron y desde ese momento nuestras almas quedaron desposadas. (Lo que no impidió que algunos años más tarde se separaran, recuperando ella su nombre de soltera, con el que se hizo célebre). Una hija suya, Mercedes Belzu de Dorado, fue notable poetisa.

UN MEDIO INFALIBLE

Una noche de plenilunio fuimos a visitar mi madre y yo, a Juana Manuela Gorriti. Al llegar a la puerta de reja, vimos en el jardín algo así como un fantasma blanco que danzaba frenéticamente. Yo me estreché contra mi madre, asustado.

— ¡Juana Manuela!

— ¡Carolinita! Pasen, pasen. Me han sorprendido bailando y enseñando, al mismo tiempo, una moneda de plata a la luna: es un medio infalible para atraer la fortuna.

NO SE QUE

Contaba que los poetas que rodeaban a Juana Manuela, se habían propuesto hacer que escribiera en verso, pues la escritora sólo se dedicaba a la prosa; al fin ella accedió: tomó la pluma y, como era fervorosa amante del café, escribió:

Ese dulce no sé qué,
que el hombre llama café.

Era la época en que todos tenían buen oído.

JUSTICIA MATERNAL

Todavía en Lima. Día de repartición de premios escolares. Las mamás acompañan a sus hijos a colegio. Carolina Freyre de Jaimes va también con los suyos, Julio y Ricardo. No se sabe quienes serán los premiados. Juan González Rolando, Rector del establecimiento, lo oculta cuidadosamente. Espectativa.

Llega al fin el momento esperado. Ricardo recibe el Gran Premio, la medalla de oro y todos los premios de su curso. El muchacho está encantado, orgulloso; pero su alegría se disipa por completo, porque en lugar de recibir una cariñosa felicitación maternal, oye decir a su madre, que habla con otra señora:

— ¡Qué injusticia: otorgar todos los premios a Ricardo, siendo el menor! ¿No podían repartirlos entre los dos? ¡Eso no se hace!

VARIOS AÑOS EN UN SEGUNDO

Cuando muchacho cayó de un tejado, al que había subido por travieso; el espacio que recorrió no era mucho, por lo cual no sufrió mayores da-

ños; pero pudo comprobar —según aseguraba— una teoría popular: toda su vida se le presentó en tan corto tiempo, con los mayores detalles.

LOS DOS MAESTROS

El maestro de Filosofía de Ricardo fue el Presbítero Dr. Samamé, dulce y bondadoso sacerdote, a quien muchos años después encontrara en Sevilla. Se vieron sin reconocerse al pronto y cada uno siguió su camino. Lo supo más tarde y lamentó profundamente no haber podido abrazar al sabio, cuyas enseñanzas tan honda huella dejaron en su espíritu.

Lima era en aquel tiempo un centro intelectual activísimo y brillante, a donde se dirigían muchos refugiados políticos. El maestro de Literatura del poeta, fué allá, en esa forma. Angel Polibio Chávez, era un gallardo joven ecuatoriano, escritor reputado, que adivinó y anunció al nuevo literato que nacía, y publicó con halagüeños comentarios, los versos juveniles.

He aquí como pinta Ricardo a sus dos maestros:

El Presbítero Samamé

Un anciano sacerdote de alma tímida,
De serena faz, cordial como un abuelo.
Su palabra reposada era un arroyo
Que discurre mansamente por las guijas de su lecho.
Saturado de Platón y de Plotino,
Se perdía en los jardines de Academo,

Y en las márgenes sagradas del Iliso,
 Su rugosa mano blanca, como un lábaro inmortal blandía
 (el Fedro.

Desertor como el inmenso Estagirita,
 Cobijábase más tarde con la gloria del Liceo,
 Y sus frases retorcían en cordón interminable,
 Silogismos y dilemas con extraño arrobamiento.

Penetraba con seguro y ágil paso,
 En el mundo nebuloso del misterio,
 Y alumbraban el camino que conduce a lo absoluto,
 Sus pupilas apagadas por el tiempo.

Dios, el alma, la materia,
 La libertad, lo finito, lo incognoscible, lo eterno...
 A los ojos azorados de los niños
 Descendían suavemente, como un pájaro que ha llegado
 (hasta los cielos.

Después, la cordial sonrisa,
 Un aire de bendiciones en el ademán benévolo;
 Y se perdía en el patio luminoso
 El vuelo de su sotana con largo zig zag negro.

Angel Polibio Chávez

Un poeta
 Madrigalesco y romántico,
 Adherido a los preceptos
 Como un ave aprisionada por un lazo.
 Llegó a la orilla del Rimac desde el Guayas,
 Fugitivo y desgraciado;
 Sus versos
 Se juntaban con la prosa castellana de Montalvo,
 Que puso marcas de fuego
 En los hombros del tirano.
 Soñando con la belleza,
 Joven, airoso y gallardo,
 Buscaba a veces los sonos del salterio y de la lira

En la eglógica zampona de Garcilaso.
El adivinó en el niño
Al poeta que nacía como un pájaro,
En su nido hecho de amores,
De sonrisas, de esperanzas y de halagos;
El lo vio mover sus alas
Y contemplar el espacio;
Y oyó el trino
En el balbuceo confuso y vago...
Poeta, la luz del alba
También anuncia los días pálidos.

En sus miradas, a veces,
Se deslizaba la sombra de algún recuerdo lejano,
Enmudecía su lengua,
Caían sus brazos,
Sus ojos
Se clavaban en el suelo como dos dardos,
Soñaba
Inmóvil como una estatua de mármol.
¿Era la imagen del déspota
Que alzaba en la lejanía su puñal ensangrentado?
¿Era el clamor de la patria,
La soledad, el destierro, el desamparo?

¡Por qué de su noble espíritu
No bajó nunca la excelsa Poesía hasta sus cantos!

UN TRAJE DE NIÑO QUE CUESTA 15.000 INCAS

En Lima. La Guerra del Pacífico ha estallado. Don Julio Lucas Jaimes, se alista en el ejército peruano y le dan el grado de Coronel. Antes de partir deja a su esposa, en previsión de lo que



Don Ricardo Jaimes Freyre, en su juventud.

pueda ocurrir, la cantidad de 15.000 incas; una pequeña fortuna en aquellos tiempos.

Pero triunfa el invasor y la moneda peruana pierde completamente su valor. Carolina Freyre de Jaimes, hace llamar a un sastre a quien adeuda 60 soles por un traje que ha hecho para Ricardo, y le ofrece los 15.000 incas dejados por su esposo.

El sastre se niega a recibir la moneda depreciada. Al fin, acepta por excepcional condescendencia. ¡Esa miseria!

SALUTACION CON GUANTES

Ricardo se casó antes de cumplir veinte años; a los diez y ocho era ya novio y una noche que fué a visitar a la familia de su novia le ocurrió un percance.

Para llegar al departamento que ocupaban doña Angélica Montenegro viuda de Soruco y su hija Felicidad, era necesario atravesar un patio. El patio estaba oscuro. Ricardo tropieza con alguna cosa y cae, hundiendo la mano, que ha extendido para no hacerse daño, en el barro dejado por los albañiles, que están haciendo trabajos en el edificio.

Se levanta furioso y sin limpiarse entra en la sala, donde están además de los de la casa, varias visitas; estrecha, calurosamente, las manos que le tienden damas y caballeros, sin parar mien-

tes en que tiene el guante sucio de barro; cosa que a todos sabe a incorrecta y contraria a la cortesía.

EL PROFESORADO Y LAS BARBAS

Tiene apenas veinte años, está casado y es profesor de Filosofía del renombrado Colegio Junín de Sucre. Un día su padre lo presenta a don Gregorio Pacheco, que fue después Presidente de Bolivia, diciéndole su estado y el cargo que ocupa.

— ¡Cómo, exclama el Sr. Pacheco, ya casado y profesor del Colegio Azul...

— ¿Qué le extraña a usted? pregunta el joven.

— Que usted sea catedrático antes de que le hayan salido las barbas.

— Si lo importante son las barbas, replica Ricardo, habría que nombrar catedrático a un chivo.

¡PARA RISAS ESTAMOS!

Estalla en Sucre la revolución contra el Presidente Aniceto Arce, en el momento en que éste asiste al solemne Te Deum, en la Catedral. Es el 8 de septiembre de 1888, día de la Virgen de Guadalupe. Las tropas apostadas en la Plaza, frente al templo, se declaran en favor de los revolucionarios. Arce huye de la iglesia por una puerta fal-

sa; logra llegar al Seminario, de donde sale después disfrazado de fraile.

Don Julio Lucas y Ricardo también escapan del templo; pero, perseguidos de cerca, se refugian en la farmacia de un señor Villavicencio, el cual hace cerrar las puertas con triple cerrojo. Así prisioneros, pasan algunos días de terrible impaciencia; pues, desesperan por unirse al Presidente Arce, que está preparando la reacción en Cochabamba. La huída parece imposible: están vigilados día y noche.

Ricardo propone entonces, escapar en pleno día. Su plan es éste: salir tranquilamente conversando, para aprovechar, hasta donde fuera posible la sorpresa de los guardianes. Lo hacen de ese modo y el plan da buen resultado, al menos en un trecho del camino. Van hacia el Convento de Franciscanos, lentamente, y en animada charla, pasando ante grupos de revolucionarios que los miran asombrados.

Cuando ya llegaban a término ven aproximarse corriendo a soldados enemigos que les persiguen. Comprendiendo que han sido descubiertos, padre e hijo echan a correr velozmente y llegan a tiempo a la puerta del Convento. Los buenos frailes se dan cuenta inmediatamente de lo que ocurre, asilan a los perseguidos y se niegan a abrir la puerta a los soldados, sin orden expresa escrita. Mientras estos van a buscar el permiso, esconden a aquellos, lo mejor que pueden, dentro de dos grandes tinajas de barro.

Ha caído la noche, los revolucionarios que ya tienen la orden, recorren el Convento, mirando y revolviendo todo, pero no destapan las tinajas. Julio Lucas, que es hombre alto y robusto, se ahoga en su encierro y quiere salir de él, aunque lo tomen prisionero. Un fraile, entonces, les propone que se escondan en la huerta que ya ha sido revisada por los sayones. Surge un inconveniente: para ir a la huerta, sin ser vistos, tienen que pasar primero por un agujero que sirve, comunmente, para que la comida llegue al refectorio sin enfriarse al dar la vuelta por el patio y es, por lo tanto, pequeño. En ese patio estaba un centinela revolucionario.

No poco trabajo les cuesta pasar. Al fin, salvada esa dificultad llegan al huerto, donde a duras penas, logran dominar a un perro que los ataca; vencido el perro y encadenado, se esconden bajo abundantes ramas secas. En tanto los frailes preparan en lugar cercano, dos buenas mulas de silla. Cerca de media noche, Julio Lucas y su hijo, ayudados de un fuerte y oportuno aguacero que ahuyenta a los centinelas (no eran soldados de línea) saltan la tapia y huyen en sus caballerías.

Muchos años después contaba Ricardo este suceso, en el mismo lugar en donde se había realizado. Un fraile le escuchaba con suma atención. Cuando terminó, el monje dijo: —Yo fui el que llevó a ustedes los revólveres que podían necesitar para el viaje, y el mismo que se irritó cuando usted encendió una cerilla, exponiéndose a que lo viesan desde lejos los soldados vigilantes. Usted

se rió de mi alarma y yo exclamé: “¡Para risas estamos ahora!”

LOS TIROS LOGICOS

Poco tiempo después, Arce a la cabeza de un ejército, se dirigió a Sucre, para sofocar la revolución. Ricardo está de Secretario del Estado Mayor. Un día se presenta a él un caballero y le dice: —Vengo a ofrecer mis servicios, como militar. Soy el Coronel Federico La Faye.

Ricardo agradece y contempla con viva curiosidad al hombre que mató con seis tiros de revólver pequeño al sombrío tirano Agustín Morales, y recuerda lo que dijo, ante los jueces, el abogado defensor del acusado:— “Después del primero, los demás tiros fueron lógicos”. (¡Sí, muy lógicos!).

NO ERA OPORTUNO

Vísperas de un combate. Ricardo está muy ocupado. Es tarde de la noche. Le avisan a esa hora que el Sr. Hochkofler quiere hablar con él, urgentemente. Piensa que se trata de algo referente a la campaña y se apresura a recibirlo. El respetable señor le dice:

— Quiero pedirle un favor: mañana es santo de mi esposa y vengo a rogarle, en el mayor secreto, que me haga unos versitos para dedicárselos...

UN ESPÍA

Cuenta que estando en campaña, en el ejército de Arce, vieron a distancia a un viajero enmascarado. Traédlo, —ordenó Julio Lucas—, debe ser un espía.

Cuando hicieron llegar al viandante que era un señor inofensivo, todo asustado, balbuceaba:

— Señor Jaimes, por qué me detienen? Si viajo con careta es porque tengo el cutis muy delicado y quiero evitar las quemaduras del sol.

*EN TODAS PARTES SE
CUECEN HABAS*

Han transcurrido algunos años. Don Julio Lucas ha sido nombrado Ministro en el Brasil y lleva de su Primer Secretario de Legación a su hijo Ricardo. Pero la caída del Imperio les impide presentar credenciales. Hay que esperar que Bolivia reconozca a la nueva nación republicana. Esperan en la capital argentina.

Es el año 90, viven cerca del Parque de Artillería y tienen la ocasión de presenciar uno de los combates de la célebre revolución encabezada por el caudillo Leandro Alem.

ENTRE RUINAS Y ESCOMBROS

Ricardo se encuentra en Sucre, nuevamente. El Presidente Baptista, uno de los hombres eminen-

tes de Bolivia, lo hace su secretario privado. El poeta trabaja sin horario fijo, en horas del día y de la noche. En la noche hasta muy tarde y en el día desde muy temprano. Cuando Baptista no trabaja conversa con su secretario.

Una noche encuentra en su velador una esquila del propietario de la casa donde se ha establecido. En el recado le ruega que busque otra habitación, pues ha resuelto emprender trabajos de refección en la casa. Ricardo no tiene tiempo para buscar otro alojamiento y pronto olvida el pedido. Una nueva esquila se lo recuerda, con igual resultado. Los trabajos comienzan. Las esquelas se multiplican y él se sostiene imperturbable. Van echando abajo los muros, excepto los del cuarto. Al entrar —en la noche— tiene que pasar por encima de cascotes, piedras y vigas.

Al fin, su buen amigo don Román Paz, hizo trasladar los muebles a su casa y así terminó la vida de anacoreta o lagartija que llevaba entre ruinas y escombros.

EL PRECIO DE LA GLORIA

Una pausa en el trabajo. Baptista sale a dar un paseo por las calles de Sucre; lo acompaña su secretario particular. En la plaza principal ven a un anciano que toma el sol, sentado en un banco. El Presidente dice a Ricardo: —Aquel hombre ha sido guerrero de la Independencia. Acerquémonos a hablarle.

Así lo hacen. Baptista le interroga: —Usted que ha conocido a Bolívar y a Sucre ¿qué piensa de ellos?

— Eran dos grandes mulatillos, señor...

COMO MURIERON ADOLFO BALLIVIAN Y LINARES

Baptista refiere a Ricardo cómo murieron dos próceres bolivianos: los presidentes Adolfo Ballivián y José María Linares.

En los últimos momentos de Ballivián, estaba Baptista junto al lecho y acercó su rostro al del moribundo para recoger su postrer voluntad:

— Señor, le dijo, usted desea algo ¿qué es?

— Morir, contestó suavemente y expiró.

Linares, en cambio había perdido el habla. Baptista notando que quería decirle algo, se esforzaba por comprenderle, hasta que tuvo una inspiración:

— Señor, exclamó, usted quiere que lleve a Fernández su perdón. ¿No es verdad?

— Sí, repuso el moribundo con un movimiento de cabeza.

Baptista viajó a Buenos Aires llevando el perdón del doctor Linares al traidor Fernández.

“EL UNICO PECADO QUE TIENE ES UN SOBRINO”

Baptista pasa la temporada de verano en el balneario de Santiago de Huata, con muchas otras

familias y con su secretario. Un día que los dos se pasean juntos, anuncian al Arzobispo Monseñor Taborga. El Presidente avanza a su encuentro con el mayor afecto y pocos momentos después los tres platican a la sombra de los árboles.

El Presidente es profundamente católico y escucha con todo respeto al Prelado que habla de un joven para quién solicita un empleo. Me ha sido muy recomendado por el Sr. Vicario, termina afirmando Monseñor Taborga.

Ricardo está distraído y sin darse cuenta de su irreverencia, exclama: — Debe ser su sobrino!

UN VERANEO DEVOTO

Deliciosa temporada de verano en Huata. Las veladas se pasan alegremente conversando y bailando. Baptista es en la intimidad un hombre encantador. El único que no se divierte es Monseñor Taborga, Ilustrísimo Arzobispo de la Plata, que echa de menos su partida cotidiana de chaquete. Nadie quiere jugar.

Ricardo se resigna al sacrificio, creyendo que será por una sola vez; pero he aquí que al siguiente día al término de la cena, el buen Prelado le dice:

— Esta noche, ya sabe Ud. nuestra partidita de chaquete. Y del mismo modo, todas las noches hasta el fin del veraneo.

Y lo peor del caso, comenta Ricardo, que el Arzobispo ganaba todas las partidas, sin excepción.

QUIEN MATO A DAZA

Ricardo refiere que estando con Baptista y Luis Paz, entonces Ministro de Guerra, escuchó la siguiente conversación:

Paz: — Recuerda usted, señor, como di a usted la noticia de la muerte de Daza?

Baptista: — Ya lo creo! (*Volviendo la cara hacia el poeta*). Figúrese Ricardo que yo me encontraba convaleciente de una fuerte bronquitis cuando veo llegar a caballo, a este aturdido de Paz, que luego me dice: —No sé si el estado de su salud le permitirá recibir una mala noticia.

Yo le repuse, con angustia: — Ya me la ha dado usted, ¿qué ocurre?

— Han asesinado al General Daza, exclama.

— Qué barbaridad! — contesté — Qué va a decirse de nosotros, cuando ésto se sepa?

Esta anécdota, terminaba su relato Ricardo, tiene mucha importancia histórica, porque se ha asegurado que Baptista hubiera hecho asesinar al General Daza; lo que no puede aceptarse, conociéndola, ya que habría que suponer el absurdo de que los dos grandes hombres se habían puesto de acuerdo para representar una ridícula comedia, con el propósito de engañar, sin objeto, a un joven, como era yo entonces.

LAMENTABLE ERROR

En aquellos tiempos el Secretario privado del Presidente de la República, ganaba escasos dos-

cientos pesos.

Ricardo gasta con medida y envía frecuentes remesas a su esposa doña Felicidad Soruco, que ha quedado en Buenos Aires. El caso es que no existen aún los “giros telegráficos” entre Bolivia y Argentina. El dinero demora mucho en llegar a destino. Ricardo se queja de esta demora, incidentalmente, en conversación con el Ministro argentino Dardo Rocha, el cual le ofrece que en tanto se establezca un mejor servicio, dará orden de entregar oportunamente a la señora de Ricardo la suma que éste le indique. El no se decide a aceptar por la pequeñez de la cantidad de que puede disponer para sus envíos periódicos.

Rocha insiste y redacta él mismo un telegrama dejando en blanco la suma que va a entregarse. Ricardo anota cien pesos.

A los pocos días recibe una carta de su esposa, en la que le agradece el obsequio de “mil” pesos que le ha hecho y le informa que ya ha dispuesto de seiscientos en varias fruslerías.

Ricardo se hace acompañar por el Secretario de la Legación Argentina a la oficina de telégrafos, para establecer que el error no se le puede imputar y luego se encamina a la Dirección del Tesoro Nacional, donde solicita un anticipo de novecientos pesos que envía al Ministro. Esa cantidad le es descontada de su pequeño sueldo, mensualmente.

*FELIZ EL QUE NUNCA
HA VISTO*

(Improvisación).

¡Oh, los que van por el mundo
Cruzando tierras extrañas!
¡Los que persiguen la dicha
A la luz de una esperanza,
Buscando emociones nuevas
En las extranjeras playas!
Ojos llenos de visiones,
Almas plenas de añoranzas.
Al fin os dirá la vida
Las inmortales palabras:
“Feliz el que nunca ha visto
Más río que el de su patria”.

MEDICINAS

Sin duda fueron rivales dos prominentes parlamentarios: don Federico Diez de Medina y don Antonio Quijarro, pues Ricardo acostumbraba dar una antigua receta para algunos males, en que se aludía a los nombrados:

Al catarro con el jarro;
la fiebre con la quinina,
y para Diez de Medina
con don Antonio Quijarro.

“EL VICIO ERRANTE”

Viaje solitario a caballo, por las montañas

del Potosí. Ricardo está angustiado porque se le han concluído los cigarrillos y le faltan muchas leguas para llegar a la población más cercana. Felizmente ve, a lo lejos, a otro viajero. Espolea su cabalgadura para alcanzarlo y observa con extrañeza que el viajero, que también lo ha visto, retrocede para llegar más pronto donde él. Al fin, cuando está cerca le dice a Ricardo, suplicante: — Señor Jaimes, puede usted obsequiarme un cigarrillo?

YO SE QUE HAY...

Ricardo, su hermana Carolina y otros parientes viajan a caballo. Ellos se adelantan para dialogar con mayor libertad y como son dos jóvenes románticos, recitan en voz alta, versos de sus poetas favoritos. Carolina es admiradora de Becquer y repite, entre otras rimas, ésta:

“Yo sé que hay fuegos fatuos que en la noche
Llevan al caminante a perecer...”

La noche ha caído completamente. De pronto ven luces y creyendo que está próximo un poblado se encaminan hacia él; pero, al punto escuchan gritos desesperados del arriero: — Cuidado: los señores van a caer en los pantanos!

— Cómo, y esas luces?

— Son fuegos fatuos!

UN RATON INNECESARIO

Viaje fatigosísimo a lomo de mula. Al llegar a la posada no les queda fuerzas sino para arrojarse sobre las camas, sin siquiera quitarse las botas. Sin embargo Agustín Pórcel, su compañero de viaje, no puede dormir; varias veces ha prendido unas cerillas para mirar debajo de la cama.

Ricardo se molesta: — Qué buscas Agustín?

— A un ratón que...

Ricardo, (*interrumpiéndole*): — ¡Pero hombre, para qué lo necesitas a esta hora?

LA UNICA VEZ QUE
SE EMBRIAGO

Llegaron al pueblo de Tarata, Julio Lucas y sus hijos Julio y Ricardo. Los principales vecinos prepararon una alegre fiesta en su honor, en la que se sirvió abundante *chicha* y cerveza. Estaban presentes algunos músicos y se organizó de inmediato un baile. El señor Cura quiso bailar con don Julio, el que se negó a acompañarlo con el pretexto de que no le agradaba hacerlo con personas del sexo feo. Entonces mandaron llamar a simpáticas damas tarateñas, y fue preciso complacerles.

A cierta hora, avanzada ya la noche, Julio Lucas pidió permiso para retirarse, pero los buenos vecinos trataron de impedirselo y cerraron las puertas bajo de llave. — Yo no puedo quedarme más tiempo, les dijo, porque estoy sumamente fatigado

por el viaje; ahí están mis hijos que me reemplazarán con ventaja.

Accedieron por respeto y no hubo escapatoria posible para Julio y Ricardo; y ambos, obligados a beber a la par que los demás, pasado poco tiempo estaban completamente embriagados y dormidos, en blandos sillones.

Los tarateños no se rindieron; al siguiente día Ricardo se despertó con el ruido que hacían los sirvientes al destapar nuevas botellas de cerveza.

LOS CICLOPES

En Potosí, Ricardo es invitado por don Eliodoro Villazón —que fue Presidente de la República, años después— a visitar el interior de una mina del Cerro Rico. Entraron con otras personas más mediante un carro *decauville*, por la amplia galería del Real Socavón. Avanzaban alumbrados por antorchas que hacían más impresionante el paseo en el subsuelo minero. En cierto momento se perciben ruidos.

— Qué rumor es ese? pregunta Ricardo.

— Son los golpes de los barrenos contra la roca, le responden.

Llegan por fin al lugar donde trabajan dos peones.

Uno de ellos se vuelve y saluda, deja clavada la barreta en el piso y se apoya en ella, tratando de ver, ayudado con la linterna que lleva sujeta en la frente.

Es alto, fuerte, parece de bronce; está desnudo.

Ricardo al verlo en la sombra de la caverna, con su ojo luminoso en la frente y su cuerpo sin cubrir, cree encontrarse ante uno de los cíclopes, Polifemo; y piensa que posiblemente son los mineros los que dieron origen a esa creación mitológica.

UNA EXAGERACION

La escena en Cochabamba. Epoca: fines del siglo pasado. Reunión social. Llega Ricardo y se acerca a un grupo de caballeros que conversan animadamente.

— Antonio es del tiempo de Sócrates, decía en ese momento uno de ellos. Ricardo, sin disimulos, lanza una sonora carcajada.

Todos se vuelven a él con extrañeza.

— Por qué se ríe usted?

— De la enorme exageración: una persona del tiempo de Sócrates tendría ahora cerca de dos mil años.

— Hablo de mi hermano Sócrates, explica el señor Torrico, amoscado.

TODOS SOMOS "TILCARAS" DE ALGUIEN

Un día llegó Ricardo a la aldea de Tilcara, cercana a la ciudad de Tupiza; ciudad que en ese

tiempo tendría a lo sumo dos mil habitantes.

En la posada donde se aloja oye a una señora que amonesta a un muchachón que quería hacer un viaje a Tupiza:

— No quiero que vayas, los jóvenes se echan a perder en las grandes ciudades.

Entonces pensó que todos somos “Tilcaras” de alguien, dentro de la relatividad humana.

LO CONTRARIO

Contaba que Julio Lucas había tomado pasaje a Buenos Aires, en un vapor que hacía la travesía por el Estrecho de Magallanes; pero, al llegar a Valparaíso, desembarcó para continuar viaje por tierra.

La razón era que en el buque el caldo estaba frío, el postre caliente y la conversación tibia.

COMO SE QUEDO EN TUCUMAN

Ricardo va de viaje de descanso a Rosario de la Frontera y como el tren se detiene suficiente tiempo en Tucumán, aprovecha la oportunidad para visitar la ciudad. De vuelta a la estación pregunta, distraídamente, por el tren que va a Rosario. Le señalan el que va a partir en ese momento; se apresura a tomarlo y se instala. Al cabo de un rato, cuando le piden el boleto, se entera de que el

tren en que se ha embarcado no es el de Rosario de la Frontera sino el que conduce a Rosario de Santa Fe. Tiene que descender en la estación más próxima y volver a Tucumán, donde habiendo perdido el último tren, se ve obligado a pasar la noche allí.

En la mañana del siguiente día, a la espera de la hora de partir, lo llevan al Club y ahí un grupo de periodistas le ofrece la Dirección de un diario. Acepta a condición de que esperen su vuelta, y cuando así lo hace, se queda en la florida Tucumán, veinte años. ¡El azar!

DE MUY LEJOS...

Hacia poco tiempo que había llegado a Tucumán, cuando fue presentado al Gobernador de la Provincia, don Lucas Córdoba, hombre de mundo, culto y afable, el cual le dijo con cierto aire protector:

— Ya he oído hablar de usted; sé que por sus talentos ha de llegar muy lejos.

— Dé ahí vengo, contestó el poeta.

EL GENERAL MITRE Y ONOFROFF

El célebre hipnotizador y adivino Onofroff llegó a Buenos Aires por vez primera y se hablaba de él con admiración y entusiasmo, comentando sus sorprendentes experimentos.

El General Mitre lo hizo invitar a su domicilio y reunió a sus amigos, entre ellos a Ricardo, para que presenciaran la sesión que ofrecía el artista.

Onofroff despliega en ella todos sus recursos y cuando ha terminado, el General le dice:

— Yo deseo verificar, personalmente, su poder de adivinación. Me permite que le sugiera mentalmente una orden? Onofroff acepta complacido.

Mitre se coloca tras de Onofroff. De acuerdo con sus indicaciones, concentra su atención en un pensamiento y con las manos puestas en la espalda del hipnotizador. Al cabo de un momento Onofroff se pone en marcha rápidamente, cruza un patio, sube por una escala y llega al gabinete privado del prócer. Todos le siguen.

Penetra en la habitación y sin vacilaciones abre uno de los cajones del escritorio para coger de entre muchísimas medallas, una que pone en manos del General Mitre.

— Eso es lo que yo le había ordenado que hiciera, dice éste, que me dé la medalla de Pavón.

BUSCAD, BUSCAD, HALLAREIS EL AZUCAR

Conversan Ricardo y el Embajador de Francia en la Argentina, M. Alejandro Conti. Este dice que el nombre de la capital de Bolivia, Sucre, le hace suponer que en esa ciudad hay muchos inge-

nios de azúcar. Ricardo le explica que esa denominación no tiene ninguna relación con el azúcar; que ha sido puesta en recuerdo y gratitud al lugarteniente del Libertador Bolívar, el Gran Mariscal Sucre, que con la victoria de Ayacucho selló la independencia del Alto Perú; fuera de que ese vocablo no se pronuncia del mismo modo que en francés, pues la *u* francesa no existe en castellano.

M. Alejandro Conti, no se da por vencido y repite:

— *Cherché, cherché, vous trouveres le sucre.*

NO SIEMPRE LO PEOR ES VERDAD

Fue al Valle de Cafayate en la Provincia de Salta, a pasar unos días en compañía de un tío suyo llamado también Ricardo. Los dos Ricardos dormían en la misma habitación. Una mañana, a la aurora, se despertó de pronto y vio en la penumbra, a un gaucho de aspecto feroz, que avanzaba con precaución para no hacer ruido dirigiéndose hacia la cama del tío Ricardo.

No había duda: era un bandido. En su rostro se alcanzaba a ver una formidable cicatriz, huella quizá de alguna sangrienta aventura. El bandido está ya junto a la cabecera de la cama, inclinándose. Ricardo no puede contenerse, lanza un grito y salta sobre el hombre. El otro Ricardo se despier-ta con el ruido, aunque no del todo, y sin darse cuen-

ta de lo que ocurre, dice al gaucho: — Sacá, no más, las llaves, y se recuesta nuevamente.

Entonces el gaucho introduce la mano bajo la almohada, toma un manojo de llaves y se marcha.

Era el Capataz de la hacienda, un hombre bonísimo.

EL CARPINTERO DE BADAJOZ

Ricardo se pasea pensativo y con andar pausado que lo distingue, por las calles del pueblo español de Badajoz. Al pasar por un taller de carpintería ve una caja semejante a la mitad de una barrica y recuerda que la sombrerera de su esposa se ha destrozado en el viaje. Deteniéndose en la puerta, pregunta:

— Esa caja podría servir de sombrerera para sombreros de mujer?

— Sí, señor, si a usted le parece, contesta el carpintero.

— Entonces, póngale tapa, arréglela convenientemente y lleve, hoy mismo, al hotel donde estoy alojado. Da su dirección y prosigue su paseo.

Cuando llega la sombrerera, la señora se enfada. La caja es excesivamente pesada, fea e impropia para el objeto a que se la quiere destinar.

Al escuchar sus observaciones, el carpintero que había recibido ya la paga por su trabajo y se disponía a marcharse, se detiene y dirigiéndose a Ricardo, le dice con tono ofendido:

— No fue usted mismo, señor, quien eligió la caja y encargó el trabajo?

— Si, mi amigo, y usted no tiene la culpa de mi equivocación.

— Es que yo, señor, no estoy acostumbrado a que se haga observaciones a mis trabajos: soy obrero conocido en Badajoz; he sido guardia civil y por lo tanto un hombre honrado, como puede atestiguarlo el mismo dueño de este hotel; y puesto que he hecho exactamente lo que usted me encargó, no puede usted quejarse.

— No me quejo; pero no pudiendo utilizar a satisfacción la caja, y con el derecho que tengo de hacer lo que me plazca con lo que me pertenece, la dejaré aquí, a menos que usted quiera llevársela.

— No, señor. Eso de ningún modo. Yo no puedo permitir que usted no utilice un trabajo mío por inservible ni tampoco llevármelo cuando usted me ha pagado su valor justo. Qué pensarían de mí en Badajoz! Puesto que usted me ha comprado la sombrerera tiene que cargar con ella.

Ricardo está de prisa; debe tomar el tren en unos momentos más. Pierde la paciencia y arroja de la habitación al carpintero, el cual no se da por vencido y se queda esperando cerca de la puerta, para ver si, efectivamente, dejan la caja.

La señora teme al escándalo y ruega a Ricardo que lleve la sombrera, a lo que éste accede esperando poder librarse de ella en la primera oportunidad.

Han pasado algunos años. Ahora la escena se desarrolla a mucha distancia de Badajoz. Muy lejos. En una casa-quinta de Taffí Viejo, cerca de Tucumán. El está en su escritorio y escucha discutir fuera a su esposa con un obrero que ha hecho algunos arreglos en las puertas y ventanas de la casa. Felicidad considera que el precio que le pide el carpintero es excesivo. Ricardo interviene diciendo:

— Paga, hija, paga, no discutas.

Pero el carpintero se siente ofendido en su amor propio, como el otro, y se apresura a dar largas y fatigosas explicaciones para convencer de que es un hombre honrado y que no pide sino lo que en justicia se le adeuda. En vano Ricardo repite que le cree sobre su palabra y que está satisfecho de su trabajo. Tanto habla e insiste en su tema, que al fin, aburrido, le dice, recordando su anterior aventura.

— Usted debe ser de Badajoz.

A lo cual responde sorprendido el carpintero:

— Sí, señor, cómo lo sabe?

VISION ANTIGUA

Llegó a la ciudad de Avila de los Caballeros en la alucinante España. Noche de plenilunio. Salió inmediatamente del hotel para gozar de la honda impresión que ofrecía la vieja ciudad amura-

llada. Las calles estaban desiertas. Ricardo caminaba encantado, evocando recuerdos históricos, cuando acertó a llegar a una plaza, en cuyo centro estaba un hombre. Era un sereno.

Alto, grueso, con un blusón cerrado en el cuello, se perfilaba bajo la luz de la luna... En la mano tenía, recta, una especie de lanza, de la que pendía un farolillo; y a su cintura se ceñía un cinturón que sujetaba numerosas llaves. Estaba el individuo inmóvil. Ricardo se aproximó a él y lo contempló como se contempla una estatua.

El sereno, con tono de enfado, le dijo:

— Señorito, vamos, que no soy un monumento!

¡COMO SI NA...!

Se anunciaban grandes inundaciones en España. Ricardo, que estaba en Sevilla, recorría por las orillas del Guadalquivir y observaba que las aguas del río no parecían haber aumentado. Para cerciorarse interroga a un sujeto que se hallaba cerca a él.

— Quiere usted ayudarme a salir de una duda: el Guadalquivir ha aumentado o no en estos días?

El andaluz responde: — Quía, señó, si este río no tiene vergüenza: todos desbordando y él como si na!



Retrato de la señora Carolina Freyre de Jaimés,
madre del poeta.

PREGUNTARME ESO!

Poco después de llegar a Sevilla, contempla una torre esbelta y bella y aunque se imagina cuál es, quiere estar seguro y pregunta a un transeunte:

— Qué torre es esa tan bonita?

— Hombre de Dios! —le contesta— Parece mentira. Qué torre va a ser! La Giralda. Mire usted, que preguntarme eso...!

OTRO SERENO

En Burgos, iba Ricardo, por la noche, recorriendo la ciudad estupenda, que estaba silenciosa y desierta, cuando notó que alguien lo seguía; dobló por una esquina al azar y el otro también; apresuró el paso y el misterioso perseguidor apuró el suyo. Entonces dio vuelta y se dirigió hacia él. resueltamente, y le interrogó sobre el motivo por el cual le seguía.

— Señor, dijo el buen hombre, que era un sereno, lo sigo a usted, porque un extranjero puede tener necesidad de mí, por cualquier circunstancia.

— Y cómo sabe usted que soy extranjero?

— Aquí todos los de la ciudad nos conocemos.

— Bueno, vamos juntos.

El sereno resultó en efecto agradable, pues era un guía ilustrado: habló largamente de historia con el poeta, y cuando llegaron a la Catedral

de Santa Gadea, le dijo, deteniéndose cerca de la puerta:

— Este fue el sitio donde el Cid hizo jurar al Rey Don Sancho, y si la iglesia estuviera abierta le mostrará a usted, donde se efectuaron los otros dos juramentos, porque no es verdad que los tres fueran hechos en el altar.

EL PECHO Y LA ESPALDA DEL TAJO

En Toledo, contemplando el Tajo, recuerda que es un río que tiene, como ninguno otro, pecho y espalda; pues un poeta dijo:

Folgaba el Rey Rodrigo
Con la hermosa Caba en la ribera
Del Tajo sin testigo.
El pecho sacó afuera
El río, y les habló de esta manera.

y otro:

Tajo profundo que en arenas de oro,
La rubia espalda deslizando llegas
El pie a besar de la imperial Toledo.

APURO INMOTIVADO

Baja por primera vez al metropolitano de París. La gente se precipita, se atropella, febrilmente, y se lanza como una tromba por los pasadizos. El se contagia y apresura también. Antes de llegar a la plataforma donde ha de tomar el vehícu-

lo, éste aparece y en un instante queda repleto. Ricardo se empeña por entrar; empuja con todas sus fuerzas, pero es imposible lograr un espacio en esa apiñada muchedumbre, y queda con medio cuerpo afuera. El vehículo va a reanudar su vertiginosa carrera y las puertas van a cerrarse automáticamente.

Los que están dentro se aterrorizan del peligro que corre, de ser apretado, y logran con gran esfuerzo, hacerle un lugar. Entonces, el guarda, aun no repuesto del susto, exclama:

— Señor, por mucho apuro que tenga usted, no debe exponer su vida de ese modo!

A lo que contesta Ricardo: —Sí; pero yo no estoy apurado.

LA MALA ACCION

Visita los famosos Plomos de Venecia donde fueron encarcelados tantos hombres ilustres y desde donde hizo su célebre escapatoria Casanova de Seingalt. Está en el calabozo que ocupó Silvio Pélico, y a pesar de los carteles que ostentan las paredes, con severas advertencias y amenazas para los que atenten contra la integridad del local o de los objetos exhibidos, cede a la tentación de llevarse algún recuerdo para su colección de reliquias históricas. En un momento en que se halla solo, toma rápidamente su cortaplumas y se esfuerza en desprender un fragmento de la madera de la puerta. En ese instante entra un hombre. Lo ha visto

sin duda, pues, encarándose con él, le dice, en tono áspero:

— No sabe usted, acaso, que está prohibido hacer eso?

Ricardo comprende que es inútil negar el hecho y que le es inevitable estar a las consecuencias, por lo que responde:

— Si, ya sé que está prohibido y ¿qué hay con eso?

— Hay, dice el otro, que puede usted ser castigado severamente.

— Le repito que sé perfectamente lo que usted me dice.

— Bueno, replica el importuno, ¿por qué no he de hacer entonces lo mismo?

Y sacando un cortaplumas corta a su vez una astilla de madera de la puerta.

PERDIO SU CAJON

Viaja por Europa adquiriendo, no sin sacrificio, un sinnúmero de objetos artísticos y preciosos, de los que se aficionaba y escogía, poniendo en ello su buen gusto y su cultura. Los había hecho embalar en un cajón. En la aduana de Florencia, al reclamarlo, le contestaron:

— Debe habérselo llevado otro viajero.

EL POETA Y LA BAILARINA

Reunión de media noche, en París, de artistas y escritores en un *cabaret* elegante. Una famosa bailarina le es presentada. Dialogan animadamente. La bailarina se complace en conocer a un gran poeta de Bolivia, y le pide que diga algunas de sus poesías. Ricardo lo hace de buen grado, y ella celebra su musicalidad, proponiéndose bailarlos; pues, según dice, baila con la música de los versos; pero le ruega que los traduzca al francés, ya que no sabe bailar en castellano.

SU HIJO EL MONSTRUO

Encontróse en Londres con una dama boliviana. Ricardo estaba acompañado por el menor de sus hijos, que tenía a la sazón, ocho o diez años de edad. La buena señora acaricia al niño y dice, distraídamente:

— Este es aquel chiquitín que corría y alborotaba la casa cuando estábamos en Sucre, verdad?

— Señora ¡por Dios! Hace de eso unos veinticinco años; si mi hijo Mario se hubiese quedado así, sería un monstruo.

*EL HEROISMO DE LA
ETIQUETA*

Nuevamente en Sucre, después de prolonga-

da ausencia. Ha ido a esa ciudad con objeto de buscar en el Archivo Nacional, algunos documentos para sus trabajos históricos: lo acompaña su hermano Raúl. La sociedad sucrense conserva su tradicional amabilidad: las tarjetas de bienvenida abundan.

Cuando el día de la partida está próximo, comienza la tarea de hacer las visitas de despedida. Ricardo y Raúl van de casa en casa. En un balcón aparece un grupo de muchachas: saludan y pasan; empero, Raúl, dice que sería agradable entrar a la fiesta, donde lucen tan bonitas mujeres.

Ricardo que tiene que despedirse de unas respetables damas, accede y empuñando el bastón como si fuera un mandoble, declama la célebre estrofa de Díaz Mirón:

Consuélate mujer, hemos venido
 A este valle de lágrimas que abate,
 (*Señalando el balcón donde están las muchachas*):
 Tú como la paloma para el nido;
 (*Entrando en la casa de las damas, en actitud de pelea*):
 Y yo como el león para el combate.

EL MARTILLO DE DOÑA ANGÉLICA

El mayor rasgo de bondad que yo he tenido, dijo, fue prohibir en mi casa, que se comprara un martillo.

Vivíamos en Tucumán y con nosotros doña Angélica Montenegro, viuda de Soruco, mi suegra.

Dama en sus buenos tiempos, muy bella, orgullosa, respetada, a la que los golpes de la fortuna habían reducido a la humildad, de tal modo, que no tenía sino el afecto de sus hijos.

Aunque a decir verdad, poseía una cosa de mucha importancia: un martillo. El martillo de doña Angélica, no tenía nada de raro; ni era un martillo histórico como pudiera creerse. Pero la buena señora estaba satisfecha de ser su dueña, acaso porque era lo único que nosotros le pedíamos prestado, con frecuencia.

Para que doña Angélica prestara su martillo había que hacerle un ruego especial, apelando a su reconocida bondad; y al fin, accedía a condición de saber de antemano el uso que se haría de él y la advertencia de su oportuna devolución. En ciertas ocasiones, cuando no se encontraba de buen humor, se negaba terminantemente a prestarlo.

Un día me hizo una extraordinaria distinción. (La pobre señora estaba muy viejecita). Me llamó y me dijo:

— Ricardo, cuando quiera usted hacer uso del martillo, no tiene usted más que pedírmelo. Se lo prestaré gustosa.

Los de mi casa se cansaron de la tiránica posesión del martillo, que los obligaba a someterse a los pueriles caprichos de doña Angélica, cada vez que tenían necesidad de clavar un clavo. Y fue entonces cuando me sentí bueno al prohibir la compra de un otro martillo.

*SE SALVO EL PROFESOR
DE GRIEGO*

Cuenta Ricardo que cuando se estableció la cátedra de Griego en todos los colegios de enseñanza secundaria de la Argentina, se tropezó con la dificultad de encontrar profesores de esta lengua en el número necesario; pero, al fin, todos los establecimientos tuvieron su profesor; el que gozaba como ninguno de la más completa libertad, pues, los inspectores ignoraban, generalmente, ese idioma.

Sin embargo, un día llegó a la ciudad de Catamarca un nuevo inspector que, por excepción era conocedor de lenguas clásicas, y quiso asistir a la lección de griego. Así lo hizo recibiendo una extraña sorpresa al no entender absolutamente nada de lo que en ella se decía. Esperó a que el profesor terminara y llamándole aparte, le interrogó:

— Qué es lo que enseña usted?

— Griego, señor.

— No lo creo, a menos que sea griego moderno; porque yo conozco el griego clásico y no he comprendido ni una sola palabra de lo que se ha dicho en esta clase.

— Señor, replicó el pobre hombre, es verdad, yo no enseño griego; acepté la cátedra para ganarme la vida y la de mi familia; contando con que siendo tan pocos los que en estos tiempos aprenden lenguas muertas, nunca se descubriría mi engaño.

— Pero, en fin amigo, ¿qué enseña usted a sus alumnos?

— Yo, señor, enseño vasco!

Después de referido este suceso, que acababa de ocurrir, el inspector mostró a Ricardo un telegrama que había recibido. Decía el texto lo siguiente: “Ha sido concedida su jubilación”. Y terminó exclamando, muy complacido:

— Se ha salvado el profesor de griego!

EL HOMBRE “S”

La muchacha entra al escritorio donde trabaja, y dice:

— Buscan al señor.

— Quién es? Pregunta el poeta, incomodado, temiendo a un importuno, de los muchos que lo acosan con solicitudes de diferente género.

La sirvienta ha visto venir varias veces ya, a ese hombre; pero no sabe cómo explicar y balbucea:

— Es... es... el hombre... ese...

Ricardo queda asombrado:

— Un hombre S ? exclama, es digno de verse. Que pase.

LAS SIRENAS, RICARDO Y EL FOX TROT

No obstante haber dado una celebrada conferencia sobre Verdi, que le valió una medalla de

oro, de la colonia italiana en Buenos Aires, Ricardo no era precisamente un filarmónico. Gustaba de la música pero nunca cantaba. Probablemente no habría sido poeta si hubiese tenido que cantar sus versos al son de la lira; eso no impidió que los recite con admirables inflexiones musicales.

Por eso, al hablar de las sirenas, decía:

— No hay temor de que yo me arroje al agua atraído por la dulzura de la voz de esas deidades, y en el caso de Ulises no hubiera sido necesario amarrarme al mástil de la nave en que viajara ni cubrirme con cera los oídos, como sus marineros: lo peor que hubiera podido pasar, es que me quedase profundamente dormido.

Así, cierto día, en una recepción diplomática, siendo Embajador en Wáshington, se le ocurrió a la Embajadora de Egipto, que era muy amiga suya, decirle que bailaran juntos. El respondió:

— Perdón, señora, ruego excusarme, por lo menos hace veinte años que no bailo.

— No importa, replicó ella, yo en cambio no he bailado nunca. Fue preciso ceder.

La orquesta tocaba un *fox trot*; ellos creían que era un vals. Algunos momentos después, dijo la Embajadora:

— Creo que es mejor que no sigamos.

A lo que contestó: —Así creo yo también.

FIJESE VOUS, SEÑORITA

Es Presidente del Consejo Nacional de Edu-

cación, en Tucumán, y un día va con el Gobernador de la provincia a visitar, sin previo aviso, uno de los colegios de la ciudad. Sorprenden a los profesores en sus clases y los ven trabajar; pero uno de ellos, el de francés, sumamente tímido, al ver entrar a su clase a personajes tan conspicuos, pierde completamente su serenidad.

A pedido de Ricardo, reanuda su lección. Está de tal modo turbado que dirigiéndose a una de las alumnas, que ha cometido un error al escribir en la pizarra de la clase una frase en francés, le dice:

— Fíjese *vous*, señorita.

CASI DESTITUIDO POR FEO

Llegó a Tucumán un señor Subieta, caballero boliviano, y pidió a Ricardo que le consiguiera un empleo. El lo hizo nombrar Oficial del Registro Civil, en la sección Matrimonios. Poco tiempo después estuvieron a punto de destituirle, pues los novios se quejaban expresando que el ser casados por un hombre tan feo, era de mal augurio para su futura felicidad conyugal.

Ricardo intervino y consiguió que fuera mantenido, indicando al Director de la Oficina, que pasara el empleado a la sección de Certificaciones de Defunción.

— Los muertos no se quejarán, le dijo.

*UNA VIUDA DE PELO
EN PECHO*

Durante su permanencia en Chile como Embajador, trabó estrecha amistad con el señor Carlos Trejo y Lerdo de Tejada, quien le refirió que estando en México, en vísperas de un cambio de gobierno, se ofreció al doctor Madero lanzar su candidatura, y él teniendo en cuenta el peligro que corrían en su país los mandatarios, pidió un plazo para decidirse; en cuyo intermedio consultó, por carta, con su esposa, que se hallaba ausente; advirtiéndole el riesgo de muerte a que se exponían los que aceptaban la presidencia:

La dama respondió:

— Prefiero ser la viuda del Presidente Madero.

El Presidente Madero fue asesinado.

UNA INVITACION OBLIGADA

Misión especial ante los gobiernos de la Argentina, Uruguay y Brasil. Durante el viaje, a partir de Buenos Aires, un joven que conoció casualmente, se llega a él cuantas veces puede y lo acompaña a todas partes; si bien Ricardo está acompañado por su hermana Julia Rosa.

No sabe qué hacer para librarse del nuevo y asiduo amigo; por donde van lo encuentran al paso. Un día lo saludan a la puerta de un teatro. Ricardo lo invita a entrar, con gran satisfacción

del joven. Pero compró dos palcos, uno para el importuno y otro para él y su hermana.

El mancebo pasó durante toda la función solo en su palco, y comprendió.

LAS HERRADURAS Y RICARDO

Su estancia en Tucumán duró muchos años y entonces no era raro verle paseando, reposadamente, por las calles, y alguna vez detenerse, sacar su pañuelo de seda, envolver en él una herradura herrumbrosa que encontraba abandonada y guardarla en el bolsillo, con todo cuidado.

Los que lo conocían extrañaban que un hombre de espíritu superior, cayera en la vulgar superstición de temer una desgracia si no hacía eso; por eso él justificaba su actitud de este modo:

— Temo las coincidencias frecuentes que han dado origen a esta creencia; he aquí una: yo conocí a un señor llamado Paulino Rodríguez Marquina; quien habiendo visto en la calle una herradura, se aprestó a recogerla inmediatamente, cuando oyó que una señora le decía a gritos, desde un balcón: — Señor Rodríguez Marquina, le ruego que no levante esa herradura; yo la he visto primero que usted y he mandado a la sirviente por ella. — Pero, señora, la herradura es de quien la recoge. — Oh, no, señor, del que primero la ve!

Llegó la muchacha y se llevó la herradura,

sin hacer caso de la protesta de don Paulino, quién a pesar suyo se vio obligado a ceder por cortesía. El pobre hombre quedó muy preocupado, y un momento después, refería el hecho a sus amigos, en el Club; los que se burlaron de él. A los pocos días una muerte repentina se lo llevó. Coincidencia, verdad?

— Evitemos las coincidencias.

GRACIAS A DIOS

En la Estación del pueblo de Temperley, en la Argentina, Ricardo ve una cantidad de diarios en el suelo, cerca al sitio donde está de pie un joven de apariencia agradable. Toma uno de los diarios y alcanza, distraídamente, diez centavos al mancebo, el cual, indicando a un muchacho que se halla en la proximidad, le dice:

— Es a ese pibe a quien debe usted pagar y no a mí. Gracias a Dios, todavía no soy vendedor de diarios!

SEGUNDA PARTE

RUBENDARIADAS

El afecto fraternal que unía a Rubén Darío y a Ricardo, hizo que en cierta época, estuvieran frecuentemente juntos y les ocurrieran algunos sucesos, que por la celebridad de que gozaban ambos, se hicieron conocidos muy pronto. Así, aquellas cartas en verso que se dirigieron los poetas, usando el castellano antiguo, de dos diversas épocas, fueron motivo de muchos comentarios.

El origen de esas cartas es éste: el doctor Prudencio Plaza fue nombrado Director del Lazareto de la isla de Martín García, e invitó a Darío y a Ricardo a que pasaran una temporada con él. Aceptó el primero; pero Ricardo se negó a ir, diciendo, en broma, que no quería que lo llevaran como a un leproso, al Valle de Aosta: refiriéndose a una novela popular entonces.

El día que Darío y Plaza partieron, él los acompañó hasta el vapor, y notando que Rubén no

llevaba sobretodo (justillo de contraye) para el viaje, se quitó el suyo y se lo puso, rogándole que lo usara hasta su vuelta a Buenos Aires.

Pocos días después recibió esta carta:

Epístola de Darío a Jaimes Freyre:

“Señor nuestro Jaimes Freyre,
 Fijo de Julio L. Jaimes,
 Fijodalgo bien tenudo,
 Bien tenudo en Buenos Aires:
 Gracia de Nuestro Señor
 E buena salud tengades.
 Los que en el Valle de Aosta
 Juntos sus coytas trayen
 E de vos fablan continuo,
 Deseandovos dichas grandes;
 Los que forzados remeros,
 En esta insula distrajen
 Feridas de cruda suerte,
 Que non curan las ciudades:
 Don Prudencio y Don Rubene,
 Ambos de muy noble sangre,
 Toda el anima os envian
 En esta epístola, salve.
 ¿Qué fechos tenéis complidos?
 ¿Qué empresa tenedes grande?
 ¿Cuáles tiernas, blancas manos,
 Vos tienen cautivo, cuáles?
 ¿Doña Sancha vos adora?
 ¿Vos ama doña Violante?
 ¿O acaso vos ha olvidado
 Por villanos barraganes?
 Coidarades Jaimes Freyre,
 Coidarades Freyre Jaimes,
 Que en esta insula Rubene,

Tiene sufridos pesares,
Porque aquella bella ingrata,
Que tanto fizo soñare,
Tiene trocada en malhora
La lumbre del su semblante,
Por fieras, torvas miradas
Que tornan hielo la sangre,
E obscurecen el sentido
Con temible obscuridade.”

“(Vos manda decir Rubene,
Que el justillo de contraye
Vos lo mandara muy presto,
Porque en esos malos aires
Teme que os fiera el invierno
Con picara enfermedad.
Bien coidado está el justillo
Como muy bien lo verades.)”

“La peste merma e romeros
De Tierra Santa non caen,
Bellas princesas de Galia
E de Aquitania vendraen,
Non las trujo la su suerte,
La Junta de Sanidade.
Mañana estarán aquí,
Mañana que no esta tarde.
Don Prudencio hase vestido
La capa dictatoriale,
E tiene a sus mil pecheros
En muy grande agilidad:
Las dueñas despluman pollos,
Tortolicas e faisanes;
Los maestresalas aprestan
Los lechos e los llantares,
E los joglares preparan
Sus dulsainas e atabales.
¡Plugiera a Dios que vinieseis
Si cesare el temporale!”

Respuesta de Jaimes Freyre a Darío:

“A vos Ruben Darío e a vos Prodencio Plaza, Salut.

¿Qué ficisteis, varones,
Que así punido os han?
Planendo estáis Dios sabe,
Por cuenta de vagar,
Quando a la insula foistes
Coidarades el mal,
Non agora coitados,
Non fagades a tal,
Quitastes la cibdade,
Dios sabe el ayuntar,
Mas ved que vosa penola
Non dijo grant verdat,
E doennas moy lozanas
Habrà que lo dirán.
Grande e complida fiesta
Se que por vos faran,
E non habra menuyna
Que non podáis catar,
Ricos homes senyores
De grant tierra e cabdal,
Las mozas e las vieillas
Vosa fabla oiran,
E ioraran sus oios.
Porque habra falsedat.
Varones que cobdician
Con las duennas folgar,
Esos gozos maiores
En mal les tornaran,
Que facen grant mesura,
Si cabe ellas estan,
E si de ellas se apartan,
Tiene fin so penar,
No amanecio bon día,
Que partido se han.

Quitad dellos las hembras,
Las mientes e la faz,
Ellos van la so via,
Por vosotros curat,
Non troquedes en coitas,
Deleitoso solaz.
(De Sant Pedro Cardenia
Fablara ansi el Abat)."

"Homes buenos, tornat,
Tornat a la cibdat,
Quitades los romeros,
Por amor de caridat:
Que ellos hayan sus males
Que buscando los han,
Partiendo a luennas tierras
Dejando mogier e fijos
E so Rey e Senior natural.
Nunca en insula tale,
Pense veros fincar,
Ca no es cobdiciaduro
Tan temido logar,
E vosotros cesudos,
Que ficistes a tal,
Homes buenos tornat,
Tornat a la cibdat.
Vierais muy fiera cosa
E temerosa azas,
Que ardidos corazones
Diera miedo mortal.
Pensad como fagades
Si apestados vendran.
Echat las cobreteras
Fugit de voluntad,
Ca non hobo varon,
Que esforzado sera,
Que non foce espantado

E muy grandes gritos diera,
Non siendo caballero
Del bendito Sant Joan.
E con esto tengades
Tiempo dulce e vagar.
Vos acompane el Fijo
El Padre Espiritual."

GENIALIDADES DE RUBEN

Rubén Darío creía que sus amigos estaban obligados a salvarlo de todos los apuros económicos, por los que atravesaba con harta frecuencia, por no decir cotidianamente. Contaba con el dinero de ellos, como si le perteneciera, con la ingenuidad de un niño: así, un día dijo a Ricardo:

— Mañana tengo que agazajar a una dama y he venido a verte para que me des el dinero necesario.

Ricardo le respondió que en ese momento no tenía dinero ni de donde procurárselo.

Darío lo miró asombrado:

— Tú no me has entendido, le dijo, mañana tengo una cita con una dama y necesito plata!

No podía discutirse con él...

Rubén era muy gastador cuando recibía el pago de alguno de sus artículos, no diré de sus versos; pues no le dejaban casi nunca utilidad. En "*La Nación*", que era donde se los pagaban, lo hacían entonces, a tanto el centímetro, por igual la prosa y la poesía y, según contó a Ricardo, alguna vez

fué a cobrar una de ellas, recibiendo la suma de cuatro pesos, cincuenta centavos.

Refirió a Ricardo que en una ocasión, hallándose con poco dinero y muchas obligaciones, se vio impelido a recurrir a su padrino, el conocido poeta José Joaquín Palma, el cual lo recibió con todo afecto; pero, sospechando tal vez, el objeto de la visita; desde las primeras palabras, empezó a quejarse de su malísima situación económica y de los apuros por los que en ese momento pasaba, y tanto se lamentó, que Darío se dejó impulsar por su generosidad y le ofreció el dinero que aún le restaba.

Darío mostró a Ricardo un retrato suyo, destinado a su hermana: había puesto ya la dedicatoria, de la cual solamente recordaba tres versos finales; que bastan, por otra parte, para revelar el estado del espíritu del gran poeta nicaragüense.

“No como lo conociste
Sino como ahora es:
Feo, viejo, gordo y triste”.

Conversando con Darío sobre la musicalidad de algunos nombres de mujeres, le dijo que el que hallaba más armonioso era el de una dama que conocía, llamada Isabel Alió. La casualidad hizo que Rubén fuera presentado, algún tiempo después, al Dr. Arturo Alió. Apenas oyó ese nombre, cuando

le vino a la memoria lo que le dijera Ricardo y llevado por sus pensamientos, pronunció en voz alta, sin darse cuenta: Isabel Alió.

— ¡Cómo! preguntó su nuevo amigo: ¿Conoce usted a mi hermana?

— Solamente por la dulzura de su nombre.

LOS DOS POETAS Y LAS CAMARERAS DE LA BOCA

Darío y Ricardo fueron en cierta ocasión al pintoresco, entonces, barrio de la Boca, en Buenos Aires. Allí entraron a un café servido por camareras. En las mesas vecinas a la suya, gente del pueblo comía pescados fritos y bebía vino. Entraron varios marineros haciendo mucho ruido; las camareras acudieron a atenderlos y ellos y ellas bromearon y rieron, a su manera, la comedia del amor.

Ricardo dijo entonces, a su amigo:

— He aquí un buen tema para una poesía: la mujer que espera a los marineros en los puertos y con la que éste sueña en las largas horas del viaje.

— Es verdad, contestó Darío.

Y de esta conversación nacieron las poesías que figuran en *Prosas Profanas* y en *Castalia Bárbara*; la una con el nombre de *Divagación* y la otra con el de *Venus Errante*.



Llegada a Potosí de los restos de Brocha Gorda y de don Ricardo Jaimes Freyre, en Noviembre de 1933.

EN TRAJE DE CAMINANTE

Era la época en la que todavía la poesía modernista, que los dos poetas impusieron después, encontraba en todas partes cuando no la burla, la más completa incomprensión. Se daba una velada literaria en el Ateneo de Buenos Aires. Al llegar Ricardo, encontró a los organizadores de la fiesta en una grave dificultad. Darío había dado una poesía para que fuera leída y el encargado de hacerlo, el poeta Domingo Martinto, fué esa noche, desolado, a excusarse: dijo que en vano había leído repetidas veces la poesía; no había podido encontrar el ritmo que la regía.

Al ver a Ricardo, se consideraron salvados: allí estaba el principal representante, con Rubén, del movimiento renovador de la poesía castellana, y era seguro que él encontraría la rebelde melodía de los versos. Ricardo se negó a improvisar esa lectura, por más que desde el primer momento comprendió que no le ofrecía dificultades, alegando, como pretexto, que no había ido en traje de etiqueta.

— Eso no tiene importancia, expresó Vega Belgrano, que era Presidente del Ateneo, y sin demora salió al proscenio y dijo a la concurrencia:

— Por indisposición del señor Martinto, la poesía de Rubén Darío será leída por Ricardo Jaimés Freyre; el cual pide perdón al público por presentarse en traje de... caminante.

Y fue de ese modo que Ricardo dio a conocer la famosa poesía: *La Marcha Triunfal*.

SU MUJER ERA BUENAMOZA

En Santiago de Chile, en una de las muchas veces que Ricardo fué a esta ciudad, recibió la visita del escritor Armando Donoso, el cual llevó hábilmente la conversación hacia el tema de la amistad del poeta con Darío, deseoso de conocer algunos hechos de la vida de éste; Ricardo le reveló, dentro de la intimidad de la conversación, varias anécdotas, que permanecían ignoradas y, entre otras, la siguiente:

Rubén era tan imprevisor y desinteresado que teniendo que hacer un viaje, en lugar de encomendar la cobranza del libro de memorias, que había escrito por encargo de la revista *Caras y Caretas*, a uno de sus amigos, lo hizo a un individuo a quien apenas conocía, solamente porque tenía una mujer muy "buenamoza", y el tal, que era un bribón, se quedó con el dinero.

A los pocos días, Armando Donoso publicó la conversación que tuvo con Ricardo, sin omitir detalle ni nombres propios, y sin importarle las consecuencias desagradables que podía tener su indiscreción.

¡ME HA LLAMADO CORNUDO!

Julio Lucas Jaimes no comparte la doctrina modernista que preconiza Ricardo; lee un soneto de Rubén, titulado *La Espiga*, el cual termina con este verso:

Y en la espiga de oro y luz duerme la misa. . .

— Que quiere decir con eso? interroga.

— Papá, si es muy claro, responde Ricardo. De la espiga del trigo se hace la harina, con la harina la hostia y la hostia consagrada es la razón de la misa.

— No me parece mala la explicación, arguye “Brocha Gorda”; eso me recuerda a cierto individuo que se quedó preocupado porque otro le dijo: Adiós amigo mío y muy mío. . . ¿Por qué me ha dicho muy mío? pensó: mío, mío, dice el gato; el gato se come al ratón; el ratón se come el queso; el queso se hace de la leche; la leche se saca de la vaca, y la vaca tiene cuernos. ¡Vive Dios, me ha llamado cornudo!

EL “NOCTURNO” DE SILVA

Entre las numerosas colaboraciones que recibieron Darío y Ricardo para *La Revista de América*, fundada y dirigida por ellos, llegó una poesía que más tarde se hizo famosa: el *Nocturno* de José Asunción Silva.

El mismo día que la recibieron encontraron con el poeta Víctor Arreguine.

— Lea usted estos versos, le dijo Ricardo, dándole el poema de Silva.

Arreguine los leyó con mucha atención y al terminar se echó a reír.

— ¿Por qué se ríe? le preguntaron.

— ¡Qué graciosa parodia de la poesía decadente! contestó.

NO LO TOMABA EN SERIO

Don Tomás O'Connor d'Arlach, fué a visitar a Ricardo y lo encontró solo. El autor de *Dichos y Hechos de Melgarejo*, estaba visiblemente inquieto; parecía querer decir algo importante y no se resolvía. Por fin se levantó de su asiento, caminó de puntillas hasta la puerta, se cercioró de que nadie podía oírle, la cerró, no obstante, cuidadosamente; volvió a donde estaba Ricardo, que lo contemplaba con sorpresa, y acercando los labios a su oído le dijo en voz baja y con toda buena fe:

— Ahora que estamos a solas, le ruego don Ricardo, que me responda con toda franqueza: ¿No es verdad que eso del decadentismo y la nueva escuela, que usted y Rubén Darío han fundado, es solamente una broma que quieren hacernos?

FLOR DE MI COSTILLA

Preguntaron a Ricardo:

— ¿Por qué Rubén llama *varona* a la mujer?

— Se inspira, responde, en las palabras del Génesis; y del mismo modo le dice: *Flor de mi costilla*.

EL CANTO DEL GRAAL

Ricardo quedó muy asombrado cuando alguien le dijo, cierta vez, que sus versos titulados *Canto del Graal*, seguían exactamente la melodía de esa parte de Lohengrín, el poema sinfónico de Wágner.

Entonces recordó cómo, también Darío había imitado, acaso sin notarlo, en sus versos *Gaita Galaica*, la tonada característica de la música de la gaita gallega:

Gaita galaica que sabes cantar...

de igual ritmo que:

Tanto bailé con el ama del cura...

ALZO AL SON

Darío escribe un verso que es, al parecer, cacofónico:

Su espíritu es la hostia de mi amorosa misa
y alzo al son...

No hay tal cacofonía, dice Ricardo, sino armonía imitativa de la acción de elevar, en la misa, en tres tiempos, la hostia consagrada.

*VERSOS CON NOTICIAS
TELEGRAFICAS*

— Este Darío, dice un día, hace versos con

todo, hasta con las noticias telegráficas de actualidad: ha leído en los diarios que Yamagata está promoviendo en el Japón, un movimiento civilizador y de modernización, y ya lo hace figurar en un poema suyo:

Que aun ignorase en la sagrada Kioto,
En su labrado camarín de plata,
Orlado al par de crisantemo y loto,
La civilización de Yamagata.

LO QUE DIJO DARIO

“Fundé una revista literaria en unión de un joven poeta boliviano, Ricardo Jaimes Freyre, tan leído como exquisito. Ricardo es hijo del conocido escritor, periodista y catedrático Julio Lucas Jaimes (“Brocha Gorda”) que ha publicado tan curiosas y sabrosas tradiciones desde hace largo tiempo, en su país de Bolivia, y que en Buenos Aires hizo aparecer un valioso volumen sobre el antiguo y fabuloso Potosí. El y su hijo eran para mí excelentes amigos”.

En otra parte agrega:

“Con Ricardo nos entrábamos por simbolismos y decadencias francesas, por cosas d’annunzianas, por prerrafaelismos ingleses y otras novedades de entonces, sin olvidar nuestros ancestrales Hitas y Berceos y demás castizos autores. Fundamos, pues, la *Revista de América*, órgano de nuestra naciente revolución intelectual y que

tuvo, como era de esperarse, vida precaria, por la escasez de nuestros fondos, la falta de suscripciones y, sobre todo, porque a los pocos números, un administrador italiano, de cuerpo bajito, de redonda cabeza calva y maneras untuosas, se escapó llevándose los pocos dineros que habíamos logrado reunir. Y así acabó nuestra entusiasta tentativa. Pero Ricardo, se desquitó dando a luz su libro de poesías *Castalia Bárbara*, que fue una de las mejores y más brillantes muestras de nuestros esfuerzos de renovadores. Allí se revelaba un lírico potente y delicado, sabio en técnica y elevado en numen”.

NO ERA POSIBLE

Alguien atribuyó a Darío la conocida anécdota de que había —como hicieran otras personas— convenido con un amigo que aquel de los dos que muriera primero se le apareciera en espíritu al otro.

Eso no es posible, dijo Ricardo. Rubén era tan impresionable que a la sola idea de que pudieran aparecérselo un espíritu se hubiera horrorizado. No podía dormir sino con luz, por temor a lo desconocido.

TRESCIENTOS AÑOS...

Una noche se reunieron en un café de París, varios literatos y artistas, para rendir un homenaje a Ricardo.

Al entrar éste, alguien lo saludó con palabras de la *Divina Comedia*: *Onorate l'altissimo Poeta*. Tanto ingenio y amenidad derrochó Ricardo en su conversación, que las horas volaron, a punto de que cuando al fin consultaron el reloj, era la hora del amanecer.

En esta ocasión, dijo Darío refiriéndose a Ricardo y aludiendo al monje desconfiado de la leyenda:

— ¡Hemos estado trescientos años escuchando al ruiseñor!

UNE BOUTADE

José Santos Chocano, le hizo a Darío, en una carta la siguiente *boutade*, que molestó mucho al gran poeta:

Yo soy ladrón como Caco,
Diaz Mirón asesino como Hércules
Y usted borracho como Baco.

Pasaban cerca de una casa donde sin duda se celebraba una fiesta muy entusiasta.

— Son las *Alegres Comadres* de Windsor? preguntó Ricardo.

— No, son los *Maestros Cantores* de Nuremberg, respondió Darío.

VATICINIO

Muchos años antes de la Revolución Rusa,

en 1906 Ricardo la anunció proféticamente en unos versos que después formaron parte del libro *Los Sueños son Vida*. Es una poesía titulada *Rusia*, y en ella figuran estas dos estrofas finales:

¡Enorme y santa Rusia! De tu dolor sagrado
como de un nuevo Gólgota, fe y esperanza llueve.
La hoguera que consume los restos del pasado
saldrá de las entrañas del país de la nieve.

El pueblo con la planta del déspota en la nuca,
muerde la tierra esclava con sus rabiosos dientes,
¡y tíñese entretanto la sociedad caduca
con el sangriento rojo de todos los Ponientes!

LOS JARDINES DE ACADEMO

Es el nombre de una novela escrita por Ricardo. La novela es una reconstitución histórica, y el argumento griego. Para describir con exactitud el ambiente en que actúan sus personajes hace pacientes estudios, lee a filósofos y poetas de la Hélade y aprende el idioma inglés, ya que los ingleses que son grandes helenistas tienen mucho escrito sobre la materia.

Cuando la obra ha sido concluída y está a punto de entregar los originales a la imprenta, aparece otra, sino con igual tema, con idénticas descripciones de fiestas y costumbres de Grecia clásica, escrita por Julio César Dominici y llamada *Dionysos*.

Ricardo arroja su libro a un cajón y lo olvi-

da, hasta que un día, de regreso a su casa, encuentra a sus hijos menores Víctor y Yolanda, haciendo pajaritas de papel con *Los Jardines de Academo*. Sólo se salvaron dos capítulos que publicó en la revista que sostenía en Tucumán.

¡HOJEEN, HOJEEN!

Vivía un tiempo completamente dedicado a sus trabajos históricos y literarios y, sobre todo, a sus Cátedras de Literatura y Filosofía. Tenía dicho a sus alumnos que en cualquier momento que quisieran, podían ir a consultar adonde se encontrara.

Los estudiantes hacían uso frecuente de esa autorización, pero algunos le pedían disculpas de las molestias que le causaban. Entonces Ricardo solía decirles, sonriendo:

— ¡Hojeen, hojeen! Y se señalaba la cabeza donde gracias a su memoria privilegiada; guardaba una enciclopedia.

ERRATAS NOTABLES

Estando de Secretario privado del Presidente Baptista, conoció a un escritor y viajante español de gran talento, llamado *Ciro Bayo*, que era un sujeto singular. Quería internarse en el país y llegar hasta el corazón de la selva beniana. Para complacerlo lo hizo nombrar director de una escuela en Trinidad, en vista de que Bayo ostentaba título de

maestro normalista. Además del nombramiento se le señaló una suma de dinero como asignación para que cubriese parte de sus gastos, que habrían de ser cuantiosos. Bayo no quiso aceptar el dinero. Se irritó. Fue necesario amenazarle con la anulación del nombramiento, para que recibiera el auxilio económico. Este profesor que también era poeta y escribió después muchos libros, hizo un poema épico, inspirado en la vida de Colón, con el título de *La Colombiada*; al cual el cajista le transformó en *La Locombiada*.

— En verdad, exclamó Ciro Bayo, es una *locombiada* escribir en estos tiempos un poema épico!

Igualmente al poeta Federico Bueno, amigo de Ricardo, le cambiaron el nombre de una poesía suya, triste y romántica: *Leche* por el de *Lucha*, con asombro de los lectores que no encontraban la leche en los versos.

En la *Antología de Poetas Bolivianos* de José Eduardo Guerra, libro plagado de errores de imprenta, hacen decir a Ricardo, en la poesía *Alma Helénica*, entre otros disparates, en lugar de

y como un viejo *río*, la sien coronada de cañas,
esta tontería:

y como un viejo *rico*, la sien . . . etc.

*MEJOR LO HIZO EL
EMPLEADO*

Era Director de la Biblioteca "Sarmiento" en Tucumán, y una dama, amiga suya, le rogó que le escogiera una novela interesante y apropiada para ella, diciéndole que enviaría a buscarla. Ricardo prometió hacerlo, pero, embargado por sus ocupaciones no recordó el ofrecimiento. Al siguiente día, cuando llegó a la Biblioteca supo con profundo disgusto que la dama había mandado pedir el libro, y esto era lo grave, un empleado le envió sin darse cuenta, una novela pornográfica.

Inmediatamente ordenó que le llevaran otra y le rogaran que la cambiara, explicándole lo ocurrido. La señora respondió que le agradecía mucho, pero que ya había comenzado a leer la novela que le mandaron antes y que la consideraba muy bonita.

BLASCO IBÁÑEZ Y SU PELO

Hablando con Ricardo y otros escritores, Blasco Ibáñez dijo:

— En cuanto me presentan a un americano, peleo con él.

— Por qué? preguntó el poeta.

— Porque su extremada amabilidad me disgusta. Y agregó: Estoy seguro que usted no conoce tan bien su país como yo!

— Ha viajado usted por Bolivia?

— ¡Oh, no! No necesito hacerlo, para conocerla bien.

Un momento después, conversando con el señor Padilla, Gobernador de la Provincia de Tucumán, le pregunta con el mayor desenfado:

— Usted sabe lo que es la aristocracia en la Argentina?

El señor Padilla, asorado, no encuentra la inmediata respuesta; al fin, balbucea:

— No, no sé.

— Me lo figuraba, agrega el gran novelista.

Ricardo interviene:

— No extrañe esa pregunta, Gobernador! Con decirle que acaba de asegurarme que conoce mi país mejor que yo, sin haber ido a Bolivia jamás!

Blasco Ibáñez, se turba un tanto y sin poder contenerse, concluye:

— Creo que ustedes quieren tomarme el pelo, eh?

TERCERA PARTE

ANECDOTILLAS

Este libro está destinado a rememorar todos los hechos, dichos y recuerdos que han quedado de Ricardo Jaimes Freyre, aunque pueda criticarse que se haya reproducido diálogos simples y hasta ingenuos; de esos que se dicen por jovialidad o por broma en la intimidad del hogar y que, sin embargo, tienen su importancia para completar la pintura de un carácter, por medio del detalle.

El mismo decía: —Hablar tonterías es un reposo, para el que no es tonto; así como también expresarse en forma vulgar (cosa que en realidad no hacía nunca); yo, como Lope, digo:

*Si algunos hablan lengua castellana,
Yo hablo la lengua que me da la gana.*

Como sus hermanos Julia Rosa y yo elogiáramos a una amiga nuestra, encomiando su belleza,

quiso conocerla y nos insinuó que se la presentáramos diciendo:

Aunque Rosa y Raúl me lo aseguren
con extraña insistencia,
no creo en la existencia
de Carmen Aranguren.

Yo hice un dibujo para la nueva edición de *Castalia Bárbara*, que se editó en La Paz, del Cristo en cruz, considerando que el poema capital de ese libro era *Aeternum Vale*; en el cual se canta el triunfo del cristianismo sobre los dioses de la mitología escandinava, y en el que se dice:

Es un Dios silencioso que tiene los brazos abiertos.

— Que te parece Raúl, me dijo fastidiado un día (sin sospechar que el dibujo era mío) en La Paz han reeditado *Castalia Bárbara*, poniéndole un Cristo en la tapa, como si fuera un libro de devociones!

Un día le preguntaron qué era lo que deseaba con mayor vehemencia, y él respondió:

— Yo, como San Francisco, deseo poco, y lo poco que deseo, lo deseo poco.

En las calles de un pueblo de España un grupo de chiquillos golfos sigue incansablemente por las calles a Ricardo, pidiéndole:

— ¡Una perra chica, señorito!

El comprende que tratan de aprovechar al extranjero, que ha llegado; pues nunca piden limosna a los españoles. Entonces, imitando el acento español, les dice:

— ¿Queréis dejaros de fregar?

Instantáneamente se libra de ellos y comprueba sus condiciones de orador castizo.

Le dijeron que un cierto sujeto hablaba muy mal de él:

— No recuerdo haberle hecho ningún favor para que me odie tanto, contestó Ricardo.

La gente que lo veía deambular y conversar largas horas con los amigos en las plazas, se figuraba que era un perezoso; por lo contrario, pasaba hasta el amanecer trabajando, en el silencio y recogimiento de la noche:

— Mira me dijo un día, levantando una mano, (el nunca utilizaba máquina para escribir); tenía un callo en el dedo donde apoyaba la pluma.

Recitaba el monólogo de Hamlet: *Morir, dormir, soñar acaso...* Se interrumpe para hacer esta observación: — Sería horrible que el alma,

como sugiere Shakespeare, siguiera soñando mientras el cuerpo se deshace en la tumba; es decir, siguiera viviendo a su manera; pues los *sueños son vida*, la vida de un fantasma.

Hablaba con una dama de la peste que asoló a Tacna cuando él era niño:

— Y usted no murió? preguntó, distraídamente, la buena señora.

— Le doy mi palabra de que no.

En otra ocasión refería a una joven una aventura del pretérito, y al terminar le dijo:

— En aquel entonces, no era usted, todavía, sino un vago proyecto en la mente del demonio.

— ¿Del demonio? preguntó con extrañeza la muchacha.

— Claro está, puesto que las cosas más seductoras que existen las creó el diablo.

A otra que se quejaba de una pena muy honda, le dijo:

— Con sus penas muy hondas haría yo mis mejores alegrías.

Estando casualmente su sobrino Alberto de Pórcel Jaimes en el despacho de Ricardo, que era

entonces Ministro de Relaciones Exteriores, entró un caballero con unos papeles; cuando se retiró, dijo Alberto:

— ¡Que parecido a Gregorio Reynolds es ese empleado!

— No extrañes el parecido, es Reynolds mismo.

Un notable pintor pidió hacer su retrato y lo representó de cuerpo entero, sentado, de tamaño natural. El retrato estaba en la sala de su casa, junto al balcón, del piso bajo.

Muchas personas que conocían a Ricardo, le saludaban al pasar, tan grande era la vida que había impreso el artista al cuadro.

— ¡Por qué me cuentas sólo los sucesos en que te has portado bien, Ricardo?

— *Porque no quiero que sepas que sé que sabes flaquezas mías, como dicen en la Vida es Sueño.*

Un amigo lo presenta a la poetisa Alfonsina Storni:

— ¡Cómo, exclama ésta, tiene usted valor para presentarme con tanta sencillez, del mismo modo que si se tratara de un señor cualquiera, al excelso poeta Ricardo Jaimes Freyre!

Generalmente se cree que Don Quijote derrochó inútilmente sus nobles cualidades de erudición y elocuencia, al dirigir su discurso a rudos cabreros; según Ricardo, esa semilla espiritual no se perdió: como todas las semillas, parecía haber desaparecido en la tierra; pero un día surge una planta y después brota un fruto. Las palabras elevadas, una vez dichas, no mueren.

No confiaba en la medicina y cuando alguno de los suyos se quejaba de una dolencia, solía repetir muy serio:

— Apresúrate a consultar a un médico, antes de que ese mal se cure solo.

Amado Nervo le dijo:

—¡Dios me ha concedido el don de una inmensa y eterna alegría!

— Había que ver, agregaba Ricardo, la cara tan triste, con que me decía eso, el pobre Nervo.

UN FELIZ ENSAYO

Ocupado y muy afanoso con la *Revista de Filosofía y Ciencias Sociales* que publicaba en Tucumán y con sus libros de historia americana, hacía mucho tiempo que tenía olvidados los versos,

cuando recibió la visita de Leopoldo Lugones, cuya charla animada y brillante sobre temas literarios y especialmente sobre poesía, lo impresionó, y temiendo haber perdido su estro con el largo paréntesis, en cuanto Lugones se fué, quiso ensayar si le era posible hacer un poema en ese momento, y escribió, entonces, uno de los mejores, entre los suyos: *Lo Fugaz*:

La rosa temblorosa
se desprendió del tallo
y la arrastró la brisa
sobre las aguas turbias del pantano.

Una onda fugitiva
le abrió su seno amargo,
y estrechando a la rosa temblorosa
la deshizo en sus brazos.

Flotaron sobre el agua
las hojas como miembros mutilados,
y confundidas en el lodo negro,
negras, aun más que el lodo, se tornaron.

Pero en las noches puras y serenas
se sentía vagar en el espacio
un leve olor de rosa
sobre la aguas turbias del pantano.

PARADISIACAS

Decía, bromeando:

¿Que el nudismo es una novedad? ¡Bah, es tan antiguo como el hombre! Díganlo sino Adán y Eva.

Cuando Adán y Eva se cansaban de disputar en sus frecuentes reyertas conyugales exclamaban.

—¡Doblemos la hoja!

Colón no descubrió a los indios del Nuevo Mundo; por lo contrario, hizo que los indios se cubrieran.

PREFIERO EL CALVARIO

En un banquete junto a Ricardo, estaba sentada una dama que ostentaba un escote opulento y en él una cruz de brillantes colgada de un collar.

—¿Le gusta mi cruz? preguntó ella, con coquetería, al notar que él miraba su escote.

—¡Prefiero el Calvario! respondió el poeta.

ESPIRITISMO

En casa de Ricardo, en Tucumán, se reúnen algunos amigos, interesados en descubrir los secretos del espiritismo; han obtenido asombrosos éxitos; pero una noche en que estaba ausente la *medium*, que era la hija del poeta, no conseguía materializar al espíritu evocado. Este les dice que hace falta el *medium* acostumbrado.

El caso es que Yolanda ha ido a la retreta, con amigas, pues era domingo; *yo haré que ven-*



Capilla ardiente en el Salón de Honor de la
Municipalidad con los restos de Brocha Gorda
y de don Ricardo Jaimes Freyre.

ga dice el espíritu, en la forma acostumbrada en esta clase de sesiones; y en efecto al poco rato vuelve Yolanda.

—¿Qué te ha pasado; por qué has regresado tan pronto? le pregunta Ricardo.

—Una luz que bailaba delante de mis ojos me molestó tanto que tuve que volver.

Ricardo dio por terminadas sus experiencias espiritistas, ante el temor de que su hija sea molestada por un espíritu malévolo.

MARTIRIO DELEITABLE

Ricardo contempla las ilustraciones de Gustavo Doré para la *Divina Comedia*; una de ellas representa a Francesca de Rímimi unida en estrecho abrazo a Paolo Malatesta, dentro del torbellino que forman los amantes que han sido condenados al infierno; y escribe esta improvisación:

Dice Francesca: — ¡Oh Dante!
 ¿Por qué tu genio quiso
 inventarme un tormento
 digno del Paraíso?

Esta estrofa se publicó después en *Anadiónena*, una de las secciones en que está dividido *Los sueños son Vida*, con una pequeña variación.

NO ERA DE SEGUNDA CLASE

En cierta ocasión el representante diplomá-

tico de un país, quiso hacer un homenaje al poeta nombrándolo Caballero de Segunda Clase; alta distinción en su patria. Ricardo rehusó la honrosa designación, expresando que en Bolivia, su tierra, él era caballero de primera clase, y no podía ser de segunda en otra parte.

A pesar de que sabía que sólo a los jefes de Estado, reyes o presidentes, se les concedía la de Caballeros de Primera Clase.

UNA POETISA REVOLUCIONARIA

Entre las personas que asistieron a las conferencias dadas en Madrid por Ricardo, se encontraba una joven que se acercó a él para felicitarle y pedirle, al mismo tiempo, que le diera una de sus poesías recitadas ese día; la llamada *Los antepasados*; para traducirla al polaco y hacerla publicar en Varsovia.

Ricardo accedió, y al preguntarle su nombre, supo, con grata sorpresa, que era hija de la célebre escritora Sofía Casanova, de quien ya era amigo. Quedaron en que Ricardo iría al día siguiente a casa de ella, a visitar a la familia y a llevar los versos pedidos.

Con tal motivo, le refirieron el siguiente suceso: la joven, hija de Sofía y de un príncipe ruso, estaba afiliada a una sociedad secreta, destinada a combatir el zarismo. Una noche que hubo reunión

de la Sociedad, la muchacha tuvo un inconveniente que no le permitió asistir; al siguiente día supo con verdadero espanto que la reunión había sido sorprendida por la policía y tomados presos los asistentes, de los cuales unos serían condenados a muerte y otros desterrados a Siberia. Su desesperación fue terrible: lo que le afligía más era el temor, muy fundado, de que se creyera que era ella la que había traicionado a sus camaradas; por lo que tomó la determinación de entregarse a las autoridades para compartir la suerte de los demás y probar que no era suya la traición.

Sus padres al saberlo se echaron a sus pies y se abrazaron a sus rodillas, suplicándole con lágrimas en los ojos, que no hiciera eso; pero los ruegos no conseguían cambiar la voluntad de la joven revolucionaria. Al fin accedió a condición de que se alejarían para siempre de Rusia.

Alguien que oyó contar esta historia a Ricardo, aprovechó el tema sin nombrar al que relató; pero el robo en estos casos no es castigado por las leyes.

VIAJES FUNEBRES

Cuando era Embajador en los Estados Unidos murió su esposa en Wáshington; allí fue embalsamada y depositada en el cementerio; después, al pasar a Río con igual cargo, llevó el cadáver y, finalmente, cuando se retiró a Buenos Aires, lo trasladó también a esa ciudad.

—¿Por qué hacías eso?

—Porque mi hija no quería separarse del cuerpo de su madre.

UNA AVENTURA DE VILLALOBOS

En una comida que le ofrecieron varios amigos en La Paz, a los postres, cuando se había establecido la confianza, uno de los comensales dijo a Rosendo Villalobos:

—Vamos Rosendo, ahora que estamos entre íntimos, cuéntanos cómo fue aquello que te ocurrió en Oruro, cuando te raptaron unas muchachas.

Rosendo, agrega Ricardo, se limitó a sonreír, negándose a referir su aventura, pero sin decir que era falsa.

UNA FORTUNA RECHAZADA

Va en tren conversando con un conocido potentado, quien le demuestra mucha simpatía, cosa, entre paréntesis, que era como un don natural que tenía Ricardo. El millonario le hablaba de negocios estupendos, y acabó rogándole que se asociara, ofreciéndole compartir con él sus ganancias; el poeta se excusó aceptar tan tentador ofrecimiento.

Pocos días después supo que el potentado estaba loco desde hacía algún tiempo.

UN LECTOR EMPEDERNIDO

Cuando llegó a Salamanca fué de inmediato a visitar a su amigo Unamuno, que era entonces, Rector de la Universidad. Visita de la cual se arrepintió, porque se marchó sin conocer la ciudad; pues el célebre escritor lo retuvo todo el tiempo dando lectura a numerosos trabajos literarios que tenía terminados: una comedia, artículos de prensa, ensayos sobre diversos temas y sonetos.

Era víspera de Navidad. Unamuno no aceptó la invitación de Ricardo, a comer, diciéndole que tenía que cenar con su familia a media noche, celebrando la Noche Buena, aunque le acompañaría a su hotel. Y así, mientras comía Ricardo, Unamuno leía.

UNA RELIQUIA BARATA

El Sr. R... ofrece mostrarle una reliquia histórica, sumamente rara: un periódico impreso a fines del siglo XV, en España, en la época de Isabel la Católica. El Sr. R... es una persona sumamente seria, y nadie puede suponerlo capaz de semejante broma. En efecto, al día siguiente, cumple su ofrecimiento: viene con el ejemplar arqueológico anunciado y se lo muestra, así como al grupo de amigos que están con él.

El periódico tiene la misma forma y disposición que los actuales diarios: editorial, noticias

del mundo entero, avisos y hasta telegramas y, en fin, todo lo que caracteriza a un periódico moderno; por ejemplo, en las informaciones, se habla de la toma de Granada, del descubrimiento de América y de muchos acontecimientos modernos.

El Sr. R... estaba encantado con su periódico y proyectaba un viaje a Inglaterra, para venderlo al Museo Británico. Preguntó a Ricardo, con todo interés, cuánto le parecía que pudieran darle por él; ya que se trataba, indudablemente, de un ejemplar único en el mundo.

— Si es, efectivamente único —contestó el poeta— unos veinte pesos, poco más o menos.

DESPUES HABLAREMOS DE POLITICA

Va enviado por su patria, en misión confidencial ante los gobiernos de la Argentina, Uruguay y Brasil. En Montevideo se dirige al Ministerio de Relaciones y ruega al Ministro que le consiga audiencia para hablar con el Presidente, lo más pronto posible. Veremos, le dice éste, si se puede ahora mismo. Habla al Despacho del Presidente y responden que el señor Baltasar Brum lo espera.

En cuanto lo ve le dice el Presidente, sacando del cajón de su escritorio un ejemplar de *Castalia*.

—Antes de todo voy a aprovechar la oportunidad para pedirle que me dedique su bellissimo libro y después hablaremos de política.

COMO A SHAKESPEARE

Ricardo está muy enfermo. Su hermana Julia Rosa se inquieta y le pregunta, con insistencia, cómo se siente.

—No muy bien, responde, temo que me pase lo que le pasó a Shakespeare. . .

—¿Qué le pasó a Shakespeare?

—¡Como! ¿No lo sabes? Pues, se murió.

*UN INGENIO QUE NO
ERA DE AZUCAR*

Cuando invitaron a Jacinto Benavente a conocer los ingenios de azúcar de Tucumán, dijo:

—Entre los ingenios que hay en Tucumán, el que más me interesa es Jaimes Freyre.

LA FELICIDAD

Un día le presentaron a un príncipe que estaba sumamente contento porque esperaba, de un momento a otro, que su pueblo lo proclamara Rey.

Poco después hablando con un subcomisario, le dijo éste que se sentía muy feliz porque iban a promoverlo a comisario: la felicidad de ambos era igual.

De esa relatividad de la felicidad humana, dedujo Ricardo, entre otras muchas que había imaginado, una ingeniosa teoría filosófica.

*MADRIGALES DE ANTAÑO
HECHOS OGAÑO*

Un día que Ricardo conversaba con su hermano Raúl, sobre poesía, éste recitó un madrigal, que por parecerle muy bonito, lo había aprendido de memoria.

—Como ese madrigal haría yo tres en veinte minutos, dijo Ricardo.

—¡Qué exageración!

—Ninguna, voy a probártelo.

Antes de transcurridos los veinte minutos, estaban hechos los siguientes:

MADRIGALES DE ANTAÑO

I

Señora, si en vuestro seno
Guardáis el sutil veneno
Con que amor su dardo agrava,
Ved que la muerte se alaba
De morar en vuestro seno.

Mas yo que morir ansío
Por vuestro injusto desvío,
Hallar entre tanta nieve,
Fin a mi destino aleve,
Sorbiendo el veneno ansío.

Aunque dejar gozo y vida,
A quien venturosa suerte
Os tiene ya prometida,
Fuera guardarse otra muerte
Para después de la vida.

II

Tal me dejasteis, señora,
Cuando vi la amarga pena
Que el alma os punje y devora,
Que ya está mi vida llena
De vos, de pena y de aurora.

De aurora porque os miré,
De vos porque no os olvido,
De pena porque juzgué
Que ya llorábais perdido
El bien que más codicié.

Y así mi pecho enajena
Vuestra doliente hermosura,
Forjándome una cadena
De dichas y de amargura:
Vos, mi aurora y vuestra pena.

III

Si por amaros me muero,
Muriera si no os amara;
Que la triste vida quiero
Aunque esperándolo pase,
Para esperar lo que espero.

Si es locura pretender,
Las aguas del hondo río
Con frágil muro tener,
El caudal del amor mío
Bien veis que no puede ser.

Ya que no le plugo a Dios
Para evitar mi pecado,
Que naciéramos los dos:
O yo menos desdichado
O menos hermosa vos.

Estos madrigales figuraron después en el drama *Los Conquistadores*. En realidad esta obra fue improvisada; escrita en menos de dos meses y por lo tanto resultó en su conjunto, inferior al talento de Ricardo; sin dejar por eso de ostentar algunos magníficos pasajes. Hubo también otro motivo para que escribiera y publicara ese libro de una manera precipitada: la discreción impone callar ese motivo.

LO QUE DIJO LEOPOLDO LUGONES

Del prólogo que puso Lugones a "Castalia Bárbara", son los párrafos siguientes, en los que, principalmente, expresa su opinión respecto a Ricardo.

“En el poeta cuya es esta obra, predomina el ritmo, lo cual quiere decir que se trata de un poeta sentimental. No sentimental a la manera romántica, pues ni se produce en flamígeros arrebatos, ni adopta las posturas enfáticas de la pasión dominante. Su tristeza, si acaso existe, es cerebral y no llega a convertirse en melancolía; es un esplín tan discreto como distinguido. Poesía de manos ducales la suya, infanta reclusa en extraordinarios peinadores lila apagado o viejo marfíl, padece la enfermedad del destierro. No son remembranzas de la Hélade armoniosa, ni de los países tempestados de sol, las que la asaltan. Las tardes con que sueña,

cuando invernales, tienen un cielo de estaño, abetos rígidos, silencio en la inmensa blancura de las nevadas; cuando primaverales, un desdorado haz de sol, un estanque en cuya amoratada diafanidad flotan los espectros de los reflejados sauces, alguna precaria eglantina, iluminada por un carmín casi irreal. . . No necesita personas para manifestarse esa poesía; la soledad es el jardín de sus sueños. Una encina en cuyo tronco hay clavada una flecha que la herrumbre muerde, y un rayo de luna. El poema surge de este sencillo hallazgo, pues al darse con el arma, el poeta evoca una travesura de los Elfos. Sin duda no es enteramente común encontrar un dardo en el tronco de una encina, pero el incidente resultaría trivial para otro más preocupado de las cosas humanas; para éste resulta una evocación, pues eso es toda su poesía”.

En otra parte del Prólogo, agrega:

“Si nuestra juventud literaria se diera cuenta, siquiera mezquina y defectuosamente, del problema que acomete con sus ensayos, y tomara estos ejemplos de verdaderos trabajadores, la producción intelectual fuera menos enclenque. Esa juventud no hace absolutamente nada, no sabe a dónde y por qué va; su meollo subalterno está inflado de palabras cuyo significado no entiende, y de pedantería pareja con su calamitosa literatura. Acostumbra a la estafa consentida de nuestros exámenes del Colegio Nacional, cree que en las pruebas del arte puede triunfar con *balurdos* de competencia.

Este error causa su debilidad y justifica el merecido desdén con que la gente juiciosa mira esas sus novedades de ratonera literaria. Y bien, el señor Jaimes Freyre, no pertenece a semejante juventud, aunque él y su poesía sean jóvenes. El arte es para él cosa seria y ardua, no parche de bombo. Y por esto, bajo los extraordinarios peinadores lila apagado o viejo marfil en que se envuelve esa Poesía, encuéntrase a poco andar el esfuerzo, el vigor sano del trabajador experto en domas de estilo, como bajo los arreos femeniles y el bermellón de los disimulos cortesanos, corría generosa y varonil la sangre de Aquiles de Peleo”.

RICARDO EN VENECIA

Su encuentro en Venecia, en la plaza de San Marcos, con una bella muchacha italiana, con quien se hicieron amigos y dieron un paseo romántico en góndola, lo refiere Ricardo en un poema, del cual es este fragmento:

En la plaza de San Marcos encontré a la Marietina;
junto a un grupo de palomas su silueta, leve y fina,
se trazaba sobre el fondo de la iglesia bizantina.

En la torre, alegremente, se mecía la campana;
su tañido melodioso, saludando a la mañana,
fuera un canto a la belleza de la niña veneciana.

La barquilla, angosta y negra, sujetaba un gondolero.
Y en el muelle solitario, su talante rudo y fiero,
recordaba la figura de un antiguo bandolero.

Al llegar al *Campanile* vi a la niña seductora;
ella alzó los negros ojos; su mirada fue una aurora,
llamarada de luz pálida que en la triste noche mora.

Era el sueño de un artista: flor de luz y de hermosura,
cuyo cuerpo dibujaba la ceñida vestidura;
seno enhiesto, rojos labios y rizada crencha oscura.

Dos palomas se posaban en sus brazos extendidos,
los dos pájaros de Cipris, que volaron de los nidos
a buscar los granos blancos en sus puños escondidos.

Suspiraban himnos vagos en las alas de la brisa,
la hechicera adolescente, Marietina — Monna Lisa,
me miraba y sonreía, y era dulce su sonrisa.

Yo detuve absorto el paso y ella vino a mí (La nave,
de la voz de la sirena la armonía oculta sabe).
Y al pasar dijo a mi oído: —¡ Oh! ¡ Tan pálido y tan grave!

—¡ Ven y junta, Primavera, con mi otoño tu hermosura!
Fingiré que eres un hada que me trajo la ventura...
Finge tú para mis ojos un ensueño de ternura...

Fuímos juntos hacia el muelle. Ya esperaba el gondolero,
pronto el remo entre las manos, silencioso y altanero,
con el aire, fiero y rudo, de un antiguo bandolero.

Se agitó la linfa negra del canal adormecido;
cada gota dio a los aires una chispa y un sonido.
—¿ Al Lido? —murmuré entonces. Y la niña dijo: —Al
(Lido.

LO QUE DIJO Dn. MANUEL SANZETENEA

*De un artículo publicado por este escritor,
es el siguiente párrafo:*

“El 1º. de diciembre de 1922 era acreditado como Ministro de Bolivia en Chile, y en esa su calidad pidió la revisión del Tratado de límites. Quijotesco por naturaleza, era sumamente franco en la expresión de sus opiniones; dejó sentado el principio manifestado por él: “Lo que pide Bolivia no es un anhelo, es un derecho, el derecho al mar. No existen en el Derecho Internacional contratos que no puedan ser modificados o anulados si hay conformidad entre los países signatarios para verificarlos”. En estas palabras vemos todos los contornos de este carácter”.

ERA ESCEPTICO

Decía: —Tenemos apenas una lucecita para alumbrar nuestro camino: la razón; y la religión nos dice: —¡Apaguen esa luz, basta con la fe!— ¡Nos quedamos completamente a oscuras! ¡Y la sombra se espesa ante mis ojos!

GRAMATICALERIAS

—Hablemos de gramática: hombre es masculino, mujer femenino, y en ciertos casos, común de dos.

CONDENADO A MUERTE

Fulano me hace la guerra sin motivo, me quejé en cierta ocasión.

—¡Perdónalo, está condenado a muerte!

—Cómo es eso?

—¡Claro, como todo ser viviente!...

UN AMIGO LE DIJO

—Mi novia me ha dado calabazas, pero, cuando la encuentre va a ver lo que le voy a decir...

—Qué le va a decir? preguntó Ricardo.

—*La donna é mobile qual piuma al vento...!*

Cuando alguien le hacía una maldad, se conformaba con repetir la estrofa siguiente del libro de Rubén Darío, *Cantos de Vida y Esperanza*, sin pensar nunca en vengarse:

Pasó una piedra que lanzó una honda;
Pasó una flecha que aguzó un violento.
La piedra de la honda fué a la onda,
y la flecha del odio fuése al viento.

DESDE LA FRÁGIL BARCA...

Estos versos autobiográficos, con que se inician *Los Sueños son Vida*, deben figurar en un libro que en cierto modo es también, autobiográfico.

Desde la frágil barca vi ya las dos riberas.
Respetaron las olas mi esquife de quimeras,
como en el viejo circo las plegarias postreras
del confesor cristiano respetaban las fieras.

He estrechado en mis brazos fantasmas y mujeres;
 probé todas las copas de todos los placeres,
 y oí una voz que dijo: —¡Cuán dulcemente mueres!
 Y cuando me moría: —Puedes vivir, si quieres...

La voz que en otros tiempos a mi oído decía:
 —En nombre de los hombres a Margarita, un día,
 la clave de las ciencias dio Fausto: Gretchen mía,
 eres principio y término de la sabiduría.

¡Pobre juez de la vida quien antes no fue reo!
 Crear... Amor y genio dicen al par: —Yo creo.
 ¿Quién encendió en tus ojos la pasión y el deseo,
 oh Julieta divina? ¿Fue Shakespeare? ¿Fue Romeo?

Toda visión, entonces, es realidad dormida.
 (Viejo ya Segismundo, con el alma abatida,
 quiere hallar en los sueños su fe desvanecida
 y amargamente sabe que los sueños son vida).

Cuando el triste crepúsculo las viejas cimas dora
 tiende el alma sus alas como un ave a la aurora.

¡Oh, la lejana aurora! ¡La daga blanca y fría
 con que hiere a las sombras visionarias el día!
 ¡Mensaje obscuro y vago de la oculta armonía
 del cielo y de la tierra! ¡Otro día, alma mía!

Otro día... ¡Quién sabe! Cuando la luz se encienda,
 si en medio de la vida clavo otra vez mi tienda,
 cuando ciña a mis ojos la ya olvidada venda
 y bajo el sol sus alas mi pensamiento tienda,

veré cómo, extinguidas las plegarias postreras,
 destrozan a su víctima las garras de las fieras,
 y cubrirán de sombra mi esquife de quimeras
 los ojos de la Esfinge desde las dos riberas...

Pero enterré en mi espíritu un rayo de sol; oro,
 como rezan los libros de un alquimista moro;
 cuando caiga la nieve gozaré mi tesoro.

Y al margen de la vida descubriré el sendero
bañado con la espuma del naufragio postrero.
(Sobre un corcel jadeante va el pobre caballero,
la vista en las estrellas y el gesto noble y fiero).

DOLOR DE MUELAS

Ricardo sufre terribles neuralgias, acaso porque se resfría escribiendo toda la noche, y pide un remedio a un farmacéutico amigo suyo; el cual por estimación hacia él, le da una cajita de cocaína; diciéndole:

—A usted puedo confiarle sin temor este remedio sumamente peligroso: cuando le duelan las muelas, moje con los labios un palillo y recoja una pequeña cantidad que pondrá en la parte afectada.

Ricardo hace eso; pero encuentra que la cocaína no es solamente un excelente anestésico, sino un motivo de gran placer, y así aun cuando no le duelan las muelas, usa los polvos, hasta que se le vuelve una manía que fue difícil desarraigar.

Don Román Paz, que era muy religioso y quería que Ricardo también lo fuera, se complacía de escuchar que él, en sus malos momentos, exclamara: —¡Jesús, Jesús!

—Ves, le decía, que en el fondo eres un buen cristiano.

LO CONTRARIO

Ricardo no tuvo suerte cuando reproducían sus versos, siempre los publicaban con errores que desvirtuaban el texto, por ejemplo, en la estrofa siguiente, de su poema *Los Antepasados*, pusieron:

Los indios, bajo el cetro de sus señores,
serenos y pacientes, nobles y bravos,
son como las *ovejas y los pastores*,
y no como los siervos y los esclavos.

en lugar de:

son como las *abejas y los castores*,
y no como los siervos y los esclavos.

UNA ANECDOTA DE
GARRICK

Contaba Ricardo una anécdota del actor Garrick: decía que éste paseaba un día por un parque público, y viendo una flor, la arrancó a pesar de la prohibición que existía para ello. Un guardián que lo vio, encarándose con él, le dijo furioso: —¡Con qué derecho coge usted esa flor? A lo que contestó Garrick: —¡Con el derecho que un ánima viril de vastas miras, tiene sobre el plebeyo espíritu de los seres inferiores!

—¡Disculpe usted, señor! exclamó azorado el guarda.

CONTABA RICARDO

Que en La Paz, en un banquete ofrecido por los escritores al poeta peruano Corpancho, recién llegado, autor de un elogiado poema llamado *La Agonía del Crepúsculo*, a la hora de los brindis, todos los invitantes dedicaron algunas expresiones en alabanza del huésped, menos uno de los concurrentes que guardaba silencio. Alguien por burla exclamó: —¡Que hable fulano! Y otros, por seguir la broma, agregaron: ¡Que improvise unos versos!

El aludido se resistía, con razón, pues no sólo no sabía improvisar sino que no era poeta; pero se vió obligado por la insistencia de los demás y los ruegos del poeta celebrado, que sinceramente lo creía un improvisador conocido, a levantarse y decir:

Yo, bardo del Choqueyapo,
tus armonías atrapo:
la agonía del crepúsculo
la leo con disimulo.

Corpancho se enfada: —Por qué con disimulo, como si fuera una poesía pornográfica?

MEMORIA ASOMBROSA

La memoria de Ricardo, sobre todo cuando era jóven, no aceptaba comparación. Cierta vez un amigo suyo reunió, en Potosí, a varios literatos pa-

ra leerles un poema que acababa de escribir. Al terminar la lectura, le dijo Ricardo: —Son bellos esos versos, pero, para hablarle con franqueza, no es usted su autor; la prueba es que yo los sé de memoria; y se los recitó íntegramente, con gran asombro del poeta que juraba haberlos escrito el día anterior.

Por supuesto que la broma fue revelada inmediatamente, con admiración de todos por la incomparable memoria.

LO QUE DIJERON DE RICARDO

En el prólogo del Itinerario Espiritual de Bolivia de José Eduardo Guerra, escrito por Enrique Díez Canedo, se dice lo siguiente:

“La palabra escogida y sus cualidades de belleza *realizadas* por la musicalidad del ritmo, en ningún poeta se ve como en Ricardo Jaimes Freyre. Cuando Ricardo Jaimes Freyre surge en Bolivia se puede escribir el “En-fin, Malherbe vint!” de aquella literatura. Se destaca no sólo entre los suyos sino entre todos los americanos de entonces; tiene un valor continental, reconocido en todas partes. La historia de la nueva versificación castellana no se puede escribir sin su nombre. Pasa por el introductor del verso libre, y aunque pueden aducirse ejemplos sueltos preparatorios, la práctica consciente del sistema *se debe a él*”.

En otro párrafo agrega:

“Ricardo Jaimes Freyre, que, además de gran poeta, es artista reflexivo, ha tratado después de dar el ejemplo, de fijar las “Leyes de la versificación castellana”. Así se llama el libro impreso en Buenos Aires el año 1912, que contiene su arte poética y en que investiga “La ley que preside el fenómeno de la música verbal, con la cual ley pudieron explicarse no sólo todos los ritmos conocidos, sino también los que creara más tarde la intuición de los poetas; la ley que permitiera juzgar, con una sólida base de acierto, la expresión y la importancia de todas las innovaciones que en el curso de los siglos han formado el tesoro de la versificación castellana y las que aspiran a aumentar y a avvalorar ese tesoro, el mayor acaso de las lenguas modernas”. De esta explicación de propósito se deducen ya algunas opiniones del autor: la más importante es la proclamación de una ley única; después la creencia en la posibilidad de establecer nuevos ritmos, según esa ley única”.

En el mismo libro dice Guerra:

“Jaimes Freyre, que fue también un gran prosista, hizo obra netamente americana en sus libros sobre la conquista y el coloniaje en Tucumán. Su drama en verso *Los Conquistadores*, en que los caracteres están firmemente delineados, varias narraciones en prosa y algunas poesías de *Los sueños son vida*, sin contar otros trabajos dispersos, completan su labor en ese sentido. En *Casta-*

lia Bárbara, conjunto de poemas en muchos de los cuales palpita una emoción tan hondamente humana que el latido que la anuncia es un latido del corazón universal, muy rara vez asoma, en cambio, concretamente, el semblante de la tierra natal. Los paisajes son allí paisajes ideales o pretéritos, sobre cuyo fondo se mueven héroes de la mitología nórdica o personajes medievales. Un crítico de ojo certero, Carlos Medinaceli, advierte, sin embargo, que en *Castalia Bárbara*, “no solamente el paisaje, sino el ritmo, el matiz, la sobriedad y precisión de imágenes y el ambiente en general son andinos”. “Por lo pronto —agrega— bástanos esta afirmación apodéctica: el paisaje de *Castalia Bárbara* es boliviano, sólo que el poeta lo ha expresado con símbolos de la mitología nórdica”. Jaimes Freyre viajó mucho, desde niño, en esas largas y lentas caminatas a lomo de mula, que antes se hacían por tierras del Perú y Bolivia y, al viajar así, al pernotar en los tambos, en esas primitivas *chujllas*, azotadas por el viento, la nieve y la neblina, todo ese paisaje fué adentrándose en su alma, hasta crear en el subconsciente, donde estratificándose, formó la base granítica de su propia alma, la vértebra de su personalidad... Cuando llegó la hora de la poesía, el subconsciente afloró al exterior y el poeta, al expresar lo más soterráneo de su alma, su sentimiento del paisaje, su sentido de la lejanía, su visión cosmogónica y su anhelo metafísico, recurrió a la simbología nórdica; pero, en forma europea

virtió su espíritu americano, su sentimiento andino de la vida”.

OPTIMISMO

Elegido diputado por Potosí, regresa después de varios años, a su tierra con gran optimismo dispuesto a poner en práctica audaces iniciativas. Su hermano le hace observar la dificultad que ofrece el ambiente para las mejoras, por culpa de tantos malos ciudadanos; Ricardo a manera de contestación repite la frase de Cristo:

—¡No son los sanos los que necesitan médico!

LA CORTESIA CARIOCA

En el hotel en que se alojaba en Río se le ocurre, recordando antiguas aficiones, entrar al salón de billares; ahí encuentra a un desconocido que se ejercitaba solo en el juego y que lo invita a jugar. Ricardo acepta.

Al cabo de un rato el señor con quien jugaba le pregunta quién era: Ricardo le dice su nombre, y el otro se yergue, se apoya en el taco y le dirige un largo y pomposo discurso, que él se ve obligado a retribuir con otro.

LUGONES Y LOS COCINEROS

Para celebrar el centenario de la batalla de

Ayacucho, hubo en Lima grandes festejos y acudieron muchos escritores de varios países, entre otros Leopoldo Lugones; quién dio una conferencia, en la cual sustentó la teoría de que el gobierno de los políticos había fracasado en América y que era necesario llamar a gobernar a hombres nuevos, por ejemplo, a los militares.

Ricardo no estaba de acuerdo con esta idea y después de la conferencia le dijo que era lo mismo que, si los cocineros no cocinaban bien se llamara para hacer la comida a los peluqueros.

LO QUE RELATO MOISES ALCAZAR

El autor de "Crónicas Parlamentarias", por muchos años jefe de funcionarios en la Cámara de Diputados, ha relatado una de las actuaciones parlamentarias de Ricardo, cuando Canciller de la República, del modo siguiente:

JAIMES FREYRE FRENTE A TAMAYO

Ricardo Jaimes Freyre y Franz Tamayo representan, en nuestro medio, los exponentes más altos de la cultura boliviana contemporánea. Y si en Tamayo confluyen vigor y profundidad, Jaimes reúne prestancia, señorío y elegancia. En el campo de la poesía, ambos disputan la posición cimera. Re-

evoluciona el uno la poética americana y el otro moldea sus versos medulares y abstrusos en la pauta helénica.

“Humanista en lo íntimo; mixtión de sibarita y diletante de lo externo; gentil-hombre que aúna la audacia casanoviana al refinamiento brummellico; polifacético en lo mínimo, duro y acabado en lo esencial, Jaimes Freyre alcanzó aquella madurez de la personalidad que se resuelve en el gran señor. El gran señor: es decir, el maestro de la ciencia de la vida, el mago que en la dramática culminación del acontecer individual, jamás olvida el vasto escenario del mundo como fondo natural para el teatralismo de sus actos”. (*El velero matinal*).

Así describe Fernando Diez de Medina al poeta potosino, pintando una figura muy distinta de la que hace Augusto Céspedes del *Hechicero del Ande*:

“De poses, poses, poses, Tamayo llenó los contornos de su vida, vaciándose en ellas hasta sustituirse a sí mismo con un ser numeroso y pedantesco”. “Tamayo sabe cambiar tan radicalmente que, en ocasiones, ya no es posible distinguir dónde ha concluído el hombre y dónde ha empezado el fanteche”. “Cabeza grande, tronco pesado (como que es de piedra), extremidades cortas, de paso rápido, saco largo y pantalones a la altura del tobillo, todo coronado por un sombrero de paja que también sirve de molde para la fabricación de quesos en su hacienda, constituyen en Tamayo elegan-

cia y armonía...” Con “unas veinte partes de Choquehuanca y otras veinte de Soria Campero, todo ello vaciado en monolito, se llegaría a obtener la síntesis química del gran absurdo que es Franz Tamayo”. “...su presencia habría resultado compatible con los tumultos de la Convención francesa o los de las asambleas fascistas”. (*El Diario*, junio 7 de 1931).

Estos virtuosos de la lira, estos campeones de la métrica, encuentran estrecho el campo de sus inspiraciones e incursionan en aquel que representa una negación del sentimentalismo: la política. Ahí aparecen ambos, trocando el arte lírico por el cálculo, la combinación de posibilidades y el recio batallar.

Con su oratoria académica, Jaimes Freyre subyuga al auditorio que se congrega en las galerías del Parlamento. La dialéctica demoledora y las sentencias de filosofía profunda de Tamayo, concitan la admiración de propios y extraños. El uno con la sonoridad de su verbo, el otro con “sus latines” y su griego. Jaimes arrebatada, Tamayo asombra. Aquél es la música, éste el dédalo apasionado y confuso. Titanes ambos, se enfrentan una tarde.

Es el 11 de enero de 1922.

¿CANCILLER PRACTICISTA?

Jaimes Freyre había sido nombrado Ministro de Relaciones Exteriores, y antes de que el vate

ilustre asumiera su alto cargo, Tamayo, otro de los candidatos a la Cancillería, presenta un pliego interpelatorio en el que acusa al flamante Secretario de Estado, de haber vertido opiniones contrarias al buen derecho patrio en el asunto con Chile.

Tales opiniones emitidas por Jaimes en su condición de convencional por Sud Chichas, en sesiones reservadas —reserva que había sido levantada, es cierto— se referían a haberse demostrado partidario del “Dictamen de los tres”, documento redactado por tres juristas de la Liga de las Naciones, el 24 de noviembre de 1921, en Ginebra, rechazando por impracticable la reivindicación del litoral boliviano en el Pacífico. Estas opiniones nada tenían que ver con la futura orientación diplomática; mas a Tamayo le plugo herir a fondo a su adversario, seguramente porque le ganó el puesto que todos creían destinado para él.

Lo cierto es que en forma perentoria señalóse fecha para el desarrollo del acto parlamentario que atrajo gran concurrencia, especialmente del bello sexo, pues don Ricardo era el mimado de las damas por su elegancia, por su exquisito don de gentes y por esa vastísima cultura que sabía explayarla en círculos femeninos que le escuchaban con delectación.

El oponente era un famoso argumentador, brioso en sus acometidas, “un sabio” que matizaba sus exposiciones con citas de autores que seguramente nadie conocía.

Por todos conceptos el espectáculo era, pues,

interesante. Dos titanes estaban en trance de dirimir supremacías y el público esperaba ansioso la hora de oír a tan notables contendientes.

Y la hora llegó. Tamayo inicia el acto con el recuerdo histórico sobre la batalla de Fontenoy, en la que ingleses y franceses, disputaron el honor de disparar en segundo término. Esta cita es una invitación al debate medido, elevado, caballeresco. Pero los buenos deseos se ven siempre traicionados por diversos factores, especialmente en un debate político donde la temperatura sube de punto, y es así cómo ambos contendores olvidando sus propósitos, hicieron que el acto parlamentario degenerara en las alusiones personales, en la ironía marcada y en el tumulto alborotado de la "barra", hasta obligar al presidente a suspender una de las borrascosas sesiones.

Tamayo sostiene el reivindicacionismo integral contra la tesis practicista. Jaimes expresa que, como ministro, aun no ha emitido opiniones, pues hace un cuarto de hora que ha jurado el cargo, y si no ha tenido tiempo de opinar, ¿por qué se le interpela? ¿Tal vez será —dice irónico— por las opiniones vertidas por el ciudadano Jaimes Freyre o como diputado por Sud Chichas? ¿O la interpelación es por las opiniones que emitió cuando era Ministro de Instrucción, o por las que expuso cuando era agente confidencial ante las cancillerías del Atlántico, o cuando fue Oficial mayor del Ministerio de Gobierno, o profesor del Colegio Junín?"

Tamayo, habilísimo expositor, prolonga el

debate llevándolo al terreno jurídico, para engolfarse luego en un análisis de la Liga de las Naciones y del tratado de Versalles.

MORDAZA QUE NO LLEGA

Dos sesiones habían transcurrido y algo debió entrever Tamayo, cuando inopinadamente, “pidiendo profunda y sinceramente perdón”, anuncia que a segunda hora “su boca estará sellada”. “Aprovecho —dice— el último instante de vida política libre que me resta, para permitirme presentar un pliego que está destinado a finalizar el debate mismo y que significa el voto de censura que pido para el señor Ministro de Relaciones Exteriores. Seguramente ha de quedar absuelto, como sucedió también en 1915 con el ministro Zamora. Ahora pregunto: ¿dónde está Zamora? ¿Dónde están los sesenta diputados prevaricadores que dieron a éste un voto de indemnidad?”

Y da lectura al proyecto de censura, dejando constancia de estos conceptos:

“Fijáos en que esta política del Ministro es la vuelta del practicismo funesto. Mañana saldrá en todos los periódicos de la República este documento; entretanto, al señor ministro de Relaciones Exteriores darán un voto de indemnidad 10 ó 100; pero yo entrego este pliego a la vindicta pública. A las seis, hora del honor, estaré aquí”.

Y se retira teatralmente de la sala, con la

mano derecha sobre el corazón y haciendo una profunda reverencia.

Pero a las seis continúa la sesión, sin inconvenientes; sin inconveniente, en cuanto a sellar los labios del interpelante, porque cuando el Ministro de Relaciones sostiene que mantiene absoluta identidad de propósitos con el Presidente de la República sobre la tesis reivindicacionista, y “que levantará esa bandera y no la dejará pisar por nadie”, Tamayo replica:

“Con el señor Presidente de la República habíamos cambiado algunas ideas en una entrevista de carácter confidencial; no estaría completa esta relación si no manifestara su declaración sincera aunque pecara de indiscreción o sea lo que fuere; me dijo el Presidente que ignoraba las opiniones del señor Ministro de Relaciones Exteriores, y no sólo ésto, sino que las repudiaba”.

ERROR, NO MENTIRA

Las palabras producen fuerte sensación y los aplausos y el desorden se confunden en la barra. Muy grave es la acusación y así lo entrevé el Ministro: “Aseveración grave, señor diputado, muy grave, probablemente falsa”. “Es una locura...”

El H. Tamayo invoca el testimonio del diputado Guzmán, en presencia de quien se habría llevado a cabo la entrevista. Luego agrega:

“Por respeto a la Cámara, por respeto a mí mismo, y por el respeto que a todos tengo, no he de

recoger la injuria lanzada por el señor Jaimes Freyre. Nadie podrá señalarme una sola mentira en mi vida política ni privada; no sé mentir”.

Pero el Ministro insiste en que es una locura—subrayando la palabra—. Y los desórdenes se hacen mayores determinando nuevamente a la presidencia a suspender la sesión tumultuosa, en la que se confunden los aplausos, las rechiflas, los diálogos violentos. Arde Troya, ¡hay locura...!

Al día siguiente, el invocado Guzmán, tímidamente, con mil precauciones, expresa que el diputado Tamayo estuvo en error, porque “no le cree capaz de falsear la verdad”. “En la entrevista a que se ha hecho referencia, no escuché al señor Presidente de la República que repudiase las opiniones del señor Ministro...!”.

La interpelación continúa por varios días, suben de tono las alusiones unas veces, vuelve la mesura, otras. Interpelado e interpelante no ceden en su empeño de derrotar al adversario y, ambos, hacen gala de un desdén orgulloso frente al adversario que, por igual, suponen inferior. Al Canciller respalda la mayoría y por eso se oye con frecuencia intercalar en los debates, frases como estas: “No iremos a Fontenoy, pero sí combatiremos decididamente como en Aroma y en el Alto de la Alianza”. “Eso de Fontenoy disuena en un parlamento criollo. Aquí estamos entre Chocata y Churubamba”. “En mi vida no he tenido más que un solo partido, jamás cambio de partidos”. “Su afirmación es efecto de la locura”.

El 26 de febrero, Tamayo da por terminada la interpelación con una invocación patética a sus colegas: "Del debate que termina deseo que salgáis, HH. representantes, ilesos, salvando vuestros prestigios de grupo, límpida vuestra bandera de toda mancha o condenación popular".

Pero es inútil. Existen cuatro fórmulas de absolución para el Ministro. La que presentó Tamayo pidiendo la censura para su adversario ha sido rechazada por 47 votos contra 5. La otra, la absolutoria, se aprueba por 27 contra 25. Y esta escasa diferencia no obedece a la discrepancia de opiniones con respecto al debate, sino a la redacción de la fórmula.

Quince días de sesiones matinales y meridianas ocupó la memorable interpelación. Del 11 al 26 de febrero campearon la elegancia, el casuismo, la dialéctica vigorosa, la oratoria brillante, matizados con las alusiones personales y el incesante batir de palmas femeninas que premiaban la arrebatadora elocuencia del Canciller. Duelo singular entre dos potencias: *La Prometheida* frente a *Castalia Bárbara*. Comenzó en Fontenoy la contienda parlamentaria y terminó en Jesús de Machaca, como lo dijo festiva e irónicamente *La Razón*.

Ello no obstante, se recuerda este debate, como uno de los más memorables de los últimos tiempos.

LO QUE ESCRIBIO FERNANDO
DIEZ DE MEDINA

Bajo el título “Jaimes Freyre o la personalidad”, Don Fernando Diez de Medina escribió en su libro “El Velero Matinal”, un entusiasta estudio sobre el gran poeta, del que tomamos el siguiente fragmento:

Ricardo Jaimes Freyre, poeta y pensador, está a merced del análisis crítico que podrá construir todas las teorías imaginarias en torno a su profusa labor intelectual. Pero el hombre, en la plenitud del ejercicio vital, está en la oratoria, en la política, en el parlamento, en la diplomacia, en la historia, en la enseñanza, en la sociedad; es decir en todas las manifestaciones activas de su polirrítmica existencia, a través de las cuales jamás dejó de ser una voluntad.

Doble sabiduría, su ambición lo induce a vencer esa aparente antinomia que constituyen el instinto vital y el instinto de conocimiento; y es por este alto esfuerzo, que expresa el poderío secreto en la historia del individuo, como llega a ser estadista en su patria, maestro reputado en otras tierras, poeta en la América, diplomático en naciones extranjeras, hombre de mundo en el áureo esplendor de los salones o en los bruscos remolinos de la rúa.

Desde la bohemia vaciada en rebeldías del modernismo, junto a Darío y a Lugones, que cedían en

vigor personal al boliviano, luchó con denuedo por el remozamiento estético del alma americana. Su clara inteligencia, hendida por la vocación artística y el amor al saber, se mantuvo siempre en señorial reserva, lejos de la intimidad grosera con el público, actitud que jamás le perdonaron los sicofantes enardecidos de la sociedad y de las letras.

En cierto modo, el hombre es también en Jaimes Freyre la indomable energía que talló los versos impecables de "Castalia Bárbara". La búsqueda insaciada de la perfección estética que colmó sus horas con amargas ansiedades, para brindarle al fin la miel dorada de los éxitos maduros. El deseo tenaz de alcanzar la verdad, que para Lessing es más estimable que la verdad misma. La segura conciencia de su respetabilidad, en todo tiempo centro convergente para la atención ajena, por ese dominio absoluto de la persona en la conducta, característica del gran señor, que en Jaimes era una zona propia con leyes y atmósfera particulares, tan pronto dominada por la arrogancia impetuosa del Renacimiento colérico y sensual, como regida por esos alisios mesurados del siglo XVIII en cuya majestuosa cortesanía nació el clasicismo francés.

En distintas modalidades de su espíritu, Jaimes Freyre daba la sensación del moderno intelectual europeo por la vastedad de los conocimientos, la pluralidad aguda de los juicios y el ejercicio activo de la inteligencia que se desplaza por los horizontes numerosos del saber, virtudes que se amalgaman para constituir ese tipo extraordinario de

cultura que es el occidental contemporáneo, siempre alerta la atención, severo en el examen introspectivo, perspicaz e intuitivo para sorprender las innumerables relaciones de las cosas. Tipo humano tanto más admirable, cuanto más se diversifica por la fragmentación de la vida exterior y mejor se concentra por la amplia libertad espiritual.

Humanista en lo íntimo; mixtión de sibarita y diletante en lo externo; gentilhombre que auna la audacia casanoviana al refinamiento brummellesco; polifacético en lo mínimo, duro y acabado en lo esencial, don Ricardo alcanzó aquella difícil madurez de la personalidad que se resuelve en el gran señor.

El gran señor: es decir el maestro en la ciencia de la vida, el mago que en la dramática culminación del acontecer individual, jamás olvida al vasto escenario del mundo como fondo natural para el teatralismo de sus actos.

Pero gran señor, también, en el sentido aquel que se desprende de las palabras de Gracián: "Brilla en algunos un señorío innato, una secreta fuerza de imperio, que se hace obedecer sin exterioridad de preceptos, sin arte de persuasión. Tienen éstos andado mucho para leones en humanidad, pues participan lo principal, que es señorío." Y es a éste natural imperio al que Jaimes Freyre debe el hechizo magnético de su personalidad.

Jaimes Freyre o la personalidad. Es decir el equilibrio admirable entre la intención y el ademán; la singular simbiosis de las ideas con los ac-

tos; la estructura orgánica de adentro fielmente expresada por la fuerza activa de los hechos.

Personalidad. Lo intransferible. Es un acercarse a todos sin parecerse a ninguno. Algo que aflora del mundo interior a la superficie. Lo que se aprieta en torno a su propio centro, hasta dar la presencia de lo eterno en lo fugaz. Don Ricardo quiere ser, en todo momento, don Ricardo. Y porque la raíz de su ambición le nace desde el hondón del alma, es absolutamente fidedigna su actividad pública o social, donde todo nos recuerda la frase de Hebbel: "Vivo: es decir me diferencio de todos los demás."

Maestro, será evocado perennemente por sus alumnos. Parlamentario, descollará como uno de los oradores más brillantes —e inconfundibles— de nuestra historia política. Diplomático, imprimirá un sello tan característico al desempeño de esas funciones, que Bolivia será recordada muchas veces en el exterior, por la fiera altivez y el señorío de aquel Plenipotenciario cuya figura lució en los círculos oficiales de varias naciones. Ministro de Estado, no abdicará de su elevada respetabilidad. Poeta, será capaz de erguirse contra el rubendarismo, para oponerle sus famosas "Leyes de la Versificación Castellana" y un solo tomo de versos: "Castalia Bárbara", que llenó un ancho espacio en la poesía americana.

Y siempre —genio y figura— el orgulloso, el incorruptible, el altanero don Ricardo Jaimes Freyre; aquel que domina los secretos de la personalidad, lo mismo en el afán superno del artífice

que depura largas horas el perfil ondulante de los versos, o en el gesto indolente y desdeñoso que inicia la marcha reposada.

AÑADIO EN "THUNUPA":

Sigamos, ahora, un camino escarpado. Todo, aquí, delata fatiga de cumbre, sensación de inmensidad: el Ande. El dibujo fino, preciso; la color exacta. El altiplano, yermo, se tiende bajo una pesadumbre de montañas. Este don Ricardo Jaimes Freyre, alma medieval o voluntad renacentista al decir de sus críticos —parnasiano, simbolista y modernista, que todos tres se conjuncionan por su egregia poesía — milita en las filas andinas por la concisión del verbo, la precisión sintética de las imágenes, el vuelo dramático del pensamiento. Inventor de leyes métricas, historiador del Tucumán colonial, poeta de levantada inspiración y sutil dominio idiomático, este hijo espiritual de nuestras punas trae a la literatura nacional un soplo renovador. Es la osadía serrana, acumulando planos, sobre planos. ¿Por qué el verso tan ceñido y depurado, la metáfora tan justa, el cuño de la rima tan cabal? ¿Y esa genial aprehensión del paisaje? ¿Y esa imaginación torturada, siempre en tensión de altura y de caída? El genio kolla explica muchas cosas. Sus figuras poseen fuerza plástica, sus imágenes fingen raptos de escultor. Jaimes Freyre tiene la pasión de la forma. Y en el fondo de este espíritu místico y sibarita a un tiempo, que amó todos los

goces del vivir y padeció todos los tormentos del pensar, la magia india se transflora en orgullo castellano: un poeta "potente y recogido"; un espléndido prosista; uno de los adalides del modernismo sudamericano. Aquí la montaña andina cobra relieve continental. Ricardo Jaimes Freyre honraría cualquier literatura de habla hispana, pues su pensamiento aflora jerarquizado ya por el anhelo universalista del pensador y del poeta ecuménicos. Su obra cimera: *Castalia Bárbara*, versos como corceles que alcanzaron el carro fulgurante de Rubén Darío. Si Gabriel René Moreno es el primer prosista nacional de calibre americano (pues Villamil de Rada no trascendió nuestras fronteras) Jaimes Freyre es el primer poeta boliviano dueño de un orbe poético propio, intransferible, donde se contemplarán compatriotas y extraños, sin arrancar su enigma a la superficie especular de su hermética y armoniosa poesía.

LO QUE DIJO AUGUSTO CESPEDES

"...Entre los tres jerarcas del movimiento, Jaimes Freyre está clasificado como el menor y es también el menos recordado. No inviste la categoría con que figuran en el calendario modernista sus dos camaradas de aquel pronunciamiento prosódico. Explicables razones y sinrazones asisten a tal subvaloración. Jaimes no fue un realizador plenario y pródigo como Darío, quien suma la cantidad a la calidad de su obra. (Cantidad, elemento que no se

debe desdeñar como masa y volumen que contribuye a la presentación arquitectónica de todo lo grande). No era un caudillo como el nicaragüense. Por otra parte, careció del intelecto múltiple de Lugones, seguramente el menos poeta de los tres, pero al mismo tiempo sociólogo, historiador y pensador, que presintió una América distinta y más veraz de la que vivía entonces y de la que se usa actualmente por los gobiernos y los congresos internacionales.

Jaimes Freyre, era pura, estricta y exclusivamente un poeta. Por el genio, un poeta. Compuso "CASTALIA BARBARA" y "LOS SUEÑOS SON VIDA", como analizó los secretos de la poética en las "LEYES DE LA VERSIFICACION CASTELLANA", demostrando así que la técnica puede ser consagrada por la gracia, y que se puede poner la prosodia al servicio de la nueva belleza."

Buenos Aires, octubre de 1950.

LO QUE DIJO ADOLFO COSTA DU RELS

Del prólogo a "Páginas dispersas", libro póstumo de Ignacio Prudencio Bustillo, reproducimos estas palabras reminiscentes:

Ricardo Jaimes Freyre sólo fue un conferenciante ocasional a raíz de una visita que hiciera a Sucre, donde había vivido otrora, al desempeñar la secretaría privada del Presidente Baptista. La Revolución Federal lo había alejado de su cargo de se-

cretario de la Legación en Río de Janeiro, obligándolo a buscar el sustento diario. Después de hacerse conocer en los círculos intelectuales porteños como una de las más caracterizadas figuras del movimiento modernista, junto con Rubén Darío y Leopoldo Lugones, pudo obtener una cátedra de historia en Tucumán. Más tarde, Jaimes Freyre dirá: "Los revolucionarios liberales, al exonerarme de un cargo diplomático creyeron hacerme un daño; me hicieron un bien. Reanudé mis tareas literarias, conocí a Darío y Lugones. Esto bien vale un puesto de secretario de Legación."

Cuando el doctor Escalier formó, con don Bautista Saavedra y don Daniel Salamanca, el Partido Republicano, entendemos que Jaimes Freyre se afilió a él; regresó a Bolivia y visitó sus principales ciudades, entre ellas Sucre. Es entonces cuando tuvimos el honor de ofrecerle nuestra modestísima tribuna. Jaimes aceptó, con gran contento de nuestra parte. Era un maestro y una gloria indiscutible de nuestras incipientes letras nacionales.

Había en su alta estatura algo de militar, de un militar cuyos ojos soñadores desmentían la solemne reserva de sus modales. Era pálido, delgado, y su anaacrónica vestimenta (melena, bigotín, chambergo y moño negro a la Lavalliére), no chocaba. Para nosotros Jaimes Freyre era una especie de condestable de la poesía, categoría que parecía rubricar en él una cortesanía ligeramente afectada que aun perdura en las provincias norteñas de la Argentina. Hablaba con facilidad, sapiencia y gala-

nura. La costumbre de la cátedra, un gran dominio de sí, la conciencia de su propio valer, unidos a una memoria privilegiada, hacían de Jaimes Freyre un conferenciante incomparable. Hablaba un castellano castizo, cuidadosamente espulgado de todo rípio americano. Sabía ponerse al alcance de sus oyentes, matizando con una brizna de poesía lo austero de un tema, o atenuando con un ápice de sentimiento todo exceso de ironía. Oír a Jaimes Freyre era un deleite. Dictó dos o tres conferencias sobre poesía castellana que constituyeron el éxito más enaltecedor de nuestra tímida organización. Las ovaciones con que ellas fueron acogidas debieron llenar de alegría el corazón del poeta, ya en el umbral del ocaso. Fueron tal vez una pequeña compensación a las tristes épocas en que Bolivia, dándole las espaldas, le obligó a ganarse el pan cotidiano en tierras extrañas. Más tarde, cuando Jaimes Freyre me hizo el honor de concederme su amistad, tuve ocasión de escuchar de sus labios los detalles penosos de su modesta vida de profesor provinciano, supeditada a horarios fijos, a reglamentos, rivalidades y envidias. Jaimes Freyre volvió a actuar en la política boliviana cuando su partido hubo tomado el poder, después de la revolución de 1920. Lo vi en la Convención Nacional, como diputado y Ministro de Estado, enzarzado en lides parlamentarias, donde demostró a expensas de los profesionales de la política que menospreciaban a un poeta, poseer algo más que la simple apariencia de un mosquetero. Ultrajado y vilipendiado por ena-

nos y villanos, tuvo que malgastar instantes preciados en debates estériles. Salvo una controversia famosa con don Franz Tamayo, en que ambos contendores hicieron gala de cultura y cortesía, Orfeo tuvo que vencer a las alimañas. Sus amigos deplorábamos, empero, situación tan absurda. Así se lo dije a Jaimes. Este se quedó un tanto pensativo y me contestó con aire fatigado.

—Tiene usted razón, pero el país es tan pobre en hombres, y los pocos que tiene pobres son de solemnidad, salvo contadísimas excepciones: Salamanca, Carlos y Luis Calvo, Saavedra, Montes y algunos más. Estos personajes, desde luego, irreductiblemente separados por odios políticos, ven su acción disminuía, cohonestada, con grave perjuicio para el país. A mi me llamaron. Aquí estoy. Había que luchar. Lucho. Eso es todo.

—Un hombre como usted debería ser colocado fuera de la atmósfera viciada de clubes y de partidos. El país tiene para con usted una deuda...

Jaimes me miró con espanto y tuvo una carcajada amarga.

—¿El país? *Il s'en fiche pas mal.* (1) (empleó las palabras en francés).

Tanto escepticismo me impresionó, y debo confesar que en el curso de mi vida he tenido ocasión de recordar con alguna frecuencia la amarga expresión del poeta.

Jaimes Freyre murió un tanto olvidado, en

(1) ¿El país? ¡Le importa un bledo!

1933. Es, con Gabriel René Moreno, una de las glorias más puras de la literatura boliviana. Ambos, largo tiempo expatriados, conocieron la injusta ingratitude de sus conciudadanos ennegrecidos por la pasión política. El puñado de muchachos que con sus ovaciones manifestaba, en 1917, la confianza y la admiración de la juventud, a la salida de Jaimes Freyre de la Universidad Femenina, ya le anticipó con cariño algo del juicio de la posteridad.

EL HOMENAJE DE JAIMES A DARIO

En este libro no podía faltar el texto íntegro del hermoso discurso que don Ricardo Jaimes Freyre, pronunció en el funeral preparado por altas mentalidades de América y España en Buenos Aires, en memoria de Rubén. Jaimes viajó invitado especialmente desde Tucumán, para inaugurar el solemne acto. Su amistad estrecha con Darío, la insuperada labor de renovación literaria que ambos realizaron y la autoridad intelectual que ostentaba le señalaron como el más indicado para decir, con limpio y austero verbo, el responso lírico sobre la tumba recientemente abierta para el extraordinario poeta de "Prosas Profanas".

Ni los que hoy tienen los cabellos blancos, ni

los que esperan aún, como se espera el mediodía, la llegada de esa edad en que el Dante encontró a Virgilio, alcanzarán a comprender lo que significa el nombre de Rubén Darío para los artistas que eran adolescentes cinco lustros atrás. Porque resistieron a la ola que avanzaba o porque llegaron cuando sus espumas emblanquecían ya todas las playas, no pueden formarse un concepto cabal de la suma de entusiasmos, de esperanzas, de ensueños de arte y de belleza que despertó en los espíritus juveniles la aparición radiosa del maestro.

Era una época de transición, llena de inquietudes y de escepticismo. La gran voz romántica se había extinguido entre el desconcierto de los discípulos; el neoclasicismo, estrecho y sin horizontes, falseaba o deformaba el viejo ideal pagano; triunfaban los naturalistas que proclamando la observación y el análisis como medio y como fin del arte, se convertían en reflectores de todas las miserias; la pequeña pléyade parnasiana proscribía la pasión, antorcha de la poesía. Alzábanse, aquí y allá, pobres capillas, en las que oficiaban sacerdotes sin genio y en las que hierofantes oscuros iniciaban a los neófitos en dudosos misterios.

Tal era el espectáculo que ofrecía el mundo poético de nuestra raza cuando comenzaron su obra los revolucionarios franceses de 1885.

Casi al mismo tiempo resonó en América la voz de Rubén Darío. Fue una música nueva, de sonoridades inesperadas, de infinita dulzura, de profunda armonía. Sentíase que ese raudal brotaba

de un pecho juvenil, que no era la voz de un maestro, pero que la agitaba un milagroso numen.

El poeta estaba muy lejos de afiliarse en una escuela; más lejos todavía de pretender crearla y de erigirse en reformador literario. Su imaginación poderosa comenzaba la exploración de regiones desconocidas, cuya misma existencia le era apenas revelada por la intuición; pero sabía, en cambio, que todas las otras habían sido profanadas por la vulgaridad, por los conceptos falsos del arte, por el remedo grotesco, por la impureza del propósito, por la contaminación del ambiente.

Cuando alcanzó a conocer la labor de los nuevos poetas de Francia, su ideal de arte y de belleza no hizo más que afirmarse. Ciertos procedimientos técnicos, algunos campos vírgenes, la influencia general del ambiente, he ahí todo lo que Rubén Darío debe a los simbolistas y a los decadentistas de París. Y esa misma deuda fue imitada por las exigencias de la sonora y luminosa lengua castellana, cuya armonía se vierte en maravillosos ritmos, que no alcanzó nunca la francesa, y que fueron prodigiosamente enriquecidos por el gran poeta.

Las más audaces de sus innovaciones, aún las recibidas en su aparición con sorpresa y pasmo, no llegaban, ni siquiera se aproximaban a las que constituían la manera habitual de los reformadores fineseculares de las orillas del Sena, que franqueaban libremente las fronteras del extravío. El tiempo ha lanzado ya su fallo definitivo y formidable; la gloria del poeta americano crece y se magnifica,

mientras se pierden en la penumbra la notoriedad o la fama de los europeos. Las estrofas soberanas de Rubén Darío, son hoy tan claras, tan nítidas, tan asequibles para los espíritus medianamente cultivados, como lo eran para nosotros en los tiempos de la lucha por el llamado modernismo; y el asombro nuestro ante la incompreensión —realidad o alarde— de los conservadores, no fue menor que el que sentirá hoy cualquiera que escuche una estrofa del maestro.

Rubén Darío no era un fetichista ni fue un iconoclasta. Su cultura, muy extensa y muy honda, se había abrevado en las puras y serenas fuentes clásicas, y sabía cuán rico es el caudal de belleza que atesoran, y cómo pueden aún saturar de frescura el ambiente y poblar de armonías el aire como musicales gárgolas. Su poesía está llena de los viejos mitos paganos; le obseden el cisne de Leda y el cinturón de Afrodita, como a un poeta de Corinto o de Lesbos, y el sentido oculto de los misterios y los ritos, como a un humanista del Renacimiento; pero su poesía, daba una nueva vida, un nuevo color y una armonía nueva a esos desprestigiados recursos de los versificadores de todos los tiempos. Puros y simples o complicados y profundos, revestían en sus versos la grandeza noble y tranquila o la voluptuosidad palpitante de los vates helénicos.

Tampoco ignoraba que los románticos habían hecho por la Edad Media la misma labor que realizó el siglo XVI por la antigüedad del Lacio y de

la Hélade; pero el mundo medieval, descubierto por los insignes poetas de principios de la última centuria, ofrecía un campo vasto y nuevo o apenas cultivado. No fueron solamente los varones de armadura de hierro, de brazo de hierro y de corazón de hierro. Fueron los ensueños brumosos e indecisos de ese agitado sueño de mil años; fue el mundo maravilloso de la leyenda, el misterio y el prodigio.

Porque ese alarido de espanto que llenó la Edad Media no ha resonado bastante en nuestros oídos; porque sus éxtasis y sus adoraciones no han penetrado bastante en nuestros espíritus; porque no hemos visitado todas sus selvas pobladas de seres misteriosos y terribles; porque no hemos visto, bajo las olivas de sus catedrales góticas, a todos sus mártires que enseñan, con un gesto de gozo infinito sus heridas sangrientas; no hemos asistido a la transfiguración de todos sus santos; no hemos visto a los ángeles celebrando los misterios místicos de todas sus vírgenes, ni hemos sentido el paso cauteloso y la risa ahogada de todos sus malos espíritus triunfantes.

Un viejo hagiógrafo —un fra Domenico Cavalca— o un hermano lobo, del serafín de Asís, atraían el espíritu del poeta, tan irresistiblemente, como los fragmentos de un himno jónico o como una sentencia del centauro filósofo y leía con igual interés a un historiador bizantino y a un poeta de los “cabarets” y de los bulevares, porque nunca ha existido un espíritu más abierto ni más universal

que el suyo, y porque era, no un ecléctico, sino un alquimista, o, mejor todavía, un cateador de oro. Por eso se le ha combatido siempre en nombre de todos los exclusivismos.

Pero el ambiente poético en que se hundía, con mayor deleite era el que forman, vagos y enigmáticos, las visiones y los ensueños. Si los clásicos escogieron el día y la noche los románticos, Rubén Darío eligió el crepúsculo; el crepúsculo de las campanas del Angelus, la Aurora de los dedos de rosa del divino Homero, o la incierta lumbre, generadora de melancolías con que muere la tarde.

¡Y en qué versos de encanto infinito y hondo, virtió sus ensueños y sus visiones! Obligó para ello a la grave lengua hispana a doblarse a su genio como una fina hoja de Toledo en las manos del artífice; demostró que hay en ella tintes y matices insospechados, que encierra brumas y claridades fugitivas como encierra hirientes rayos de sol y ternas suavidades y claro-oscuros y acordes que parecen llegar de vagas lejanías.

Y cambió maravillosamente las formas de expresión. No rehizo la labor gongorina —¡oh, la acusación asombrosa!— La Pléyade francesa, Marini y Góngora, admirables poetas extraviados en la persecución de la belleza formal, se habían detenido en la pompa del estilo, de la cultura y del lenguaje, la extrañeza de las imágenes, el recargo de los adornos y la disposición laberíntica de los pensamientos. El poeta americano creó un estilo, no la grandilocuencia de Francisco de Herrera, ni el ga-



La Basílica de Potosí, donde se guardan los restos de Brocha Gorda y de don Ricardo Jaimes Freyre.

limatías de Góngora, ni la realista chatura moratiniana, ni la explosión romántica, sino el ágil, delicado, flexible y armonioso estilo que sigue las ondulaciones del pensamiento, que lo descubre apenas si es brumoso y vago, que lo revela libremente si es claro y preciso, que sugiere más ideas aun de las que expresa y que contribuye a la realización de un gran ideal: "hacer que los espíritus vean las cosas espirituales con tanta precisión como los ojos ven las cosas corporales".

Tal fue la obra del maestro; ninguno de los poetas franceses de la nueva pléyade había llegado ni llegó después a una cima tan alta. (¡Oh, Verlaine! ¡Oh pobre alma, hecha de dolor, de genio y de pecado! ¡Alma rebelde, alma de monje, en la que se hubiera deslizado furtivamente un impuro rayo sádico! ¡Oh, alma de Verlaine!).

Dio al verso castellano melodías y ritmos nuevos. Lo había encontrado como lo dejó el oído romántico, sin duda con el más grande de los progresos, único insigne desde la erupción lejana de los petrarquistas. Por intuición musical, frecuente en los grandes poetas, creó sus versos como había creado su estilo, y como había creado sus asuntos poéticos: dejándose arrastrar simplemente por su genio. La crítica, que no ignora lo que en lenguaje humano significa "crear", podría demostrar acaso que todo el secreto de la magia esparcida en las estrofas de Rubén Darío está en una distribución nueva de los acentos intermedios y de las pausas: en una paradójal onomatopeya ideográfica, y en

una gracia singular en el empleo de la homofonía. Con estos elementos, sin desdeñar ninguna de las adquisiciones anteriores, ha enriquecido prodigiosamente la lírica de nuestra lengua.

Todo ese mundo de maravilla fue descubierto y conquistado por el pequeño grupo de los poetas nuevos a cuya cabeza se encontraba Rubén Darío. Y cuando, en la iniciación de su gloria, llegó a las orillas del Plata, vimos ya sobre sus hombros el manto de armiño. Más tarde, al sentimiento admirativo, se unió, en aleación precisa, el afecto profundo y la adhesión cordial porque se nos había revelado su grande alma de niño y de artista.

Y quiero hablaros de esa alma de excepción, de la que sólo conocéis quizá lo que puede descubrirse al través de sus versos admirables y de su prosa resplandeciente. Quiero deciros lo que yo he visto, cuando en fraternales intimidades caía un velo de plata sobre su fantasía maravillosa. Sobre ella y sobre su ser todo ha caído ya el tenebroso velo que no se levanta jamás y contra el cual quiebran vanamente sus rayos el sol del amor y el sol de la gloria.

Nadie sintió el horror de la muerte con mayor angustia. Nadie amó la vida con amor más intenso. El sabía acaso que la ciencia más profunda es la ciencia de la felicidad, y que cada instante que pasa encierra cada vez una dicha que es preciso extraer como una esencia preciosa. Y no fue feliz, porque nunca supo cómo se busca ni cómo se encuentra la felicidad. Preguntáronle cual era la sín-

tesis de su vida, y él respondió: "El amor y la consagración al arte". El amor y el arte, la consagración al arte. . . La América toda siguió con atenta y admirativa mirada, durante treinta años el desenvolvimiento triunfal de esa vida, en la que cada paso afirmaba la preciosa tésis; pero no alcanzó a ver la inquietud profunda, el temor receloso, la amarga tristeza, que iban creando en ella un fondo oceánico de dudas y de desesperanzas.

Ingenuo en su aspiración a todos los goces; ingenuo en su fe persistente en la eficacia inmediata de la obra de belleza; desorientado cuando se sucedían unas a otras las horas de indecisión dolorosa, de amargura o de tedio; viendo con asombro que la ola de admiración y de aplauso que llegaba hasta sus pies no le traía ni la dicha ni la paz; sin resolverse jamás a aceptar la vida como el miserable azar que es, con su origen obscuro y su monstruoso término; acechando una realidad que huía y un ensueño que se hundía cada vez más en el fondo de su ser. ¡Cuán prematura debió de parecerle la llegada de la Muerte cuando aun no había resuelto ninguno de los problemas de la Vida!

Así era ese espíritu que iluminó todo a su paso sin iluminarse jamás a sí mismo. No era posible desconocer la desproporción que había entre su voluntad y su genio; entre la audacia de su fantasía y la timidez de su acción. Autor, en primer término de la más grande de las revoluciones literarias que hayan visto los hispanidas de los cien años últimos, creador de un mundo prodigioso de visio-

nes, de ensueños y de ritmos, no sabía encontrar, ni la palabra, ni la acción precisas, cuando se hallaba en presencia de la vulgar realidad. Temeroso y desconcertado, dejábase arrastrar por la corriente, incapaz de oponerle otra cosa que la inercia y esperando siempre la intervención misteriosa de lo desconocido y lo imprevisto.

Un psicólogo habría sostenido quizá que todas las actividades de su cerebro estaban subordinadas a la sensación y a la imaginación, y yo puedo afirmar que esa tesis no hubiera estado muy lejana de la verdad. El gran poeta sólo fue un niño de genio.

Sufrieron su influjo poderoso cuantos a él se acercaron, y sus palabras germinaban como el trigo al sol, y, sin embargo, jamás un alma humana ha cruzado la vida con mayor incertidumbre, con mayor vacilación, con más brumoso concepto de la vida misma. ¿Quién al lado de Rubén Darío no se sentía protector y paternal? ¿Y quién no se maravillaba ante esa llama divina, perpetuamente encendida en su espíritu?

El nos ha hablado muchas veces de su fe religiosa; pero su fe era tan sólo un vago misticismo, que se asemejaba a una superstición, con sus infantiles espantos y que sólo revestía la forma de religión positiva, porque su terror al misterio lo apartaba de las negaciones y hacía palidecer su rostro a la aproximación de la duda. Si en sus últimos días tuvo un recrudecimiento de fe, es preciso no atribuirle mayor valor que a las frecuentes crisis religiosas de los moribundos.

Todo su ser, toda su vida está en su obra de poeta. Más que en las confidencias apresuradas de sus "Memorias", debe buscarse en sus versos las líneas precisas de su autobiografía. Quien ha visto brotar ese raudal de belleza, conviviendo al mismo tiempo con el gran liróforo, sabe que cada una de sus ondas es una página de su existencia. Cuando no se ve en ellas otra cosa que arte es porque en esos momentos el arte sólo llenaba su espíritu. Era, en instantes, tan sincero y tan inverosímil como el extático que cuenta sus visiones a un auditorio incrédulo, en pleno mediodía.

Cuanto más ahondo en el recuerdo de ese insigne poeta, a quién amé como a un hermano y a quien admiré como a un artista excepcional — que me escribía al enviarme su último libro: "Eres el alfa y omega de mi amistad"; — cuanto más me esfuerzo para evocar, clara y sin pliegues esa psiquis, que no tuvo nunca complicaciones ni tinieblas, más exactas, más precisas, más definitivas me parecen las palabras con que pretendí definirlo hace un instante: era un niño de genio. Porque su genio literario no es otra cosa, en último análisis, que la potencia superior del vuelo imaginativo y porque Rubén Darío era crédulo, impresionable, temeroso, imprevisor y voluble como un niño.

En su obra, en cambio, se encuentra siempre la orientación firme y segura; la marcha sin vacilaciones hacia un solo ideal de belleza; entrevisto en sus primeros años, alcanzado más tarde, afirmado luego con creaciones definitivas, velado algunas ve-

ces por el lento y largo curso de la vida, creador de ese mundo tenebroso y extraño de lo inconsciente, que produce más tarde, cuando en su misteriosa labor ha intervenido el genio, las grandes obras seculares, para asombro de sus propios autores y de la humanidad.

Ese era el poema que debía brotar, profundo y caudaloso, del cerebro del maestro desaparecido para siempre. Ese poema que resumiría las maravillas del Coloquio de los Centauros, de la Divagación, del Poema de Otoño, de los Motivos del Lobo y del Himno a la Argentina. Un poema que fuera al mismo tiempo un canto de vida y de esperanza, una concepción filosófica, una visión profética y un clamor.

En cada una de sus estrofas parecía decirnos "Espera..." Desaparecidos los juveniles entusiasmos, realizada su gran obra de la renovación de la lírica castellana, floreciente por todas partes la semilla que arrojó a su paso, el poeta no fue ya solamente el ruiñón de otros días; cada uno de sus libros marca una etapa de la vía que iba recorriendo su espíritu. Desde la música encantada de "Azul" hasta el dudoso optimismo del "Poema de Otoño"—en verdad saturado de melancolía— hay treinta años de marcha por los senderos de la vida; justamente el doble del tiempo a que se refería Tácito al hablar de las inevitables transformaciones humanas.

He ahí por qué los que no han hecho ese camino al mismo tiempo que el maestro solían desconsolar-

se de la aparición de sus obras: — ¿Dónde está la frescura matinal de “Azul”? ¿Dónde está el arte divino de las “Prosas Profanas”? Pero no preguntábamos así los que habíamos oído en nuestra adolescencia los primeros acordes de ese instrumento prodigioso que pobló después el espacio de inauditas armonías. Era el mismo genio que mostraba sus facetas múltiples y que podía afirmar en su lenguaje incomparable.

*Yo soy aquél que ayer no más decía
El verso azul y la canción profana,
En cuya noche un ruiseñor había
Que era alondra de luz por la mañana.*

Hoy que ha penetrado en la noche sin límites, mudo para siempre el ruiseñor y muda la alondra; hoy que la obra suya se levanta como un arco iris que abarcara los dos extremos del continente; cuando ya no se puede esperar de él una de esas síntesis que se llaman la “Odisea”, “Don Quijote” o “La Divina Comedia”, es preciso juntar en un solo tributo de admiración y de entusiasmo cada uno de los entusiasmos, cada una de las admiraciones que siguieron al nacimiento de cada uno de sus libros.

Profunda y conmovida admiración; tributo infinitamente doloroso que irá a la tumba lejana, hacia la cual se vuelven todos los espíritus, y que encerrará acaso una voz que le diga: — ¡Oh, poeta! ¡Oh dulce, alado excelso poeta! He aquí que ese am-

biente de belleza que creaste viene a rodear como un nimbo tu sien atormentada. He aquí que los ojos que siguieron tus visiones están hoy humedecidos por las lágrimas, y que esas lágrimas caen también lenta y amargamente dentro del corazón porque ya no volverá a oírse la voz armoniosa del ruiseñor de la sombra, y de la alondra matinal; porque los hombres dejaron que tu alma se saturara de inquietudes y de tristezas, y que pasaran a tu lado, como realidades, lo que tú sólo alcanzaste a ver como ensueños; porque esperaron que la Esfinge te abriera los brazos para levantar el gran clamor que debió resonar en tus oídos desde el instante en que revelaste tu genio; porque fuiste el único príncipe del arte que ha reconocido toda la América, y en el reparto del botín de tus conquistas sólo permitieron que te reservaras la esperanza, y porque la diadema que pusieron en tu frente no fue más que una diadema de vanas alabanzas, y porque en el castillo de gloria que te ofrecieron no moraban la paz ni la felicidad.

Y acompañará también a esa voz la angustiada voz mía: —¡Oh, Rubén, oh hermano mío; por qué te has ido!

LA OPINION DE ENRIQUE FINOT

En su "Historia de la Literatura Boliviana", registra el siguiente juicio sintético:

“Era Jaimes Freyre un hombre de persona-

lidad cautivante y completamente fuera de lo vulgar. Se distinguía en todos sus ademanes y en su apostura de gran señor, pese a la teatralidad de su prestancia que, en todo caso, era en él cosa natural y no actitud estudiada. "Lo único que resta de una época es el espíritu", solía decir el maestro, según el testimonio de uno de sus alumnos argentinos. No puede negarse que respecto a él se cumple el apotegma, porque su herencia espiritual ha de perdurar como luz radiante para guiar a las nuevas generaciones literarias de su patria.

Se ha motejado en Jaimes Freyre la tendencia a cultivar el tema exótico, sin relación alguna con el ambiente boliviano. Esa crítica es solamente justa a medias, porque en "*Los Conquistadores*, drama en verso de gran aparato lírico, el asunto es netamente americano y porque no son raras, en *Los Sueños son Vida*, estrofas como la que J. E. Guerra cita con todo acierto;

"Con vistosos plumajes ornan su frente
princesas que a ser moras fueran huríes;
por ellas en la quena, suave y doliente,
cantas los *haravecós* sus *yaravíes*".

Artífice de la palabra y cincelador de la frase, Jaimes Freyre, como buen parnasiano, es un ejemplo de lo que puede producir el afán de superación en la forma, aliado al congénito buen gusto. Falleció en 1933".

UNA IMPRESION DE DON
JAIME MENDOZA

Con el título de "Rasgos" escribió don Jaime Mendoza, su impresión de Ricardo Jaimes Freyre, en la "Universidad Femenina" de Sucre:

Escena cuasi fúnebre. Son las diez de la noche. Al fondo, y en el centro de un tabique, se ve una puerta abierta de par en par, dando paso a una habitación sin luz.

Aquello parece la boca de una caverna.

Es una mancha negra y enigmática que incomoda a los ojos. Las mismas gentes que por allí penetran al salón, semejan apariciones saliendo de un antro fosco.

Delante de esa puerta está el sitial y la mesa del conferencista.

Un foquito eléctrico pendiente del techo, a mucha altura, vierte sobre ellos su luz menguada y medrosa.

A un lado, se ve un piano horizontal, que, aunque está mudo, se diría que va a lanzar una salmodia funeraria.

El maestro ocupa su sitio.

Espectación.

Como de costumbre está trajeado de riguroso luto.

Y como se ha colocado justamente delante de la puerta abierta que da a la habitación oscura, resulta que la negrura de ésta, al mezclarse a la ne-

grura del traje, forma una sola cosa vaga y borrosa.

Y asimismo sus cabellos negros que, en haces desordenados, serpentean hacia las sienas, no se pueden distinguir sino, a momentos, del fondo obscuro que está detrás.

De modo que lo único que se destaca, y aun eso, con apariencias confusas y espectrales, es la cara del maestro; una cara intensamente pálida, que, desde lejos, parece una cara enfermiza, atormentada, romántica.

Figuraos:

Una frente prominente, ancha; sobre todo ancha, que se diría lucía como la de una calavera, si no fuesen los rápidos zig-zag que la fruncen a momentos, como los zig-zag del rayo dentro del marco de un cielo nocturnal y borrascoso; dos pómulos que se adelantan, singularmente, a los lados; una nariz que abarca hacia delante, una boca que vibra con sonoridades innúmeras, bajo dos bigotes imprecisos; y una barba en fin, que por bajo pierde toda delineación.

Y, agregad:

Dos ojos negros, profundos, grandes, que bajo dos arcadas sombrías, rodeados de aquel conjunto de líneas rígidas, de lividez y de sombras, parecen aun más grandes, profundos y negros, de lo que son.

La luz tenue del foquillo solitario, contribuye a dar un aire más extraño a esta figura.

Y esa luz parece que quisiera posarse, más que en nada en la frente.

Por lo demás, esa frente es el mayor espacio y el más llano y regular que hay en esa cara. Luego la luz se quiebra en los pómulos, pómulos enormes. Luego en los bordes de la nariz, como se quiebra la luz de un sol muriente en las aristas de un cerro.

Los ojos en sus cuencas, parece que quisieran desaparecer entre aquel conjunto de relieves. Dos zonas negras, negras, los circundan: sombras que ambulan, que se deforman con los movimientos que hace al hablar el maestro, pero que siguen siendo sombras.

He aquí, para mí un cuadro realmente notable. Dijérase una creación de Rembrandt.

Esta es una figura clásica. Clásica?... no! Es una figura romántica. Es decir, es una figura clásicamente romántica.

Y luego, es una figura, casi sin figura.

La figura, a ratos, se pierde o se está a punto de perder. Con un pequeño esfuerzo de imaginación, ya no se advierte el cuerpo. Sólo se ve la cara. Una cara que parece gesticular en el aire.

Y aun, a momentos se diría que aquella ya no es una cara completa, sino sólo una frente.

¡Qué frente!

Frente amplia, esferoidal, armoniosa.

Se piensa en una llanura ilimitada. Se ve la silueta de un mundo. Se adivina una tremenda profundidad.

Dejad que me incline ante esa frente.

UNA FAMOSA CARTA

En el mes de noviembre de 1919, en el número sexto de la Revista "Gesta Bárbara", dedicada a honrar el nombre del gran poeta Jaimes Freyre, se publicó fragmentos de una carta dirigida a su hermano Raúl, residente en Potosí.

Decía el Maestro:

- “ Hay que formar un ambiente intelectual; despertar o contribuir al despertamiento del amor a las cosas del espíritu; provocar entusiasmos; empujar a la juventud y sobre todo realizar una buena labor propia: escribir libros — prosa y verso —; dar conferencias que serán después capítulos de una obra; dibujar, pintar; ponerse a la cabeza del movimiento literario y artístico y aun científico, *si se puede*. Hacer la obra de mañana, *si no se puede la de hoy*, que sí, se podrá. . .
- “ Tienes en tu favor la circunstancia de vivir en nuestra tierra, nuestra verdadera tierra, donde (creo habértelo dicho otra vez) han vivido veinte generaciones de Jaimes, grandes y chicos, escritores, soldados, políticos, obreros, *cko-ya-runas*, todo desde los terribles aventureros de la Conquista. . .
- “ ¡No puedes imaginar cómo me lama Potosí, desde las tapias de su Cementerio! Me parece que declinando ya mi vida, los gérmenes ancestrales se agitan dentro de mí y me hablan sorda-

mente de caminos equivocados y de vidas truncadas! Estas no son retóricas ni fantasías. Es una inquietud permanente. Una especie de *bovarismo*, como empezaban a llamar los franceses a la idea de haber errado la senda, y a la nostalgia del camino que no se ha seguido; de la vida que no se ha vivido, por seguir otra vida. De todo lo pasado lo que más me agita, desconcierta y aflige, es tener que decir: Lima, Potosí, Buenos Aires, Río de Janeiro, Tucumán, La Paz... en vez de decir una sola, ahora y siempre. Lista escribía:

Feliz el que nunca ha visto
 Más río que el de su patria,
 Y duerme, anciano, a la sombra
 Do pequenuelo jugaba.

- “ En estas civilizaciones angustiosas y apresuradas, nada hay que sea consolador ni cordial. Buenas para las que en ellas nacieron, como es bueno el fuego para la salamandra y el charco para la rana.
- “ Filósofa, mi querido Raúl. Compra serenidad a cualquier precio. Compra también toda la cantidad que puedas de alegría. Si no se vende en Potosí, fábricala. Te aseguro que sale tan buena como la legítima.
- “ Hablando de mi adolescencia concluía yo ciertos versos de la siguiente manera:

Después, la nueva aurora. La dicha o la amargura;
 Pero la fe en sí mismo; y el vigor y el aliento;

El ademán altivo; la voz firme y segura;
La risa abierta y franca; la cabellera al viento.”

SU ULTIMO ESCRITO

Para la edición especial en homenaje al centenario de Don Antonio Quijarro, del periódico “EL SUR” que dirigía Armando Alba en Potosí, escribió Ricardo la siguiente página, que es la última que publicó en Bolivia. Dice así:

EN EL CENTENARIO DEL Dr. Dn. ANTONIO QUIJARRO

“¿Dónde está la gratitud de Bolivia para el ilustre Quijarro? Preguntad a todos los que han estudiado la historia de ese pueblo, durante las tres últimas generaciones, si no encontraron al paso su nombre, la huella de su acción, las líneas firmes y nobles de su figura. Preguntadles si no han visto en todas partes, la influencia de su pensamiento. Aun los que no examinan los detalles de las cosas para explicar su conjunto; los que prescinden de buscar las causas y los orígenes de las evoluciones del sentido político, para limitarse a seguirlas o a contrariarlas; ni aun los indiferentes a los cambios más radicales en la orientación de la vida pública, ignoran que es necesario recordar la obra de don Antonio Quijarro; así, la labor del constitucionalista de 1880, como la obra del hombre de gobierno, del

diplomático, del director de partido, del ciudadano integérrimo.

Todos los que lo conocieron saben que era un hombre superior. Yo, que muchas veces estuve cerca de él, que departí con él, en mi adolescencia y en mi juventud; que seguí con interés profundo los vuelos de sus ideas y recibí las lecciones de su saber y de su experiencia, puedo afirmar que era, en efecto, un hombre verdaderamente superior.

No olvidaré cuántas veces, poco antes de su muerte, en esta gran ciudad, que es hoy la babélica Buenos Aires, me refería episodios ignorados de la vida de nuestro pueblo; precisaba su propia actuación en ellos; levantaba el extremo de pesados velos que ocultan, tal vez para siempre, sucesos que no ha recogido la Historia; y, lo que era sobre todo precioso para mí, glosaba la Constitución de que fue autor, que Bolivia ha respetado durante sus continuas turbulencias y que aun hoy, después de medio siglo, sigue siendo la piedra angular de nuestro edificio político. “Nada me preocupó más al iniciar o al adaptar los preceptos de nuestra Carta Magna — me decía el pensador — que las relaciones entre los poderes Ejecutivo y Legislativo. ¿Cómo impedir el predominio de uno de ellos en nuestra balbuciente democracia? ¿Cómo cerrar el paso al absolutismo o a la demagogia? Bolivia tenía condiciones especiales, las tiene aún; no las perderá durante mucho tiempo.”

Bolivia no ha perdido aún esas condiciones. He recordado las palabras del Dr. Quijarro cuando

los acontecimientos políticos me llevaron a uno y otro de los Poderes en el gobierno del país, y, cuando hace diez años se me llamó para colaborar en el nuevo examen de esa Constitución, examen que no se llevó a cabo, yo contaba con un caudal mayor que cualquier otro: las propias, íntimas manifestaciones de su autor.

Pero no iré más lejos. He querido que mi palabra y mi nombre no estén ausentes en la conmemoración del centenario del eminente hombre público; he querido recordar una vez más su figura prócer y preguntar a mis compatriotas: ¿Dónde está la gratitud de Bolivia para el ilustre Quijarro?"

Buenos Aires, mayo de 1931.

LOS ULTIMOS DIAS DE DON RICARDO

Eduardo Joubin Colombres, en el estudio que antecede al libro "Poesías Completas" de Jaimes, publicado por la Editorial "Claridad" de Buenos Aires, nos cuenta lo siguiente:

"Ya las tinieblas lo perseguían cuando llegó por última vez a Tucumán. Pero no dejó de ser la misma figura radiante, solemne y profunda. El gobernador Juan Luis Nougués lo designó Presidente del Consejo General de Educación, pero a los pocos meses renunció.

Empalidecía el tiempo con la palidez siniestra

de la muerte. Los limoneros tenían un silencio macabro. La flor de las achiras trazaba fatídicos presagios, y el aire asiático de las llanuras, traía lúgubres bufidos de caballos y llorosos ladridos de perros. El paisaje de Jaimes Freyre se hundía en la noche definitiva, invadido por la nostalgia y el dolor. En los jardines inmóviles había una floración de sombras.

Un día de crepúsculo otoñal, lo encontré junto a los naranjales, en la Plaza Independencia de Tucumán. Corría el año 1932. Esa vez, el poeta caminaba acompasadamente, con suavidad nocturna, entre dos hileras de naranjos que semejaban gallardos centinelas a su paso. Me detuve y lo quedé mirando largo rato hasta que dobló por la acera que da a la calle 24 de Septiembre. De allí, sin perder el ritmo cauteloso del andar, la elegancia señorial de los braceos, llegó hasta el Club Social, situado sobre la acera de la calle 25 de Mayo. Una mano amiga lo saludó efusivamente. Aquella fue la última vez que lo ví. Poco tiempo después llegaba a Buenos Aires para morir al año siguiente pobre y olvidado, como un Verlaine incomprendido.

En los días próximos a su muerte, Ricardo Jaimes Freyre aun se paseaba por Florida, con la arrogancia de un águila. Las damas porteñas lo miraban con respeto y admiración. Una tarde concurreció a un té que le ofreció Leopoldo Lugones y, pocos días después, asistía a una fiesta en casa de la señora Raquel Iturri de Alvarez García.

La presencia de Jaimes Freyre en esa Rue de la

Paix porteña era todo un acontecimiento. El poeta saludaba y sonreía a cada instante. Su sonrisa tenía el candor de la azucena. Dominante, rodeado de albas claridades celestiales, aún la esperanza brillaba sobre las ruinas de su corazón. Regresaban las cosas del amor como las rosas deshojadas en el invierno. El amor y la poesía ha sido siempre una mujer misteriosa y lejana. Por eso buscaba "la flor de las flores por Florida".

El 23 de agosto de 1932 fue elegido miembro de la Academia Argentina de Letras. Antes, ya había sido designado miembro de la Junta de Historia y Numismática.

Jaimes Freyre nunca se sintió cansado. Pocos días antes de morir frecuentaba los teatros e iba a tomar chocolate en la confitería "El Seminario" de la calle Cangallo, en compañía de la hija mayor de su hermana Carolina y de la señora de Alvarez García. El viento lo empujaba como a un junco cuando atravesó por última vez la Avenida de Mayo. Sobre la gris melancolía del río, las fugitivas nieblas de abril se levantaban como un velamen al través de los cristales de la tarde. El otoño era un heliotropo herido, ya sin sangre, torvo y negro.

Ricardo Jaimes Freyre murió en el mes de la muerte de Byron, en Buenos Aires, en la madrugada del día lunes 24 de abril de 1933. Sus últimas palabras fueron una evocación:

—Si... es ella... Está muy cambiada... pero es ella.

Murió en brazos de su hija Yolanda, y al morir,

respiró fuertemente como si el aire de la muerte diera vigor a su corazón agrietado. En esa mañana de la despedida había un batir de palomas en el cielo.

Sus restos fueron velados en la casa de la calle Sarandí número 560, de propiedad de Méndez Calzada y el féretro fue cubierto con la bandera boliviana. La Junta de Historia y Numismática Americana designó a los miembros Juan Pablo Echagüe, Rómulo Zabala y Enrique de Gandía, para asistir al acto del sepelio. El Presidente de la Academia Argentina de Letras envió nota de pésame a la familia del extinto y nombró una comisión formada por Calixto Oyuela, Juan Pablo Echagüe, Arturo Marasso, Gustavo Martínez Zuviría y Juan B. Terán, para que hiciera acto de presencia en la casa mortuoria.”

EPILOGO

Ricardo hojea este libro y se incomoda:

—¡Que pensarán de mí y de tí, si publicas ésto: un libro de elogios, escrito por un hermano!

—¿Por qué lo llamas un libro de elogios? No hay en él sino lo que tú mismo me has contado y contado a tus amigos, y lo poco que he sabido de tí por otras personas.

—Esta clase de obras deben salir sólo cuando la persona a quien se refieren ha muerto.

Sin hacerle caso publiqué algunas de estas anécdotas, las más discretas, y con pseudónimo. Las indiscretas unidas a las otras, salen ahora; a los veinte años de la muerte de Ricardo.

para que se acoja favorablemente la instancia camaral. El Dr. Salamanca, negó el petitorio, aduciendo razones de economía. Hecho que nos indujo a hacer un telegrama al Presidente del Honorable Ayuntamiento de Potosí, Doctor Miguel Torres G., proponiendo que la Comuna corra con los gastos de la repatriación. Con celeridad que honra al Municipio potosino, se dictó la respectiva resolución, iniciándose las gestiones consiguientes. Mediante la Cancillería y nuestra misión diplomática en Buenos Aires, se obtuvo el permiso de traslado, que se realizó en el mes de noviembre de aquel año. De ese modo, fueron recibidos en acto de homenaje póstumo, por el vecindario todo de la Villa Imperial de Potosí, los restos del gran poeta don Ricardo y la urna conteniendo los despojos de su ilustre padre, el famoso escritor don Julio Lucas Jaimes (Brocha Gorda), que actualmente descansan en una capilla lateral de la Basílica, junto a las cenizas de los próceres bolivianos Linares, Frías, Quijarro, Campos y Omiste. mientras el Comité del Cuarto Centenario de Potosí, pueda habilitar la antigua Iglesia de San Bernardo para "Templo Cívico", donde se cuiden y veneren los restos de estos bolivianos eminentes.

A. ALBA



